



COLEGIO DE HUMANIDADES y CIENCIAS SOCIALES

LICENCIATURA EN CREACIÓN LITERARIA

**MAKTUB**

**TRABAJO RECEPCIONAL**

QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE  
**LICENCIADA EN CREACIÓN LITERARIA**

PRESENTA:

**NORMA STEFANY LÓPEZ MORÁN**

DIRECTORA

**LIC. MÓNICA LAVÍN MAROTO**

Ciudad de México, diciembre de 2020

## SISTEMA BIBLIOTECARIO DE INFORMACIÓN Y DOCUMENTACIÓN



## UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LA CIUDAD DE MÉXICO COORDINACIÓN ACADÉMICA

### RESTRICCIONES DE USO PARA LAS TESIS DIGITALES

### DERECHOS RESERVADOS<sup>©</sup>

La presente obra y cada uno de sus elementos está protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor; por la Ley de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México, así como lo dispuesto por el Estatuto General Orgánico de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México; del mismo modo por lo establecido en el Acuerdo por el cual se aprueba la Norma mediante la que se Modifican, Adicionan y Derogan Diversas Disposiciones del Estatuto Orgánico de la Universidad de la Ciudad de México, aprobado por el Consejo de Gobierno el 29 de enero de 2002, con el objeto de definir las atribuciones de las diferentes unidades que forman la estructura de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México como organismo público autónomo y lo establecido en el Reglamento de Titulación de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México.

Por lo que el uso de su contenido, así como cada una de las partes que lo integran y que están bajo la tutela de la Ley Federal de Derecho de Autor, obliga a quien haga uso de la presente obra a considerar que solo lo realizará si es para fines educativos, académicos, de investigación o informativos y se compromete a citar esta fuente, así como a su autor ó autores. Por lo tanto, queda prohibida su reproducción total o parcial y cualquier uso diferente a los ya mencionados, los cuales serán reclamados por el titular de los derechos y sancionados conforme a la legislación aplicable.

Tanto en el camino de la heroína como en el camino de las letras hay un encuentro con el mentor.

En mi caso, en este camino hecho de palabras, tuve la fortuna de encontrarme con más de una mentora sin las que no habría sido posible llegar hasta donde me encuentro hoy.

Mi agradecimiento a:

Lic. Mónica Lavín Maroto por acompañarme y guiarme hasta el fin en la escritura de este trabajo.

Dra. Gabriela Valenzuela Navarrete por ser un faro para mí en mi vida universitaria.

Dra. Herminia Pilar Morales Lara por abrir una puerta con una perspectiva distinta que ya no puede faltar en mi escritura.

Mtra. Ana Leonor Cuandón Alonso por mostrarme que en todas las historias siempre hay un trasfondo igual de interesante.

A mis padres

A mi madrina

A mis tías

A mis primas trillizas

A mis hermanas de vida

A mis amigas

A la Universidad Autónoma de la Ciudad de México, mi casa de estudios, por cada una de las

oportunidades que me brindó

A mis profesoras y profesores

A las escritoras que nos han abierto el camino.

A las teóricas que no dejan que la literatura escrita por mujeres quede en el olvido.

## Índice

### **Maktub**

Capítulo 1.....	01
Capítulo 2.....	07
Capítulo 3.....	18
Capítulo 4.....	28
Capítulo 5.....	34
Capítulo 6.....	43
Capítulo 7.....	51
Capítulo 8.....	60
Capítulo 9.....	68
Capítulo 10.....	75
Capítulo 11.....	80
Capítulo 12.....	84
Capítulo 13.....	91
Capítulo 14.....	97
Capítulo 15.....	106
Capítulo 16.....	109
Epílogo.....	114

<b>Instrucciones para salir de la torre.....</b>	<b>122</b>
Antes de la escritura, el caos.....	123
<i>Once upon a time</i> .....	125
Ouróboros: La historia que se repite.....	130
El mito del amor romántico.....	136
El ejercicio de reescritura.....	140
La danza como forma de protesta.....	153
Notas sobre la bibliografía citada.....	166
Bibliografía.....	168

# Maktub

Norma Stefany López Morán

—¿Te ha pasado que conoces a una persona y tienes la seguridad de que de alguna forma cambiará parte de tu vida?

«Era un día caluroso. Lo sabía porque, mientras las mujeres del harén maquillaban mis ojos con kohl y pintaban mis labios con una pasta roja que olía a fresa, miraba por la ventana que daba hacia la mezquita a donde nunca había entrado y las columnas de piedra parecían languidecer ante el calor. La mujer de mayor edad, que llevaba un *al amira* color negro sobre la cabeza, me hacía sentir que me preparaban para mi funeral. Y qué otra cosa sino podría significar mi boda con el califa. Era mi funeral. Por lo que sé, en aquella época, a una mujer de mi edad solían tomarla como propiedad de quien pudiera pagar por ella.

«Cuando las mujeres terminaron de pincelar mi rostro, cubrieron mi cabeza con un velo de schiffon blanco. Nadie podía verme a excepción de mi futuro esposo. ¿No te parece absurdo que las mujeres debamos cubrirnos con un velo porque de no hacerlo sería un *haram*? Cuando la mujer de rostro pálido y ojos azules —tan claros que sentía que podía ver su alma— colocó los pasadores para evitar que el velo resbalara, me imaginé que ella había estado en algún momento en mi lugar, porque me veía con esa mirada compasiva de una madre cuando su hija se casa, como quien conoce el destino de quien tiene enfrente y sabe que no puede evitarle pasar por esa pena. Quizá esa mujer de grandes caderas, que ni la ropa holgada ni el tiempo escondía, ya no era llamada por la noche a satisfacer los deseos carnales del califa. Quizá por eso, él me había aceptado como pago a la deuda de mis padres. Quizá ahora yo le pertenecía.

«Me miré en el espejo. Lo único que el velo no podía ocultar eran mis grandes ojos del color de la piedra que mi madre llevaba atada a su mano con un mosquito cristalizado, según recordaba. Sentía que por alguna razón yo no debía estar ahí. Estaba aprisionada, debía recorrer

un largo pasillo con alfombra roja que parecía infinito, sin salidas, todo estaba tan estrecho, cada vez más conforme me acercaba a la gran puerta de madera y dibujos arabescos que se veía al final. Ésta no soy yo, pensaba y trataba de buscar una salida. Ésta no es mi vida, me repetí siete veces como un mantra o una oración para librarnos del mal, pero la cinta transportadora roja no se detenía.

«Detrás de esas grandes puertas de madera tallada se encontraba mi destino. Debía lograr, con mi danza, que el califa me extendiera su mano y con ello me diera la bienvenida al harem como su séptima esposa. ¡Su séptima esposa!... ¿se supone que el número siete es de buena suerte? Pues ¡vaya suerte la mía!

«En un instante me encontré en el centro del gran salón. Los ojos que me miraban parecían leones vigilando a su presa, cientos de ellos me observaban. Frente a mí, estaba el califa. Un hombre que llamaba la atención por el inmenso estómago que subía y bajaba al compás de su respiración. Llevaba un turbante plateado sobre su cabeza y una larga barba canosa que cubría gran parte de su rostro. Estaba recostado en el suelo sobre algunas almohadas.

«Cuando el sonido estrepitoso de un *dum dum ta ka ta* de la *darburka* reemplazó los murmullos de los asistentes, mis caderas se movieron por inercia, atraída por el sonido que había guiado mis pasos durante toda mi vida, como una serpiente ante un flautista.

«Las mujeres me habían vestido con una falda y un sujetador decorado en pedrería plateada. De un vistazo, pude ver mi imagen reflejada en uno de los tantos espejos que adornaban el gran salón. Era yo, estaba segura, sin embargo, mi cuerpo no correspondía a mi edad, era el de una chica de dieciséis años.

«Danzando por todo el salón, lo vi. Estaba escondido detrás de una de las columnas con capitel en forma de palmera. Y por alguna extraña razón, lo reconocí. Era un hombre apuesto. En realidad, no debía tener más de veinte años y me miraba como se mira lo que no se puede poseer,

lo prohibido. Sus ojos verde aceituna me invitaban a caer por ese abismo de sus pupilas. Estaba sumergido en una especie de hipnotismo atraído por mis movimientos, embelesado. Por un instante, el califa y ese mundo ajeno a mí alrededor desaparecieron. Todo lo que me rodeaba era sólo una mancha borrosa en una fotografía. Danzaba para él, sólo para aquel muchacho.

«La voz de un hombre pronunciando mi nombre me regresó a la realidad. Sabía que era mi nombre aunque no puedo recordar cuál era. El califa había hablado y, en ese instante, los ojos en los que encontré mi oasis desaparecieron entre la multitud. Los rostros se desdibujaban ante mí. Busqué de nuevo una salida, corrí de un lado a otro por toda la habitación como ratón en una trampa, sus paredes policromáticas se acercaban con rapidez. Todo giraba, mi velo en el suelo, yo en el centro, una mano que no pude coger.

«En un instante, la misma mujer de cabello rizado que me condujo hacia el gran salón, me acompañaba hacia la calle. Había cometido un *haram*, una mujer no debe deshonorar el honor de su marido mostrando su rostro en público y yo lo había hecho. Pensé que todo había terminado y que yo recuperaría mi libertad. Sin embargo, mi idea se esfumó cuando vi a mi alrededor más gente sin rostro que sostenía en sus manos grandes piedras que, en cuanto me vieron, comenzaron a arrojar hacia mí. La primera piedra erró en su objetivo. El sol me cegaba, ya no podía distinguir nada. Los fuertes rayos parecían venir no del cielo sino del suelo, como las llamas del infierno al que me había condenado. De repente, sentí una mano fría que tomaba la mía, la izquierda, la que no ocupaba para cubrir mis ojos de la apabullante luz. Al mirar, lo descubrí a él. A ese chico para el que bailé en el gran salón. Me sonreía. ¿Cómo podía sonreír en esos momentos en que nos estaban apedreando? Su rostro se fundió en esa gran mancha homogénea. Antes de que la alarma de mi despertador sonara, escuché su voz diciendo “hasta que el destino nos vuelva a encontrar”. Sonaría bastante romántico si me lo hubiesen dicho en otro momento, ¿no crees?»

Elika estaba sentada sobre un cojín de color amarillo con las piernas en flor de loto. Llevaba un *sari* de color verde y el pelo le caía como cascada caoba sobre los hombros. Kaila caminaba alrededor de la mesita de madera, que despedía un olor a pino fresco, evitando fijar su mirada en el *sari* o en los cojines sobre los que Élika meditaba, ambos colores eran demasiado chillantes para verlos sin los lentes de poca graduación que insistía en usar porque le gustaba como se veía con ellos, aunque no los necesitaba. Aún llevaba el pijama rosa de Hello Kitty y las pantuflas café que simulaban garras de oso. A veces, se desesperaba ante la pasividad de su amiga. Aprendió, al paso de los años a esperar a que Élika saliera por sí misma de su estado contemplativo. Inhaló y exhaló. La tercera vez que lo hizo no pudo esperar más.

—Sé que te cuento esto casi todas las mañanas, pero...

—Sólo dame un minuto —contestó Élika.

Kaila bufó y se dejó caer sobre los cojines. Deseó tener la paciencia de Élika para poder esperar. Pensó que le habría gustado tener una abuela budista —la suya ni a la iglesia católica entraba por equivocación— que depositara en ella todo ese conocimiento ancestral que pasaban de generación en generación como lo habían hecho con su amiga. Siguiendo su ejemplo, se sentó sobre el cojín azul imitando su postura, pero se sentía demasiado incómoda y ansiosa para mantenerse erguida. Estiró las piernas y se dejó caer hacia atrás con cuidado para no golpearse. Mientras esperaba escasos minutos que le parecieron una eternidad, observó la habitación donde se encontraban. Era vieja. Gran parte de lo que debió ser la casa había sido consumida por el fuego. Se reducía a una habitación bastante amplia con suelo de cemento y paredes que perdieron su color. A no ser por el decorado llamativo que ambas pusieron, el lugar sería demasiado tétrico para permanecer ahí más de cinco minutos. Élika llevó los cojines que colocó alrededor del lugar y Kaila se encargó de comprar cortinas rojas y llevar viejos candelabros para alumbrar cuando la noche caía. Sólo esperaba la oportunidad de sustraer una alfombra de la tienda de su hermano

para colocarla debajo de la mesa como toque final. La mesa de patas cortas era el único mueble que no habían llevado ellas. A nadie le importó que se apropiaran del lugar. Su mala fama parecía surtir efectos como una enfermedad contagiosa que nadie quería contraer al acercarse por ahí.

—¿Te he hablado sobre Anubis? —dijo por fin. Mantenía su vista en un punto fijo.

—¿Qué tiene que ver un dios egipcio en esto? —objetó Kaila.

—Mucho. Él es el juez del karma. El encargado del destino.

—¿Crees que mis sueños se traten de mi karma? ¿Tengo que invocarlo o viajar a Egipto?

—No es necesario —dijo con una sonrisa en su rostro —Lo menciono porque él se encuentra en un quinto mundo, en una región causal. Nada surge de la simple casualidad sino por la total causalidad. Quizá en otra vida generaste una deuda kármica con aquel hombre y en esta vida la debes saldar.

—Entonces...—aguardó un momento antes de continuar— ¿Seré yo a quien lapidan?

—Posiblemente —Elika abandonó su posición de meditación para girar sobre sí y ver a los ojos a Kaila—. Es muy probable que tus sueños sean sólo el vago recuerdo de tu vida anterior.

—Así que estoy endeudada desde antes de nacer —se quejó—. ¡Vaya forma de comenzar una vida! ¿De qué forma le pago al pobre hombre que muere por mi culpa? Porque si debo casarme con él para liquidar mi deuda, créeme, prefiero que sigan generando intereses. El matrimonio no está dentro de mis planes.

—Kaila, si ese joven es tu destino, él llegará a ti donde quiera que te encuentres y cuando eso suceda sabrás de qué forma saldar tu deuda. Existen cuatro vías de la liberación: el artha, el karma, el dharma y el moksa. Ya hemos hablado de estos. Sabes que no hay manera de escapar al destino. Paga tu karma y serás libre de decidir.

Élika hablaba a veces tan raro, pensó Kaila. Su amiga era budista por lo que sus tradiciones diferían de las de ella y de las que veían a diario en la comunidad musulmana que se encontraba muy cerca de donde vivía.

—Bien. Creo que será mejor esperar a que él aparezca y quiera cobrarme el favor. Y cuando lo haga ya veré cómo le pago —lo dijo como una niña que acepta lavar los platos por obligación.

—Aunque lo tomes como un juego, deberías estar preparada —sus pequeños ojos oscuros ahora la miraban.

—No es un juego, Ely. Será mejor que me vaya a mi casa a cambiar de ropa. No quiero encontrármelo, después de una vida, vestida con cabezas de Hello Kitty. Te veo mañana.

Élika asintió y regresó a su meditación. Kaila se puso de pie. La puerta de madera chilló cuando la abrió y volvió a protestar al cerrarla.

Al cruzar las calles de adoquín, no le pareció tan descabellada la idea de encontrarse con el chico —que moría con ella en sus sueños— en esta vida, porque quizá sí existía un destino y parecía romántico encontrarse con su otra mitad en diferentes vidas. Aunque esperaba que, si eso alguna vez sucedía, las circunstancias que los llevaba a la muerte trágica no aplicaran esta vez. Las tragedias no le gustaban ni en literatura, menos aquellas donde morían por amor. Sin embargo, y a pesar de soñar casi todas las noches lo mismo, no sabía en qué circunstancias se conocieron. Sus sueños, demasiado avaros, sólo le mostraban las imágenes que desencadenaban su trágico final, como un *spoiler* del destino.

—*Shimmi* egipcio, *shimmi*. ¡Mantén el *shimmi* por ocho tiempos! Camello, golpe lateral, *ommi*, ¡de nuevo!

Nadina llevaba alrededor de su cintura una fajilla morada con moneditas que sonaban fuera de ritmo con las de Kaila. La profesora era una mujer de treinta y un años, delgada, pero con el vientre un poco abultado. Su cabello negro estaba teñido de rubio sólo en las puntas.

—¿Podemos descansar un momento? —suplicó Kaila demasiado cansada para continuar.

—De esa forma no vas a ganar un concurso. Una bailarina jamás se cansa, jamás se rinde —había puesto las manos sobre su cintura.

—Llevamos dos horas continuas practicando. ¡Déjame respirar! —se quejó y se dejó caer sobre el piso de duela.

—De acuerdo. Cinco minutos y continuamos. —Salió de la habitación dando la sensación de que sus pies no tocaban el suelo.

Kaila miró a Yamila por el espejo de la pared de enfrente donde se veía al ensayar sin lograr contacto visual. Su mamá estaba sentada al fondo del salón sobre un taburete circular azul descolorido y desgastado de algunas partes. Yamila leía *Memorias de una niña en el harén*. Kaila se levantó y caminó hasta la barra de enfrente, sentía ganas de llorar, su cuerpo ya no respondía igual como en las primeras horas de ensayo. Odiaba que su madre sólo se sentara en el taburete el par de días que acudía a verla. Ella también amaba la lectura, pero Yamila podría encontrar un momento más oportuno para su *hobbie*.

—¿Es en serio? —preguntó en voz alta en un intento de llamar la atención de su madre.

—Cariño, es necesario —seguía con la lectura.

—¡Esta mujer me va a matar! —Tomó la botella de agua que estaba en el piso y bebió.

—Bueno, tú querías a la mejor maestra de Córdoba y ella es excelente. Deja de quejarte. Son sólo un par de ensayos más antes del concurso. Los justos para que yo termine mi lectura.

Nadina irrumpió justo en el momento en que Kaila iba a expresar sus agravios hacia los comentarios de su madre. Resignada a continuar con su ensayo hasta que sus músculos ya no le respondieran, dejó la botella, tomó el velo azul transparente y corrió a colocarse nuevamente en la posición inicial de su rutina: de espalda al público, con la pierna derecha hacia el frente y los brazos en posición egipcia sobre su cabeza. Nadina apretó el botón de *play* en el estéreo y Kaila comenzó a bailar, más por obligación que por gusto, al ritmo de los tambores al estilo de Mario Kirlis. Generalmente, bailar le ocasionaba una alegría para el alma, esta vez se sentía demasiado fatigada y estresada como para disfrutar de lo que hacía. Su cabeza iba y venía en los pendientes que todavía tenía; comprar el vestuario era uno de ellos.

—¿Lista? Cinco, seis, siete, ocho...

Al terminar el ensayo, a Kaila le costaba trabajo bajar las escaleras del edificio de diez pisos, sin embargo, su entusiasmo regresó al recordar que iría a recoger su vestuario que eligió en el preciso momento en que lo vio en un puesto en el *zoco*. Llevaba días en una nube de ensueño, pues no dejaba de imaginar el momento en que se presentaría ante el público del festival. No era la primera vez que bailaba, pero sí la primera en que se convertiría en una odalisca. Desde el momento en que vio a Samia Gamal en una película vieja supo que algún día quería bailar algo así: recorrer el espacio con la fluidez de una gota de lluvia en la ventana; como una sirena que aletea contra la corriente. La música alertaba sus sentidos como si fuesen millones de hormiguitas subiendo por sus piernas; las notas eran el sulfuro de antimonio y ella el fósforo; la coreografía, el fuego que surgía de ambos. Al escuchar cualquier canción, sentía la necesidad de comenzar a

mover su cuerpo, aunque fuera su pie y hacer floreos con las manos. El corazón siempre latía en cuatro tiempos.

Su currículum profesional estaba lleno de presentaciones de danza clásica. Claro que las presentaciones escolares de jazz y ballet en los teatros de la escuela no se comparaban con la emoción de pisar un escenario como solista en pleno Alcázar de los Reyes Cristianos. Mientras bajaban las escaleras, no dejaba de parlotear sobre lo excitante del próximo evento. A decir verdad, lo que le causaba esa explosión de energía era pensar en que desafiaría las reglas que su hermano Osmán impuso autoritariamente desde que se convirtió al islam. Por suerte, su madre la apoyaba. Si tenía a Yamila de su lado, Osmán no tenía poder sobre ella.

—Estoy segura de que te encantará. Ya quiero que lo veas. Es amarillo y lleva unas piedritas alrededor de la falda y...

—Sí, querida. Confío en tu buen gusto —interrumpió Yamila.

—No irás conmigo, ¿verdad? —se detuvo al llegar a la puerta de cristal.

—Lo lamento. Olvidé que quedé de visitar a Alondra —buscó dentro de su bolso—. Toma —le entregó a Kaila un monedero de lentejuelas verdes—. Te prometo que lo veré en cuanto llegue a casa. Déjame tu maleta y ve por el vestuario antes de que alguien más se lo lleve. Si necesita ajustes se los haré esta misma tarde.

—Está bien —dijo no muy convencida, pues le habría gustado tener su visto bueno. Yamila tenía gran sentido de la moda.

Era una lástima, pensó al entregarle la maleta y abrir la puerta por la que se coló el aire caliente inundando la recepción del lugar. Su madre la apoyaba en todas las decisiones que tomaba, en todos los proyectos, en cada paso que la llevaba a un nuevo lugar, excepto que casi no estaba presencialmente, lo que le habría gustado mucho más.

—Kaila, nada de entretenerse con Élika. Necesito que me ayudes en casa.

No contestó, no podía prometer algo que tal vez no cumpliría.

Recorrió el pasillo del *zoco* —en donde las especias se mezclaban en un aroma que le causaba náuseas y la gran variedad de colores en las telas la hacían ver, después de algunos minutos, puntitos de colores— que llevaba directamente al local donde trabajaba su hermano Osmán, pues le gustaba observar cómo fingía ser un musulmán sin atreverse a revelar su oscuro pasado de origen católico.

Cuando eran pequeños, él y Kaila tenían una buena relación de hermanos. Se peleaban constantemente, pero no pasaban más de cinco minutos para que se volvieran a hablar. Desde que su padre murió, cuando Kaila tenía quince y Osmán diecinueve, su hermano trató de llenar ese vacío. Desde entonces, todo había cambiado. Él era demasiado sobreprotector, al adoptar la religión islámica, su relación de hermanos había quedado en el pasado. Kaila y él discutían a menudo por las reglas que éste quería imponerle sin importarle que su madre fuese católica y ella no creyera en nada ni nadie, aunque había adoptado la filosofía budista de Élika—. Entre la multitud, su hermano se confundía como un musulmán más; era alto y delgado, de piel apiñonada y ojos café claro, casi tan claros como los de Kaila. Seguramente su sangre andaluza salía a relucir en público y le ayudaba a confundirse entre un pueblo que no le pertenecía.

—*Mar haban* —saludó al pasar frente a su hermano.

En un movimiento rápido, Osmán la tomó por el brazo y la obligó a entrar en la tienda, casi en la oscuridad tras los rollos de telas.

—¿Me puedes explicar por qué traes el rostro descubierto? —sus ojos echaban chispas.

—¿Y por qué no? —trató de soltarse—. Me estás lastimando.

—¿De dónde vienes vestida así?

Kaila trató de recordar rápidamente qué ropa llevaba puesta sin tener que mirarse a sí misma. La pregunta de Osmán la hizo sentirse como si estuviera desnuda o como si su vestimenta

fuera inapropiada. Recordó que llevaba un pants holgado y una blusa de tirantes, ambos de color azul, lo que usaba para ensayar.

—No pienso dejarte salir así de mi tienda. ¡Ponte el velo! —ordenó.

—Yo no uso velo —lo retó.

—Si mi padre estuviera aquí...

—No fingirías un papel que no te corresponde —contestó coléricamente.

—Mi padre no está y tú no saldrás así. Hay un velo en la bodega.

Osmán salió de entre la sombra para atender a un cliente que llegó. Kaila refunfuñó y se quedó quieta mirando a su hermano por unos momentos. Había sido una mala idea pasar por ahí. Quizá lo mejor era aceptar que no lo podría cambiar, continuar con sus planes para viajar, comenzar una vida lejos de él. Usar un velo era un verdadero tormento para ella. “Llevarlo limita mis movimientos, como si fuera un peso muerto sobre mi cuerpo”, le explicó una vez a Élika.

Entró en la bodega, comenzó a buscar el velo entre los rollos de telas de colores vistosos, chillantes al igual que las alfombras nuevas y viejas. No le gustaba ese olor a pasado, no del tipo textil, porque el olor a libro viejo era uno de sus favoritos. En las alfombras se mezclaban pasado con fragancias de canela, sándalo y frambuesa que no eran del todo agradables después de algún tiempo.

Le tomó sólo un par de minutos encontrar el *shayla* marrón sobre una alfombra hecha rollo. La habilidad que desarrolló al jugar *Flux Family Secrets* le pareció oportuna para la ocasión. Para colmo, no combinaba con su ropa. Cuando tomó el velo, la alfombra cayó y rodó por el suelo desenvolviéndose. Era una alfombra de esas que suelen colocar al centro de la habitación debajo de una mesita de cristal, como la que ella quería para la casa vieja. Los polvos del pasado opacaban su naturaleza, quizá, en una época bastante lejana, de un rojo brillante. Ya casi no tenía barbillas que resguardaran sus orillas impidiendo deshilarse. En su centro, un rombo

que aún se percibía de color amarillo entre la gran mancha café. Se inclinó hasta tocar con sus dedos las líneas negras que, mientras unas iban y venían por todo el lienzo formando rombos más pequeños, otras, casi desdibujadas, trazaban las siluetas de algunos girasoles. La alfombra le pareció conocida, como si alguna vez la hubiese visto. Al tocarla con sus dedos una sensación de escalofríos provocó que dejara caer el monedero que sostenía con la otra mano y que se abrió al caer. El sonido que las monedas produjeron al contacto con el suelo originó una visión de un *caderin* —como el que usaba en los ensayos, pero en color rojo— resbalando por el cuerpo de ella, como si fuese un recuerdo que no le pertenecía. Inmediatamente, sacudió su cabeza para despejarse y regresar a la realidad. Recogió las monedas, enrolló rápidamente la alfombra, pero su peso le impidió levantarla.

—*As salam aleykum* —dijo Kaila al salir del local con el velo puesto.

—*Aleikum as salam* —contestó Osmán—. Vete a casa, por Alá.

Caminó de forma automática sin mirar atrás, por temor a que Osmán la estuviese siguiendo, hasta llegar al local de ropa que se encontraba en un callejón, lo que le dio la sensación de entrar en un lugar prohibido. El velo le provocaba escozor en el cuello. *Siento que estoy atrapada en un mosquitero oxidado.* Aunque consideraba haber tenido suerte de no ser obligada a usar una burka, un niqab o un chador. Antes de entrar al local, se detuvo justo a un lado del maniquí que exhibía una falda rosa con una pierna descubierta y alrededor de la cintura una fajilla del mismo color con moneditas, canutillo y chaquira. Un hombre barbón salió de la tienda, cuando pasó a su lado la ignoró. Detrás de ella, una mujer joven con chador verde se dejó ver.

—¿Se te ofrece algo? —preguntó.

—Sí. Quiero aquél —dijo Kaila señalando el vestuario de color amarillo que colgaba en un maniquí del lado derecho

Se quitó el velo.

El local era un pequeño cuadrado en comparación con la tienda de su hermano, pensó, pero ofrecía los artículos básicos para las mujeres: kohol, bindis, fajillas, zapatos, vestidos, joyería, velos, alas de Isis, bastones, CD y DVD sobre la danza del vientre, maquillaje y pedrería. Todo lo exhibían en perfecto orden. La encargada desvistió el maniquí y le entregó, primero el sujetador, después la falda, a Kaila.

—Es uni talla. ¿Te casarás pronto?

Kaila dejó de mirar la ropa que tenía entre sus manos.

—Es uno de nuestros mejores conjuntos para bodas. Bueno, tú sabes. Para esa noche especial. Puedo asegurar que te verás hermosa.

—Ya lo creo —dijo ella—. Lucirá estupendo cuando baile en el escenario aunque... creo que tendré que rellenar con algo el sujetador —bromeó.

Kaila vio cómo los ojos de la mujer se hicieron más grandes, supuso que no expresaría su opinión. Las mujeres musulmanas tenían prohibido hacerlo.

Sin contratiempos, pagó el vestuario, le agradeció a la chica y salió del lugar con una bolsa en mano hacia su casa, pensando en los pequeños ajustes que necesitaba, seguramente Yamila resolvería el problema del espacio de sobra en el sujetador. Sus pechos eran pequeños, consecuencia del ballet a temprana edad; su cintura era muy amplia, como las mujeres que han tenido un par de hijos, eso era herencia de su abuela española —la falda necesitaría también algunos ajustes ahí—, su altura era la misma que la de su madre, la del promedio de una mujer mexicana, un metro con sesenta y dos centímetros. Yamila tendría que recortar el largo o caería en algún momento en el escenario. Guardó el velo dentro de la bolsa de su vestuario. Era una chica mexicana que vivía en España, budista, soltera, no tenía porqué usar el velo, pensara lo que pensara Osmán. Pese a lo que su madre le había dicho, tomó el camino largo, el que incluía la casa vieja como punto turístico, sólo para ver si de casualidad encontraba a Élika ahí.

Al pasar por la acera de enfrente, se emocionó porque vio la puerta de madera vieja entre abierta. Seguramente, Élika seguía meditando. Cruzó la calle. Al abrir la puerta, sin querer, la azotó. No había entrado aún cuando se detuvo. No era Élika la que estaba en la casa sino un hombre extraño que llevaba un *kafiyyeh* sobre la cabeza, usaba un *thobe* y tomaba fotografías con una Nikon digital que colgaba de una cinta de su cuello.

—Lo siento —dijo ella cuando el hombre volteó.

Se encontró, entonces, con un rostro muy delgado y alargado —de estructura semejante a la cara de Dory en *Buscando a Nemo*—. La comunidad donde vivía era muy pequeña, todos se conocían entre sí; algo en su interior parecía reconocerlo, pero su mente no cooperaba en el repaso fotográfico. Tenía grandes ojos como dos aceitunas brillantes, como el de un niño asombrado ante un descubrimiento. Estaba tan cerca de él que alcanzó a ver sus tupidas pestañas rizadas. Si tan sólo las tuviera así no tendría que enchinárselas cada mañana y perder diez minutos en esa tarea. La barba castaña le cubría gran parte del rostro blanco, los labios delgados dibujaron una sonrisa.

—No, el que lo lamenta soy yo. Creí que este lugar estaba deshabitado —bajó la cabeza como si estuviera pensando—. Cuando era pequeño nadie se atrevía a entrar —rió.

—En realidad, nadie lo hace aún —contestó Kaila—. ¿Conoces la leyenda?

—Sí —la miró a los ojos—. Mi madre me la contaba casi todas las noches.

Kaila no dejaba de mirar sus ojos. Algo le recordaban.

—¿Tú vives aquí? —preguntó el extraño.

—No.

—Entonces, creo que estamos allanando una casa —sus ojos brillaron como los de su hermano cuando era un niño y ocultaba una travesura.

—¡Oh, no! —Contestó rápidamente Kaila — Mi amiga y yo nos hemos “adueñado” de este lugar. Ya que todos temen entrar aquí, decidimos convertirlo en una especie de centro de meditación. Mi amiga es de la India.

—¿Eres musulmana? ¿Vives en esta comunidad? —él no dejaba de mirarla fijamente, lo que ocasionó que Kaila bajara la mirada, como si la orden estuviese por fábrica dentro de su cerebro, tal y como Osmán le habría ordenado que hiciera en presencia de un hombre que a demás fuese un extraño.

—Soy mexicana, pero he vivido cerca de esta comunidad desde que era muy pequeña.

—¡Mexicana? —expresó su asombro—. ¡Vaya! Por tu acento podría decir que eres española.

Kaila se ruborizó. Sus abuelos paternos fueron españoles y los maternos mexicanos. A los primeros nunca los conoció y de los segundos sólo vivía su abuela a la que no veía con mucha frecuencia sólo cuando su itinerario de viajes le permitía pasar algunos días en Córdoba. Yamila estudiaba Historia de las Artes en la Ciudad de México y viajó por un semestre de intercambio a Córdoba, España. En ese año, sus padres se conocieron. Su madre regresó a casa. Meses después, Ignacio la buscó en México. Al terminar ella sus estudios, decidieron casarse. Cuando su abuelo paterno murió de un infarto y su abuela enfermó gravemente, todos se trasladaron a Córdoba. Kaila tenía dos años y Osmán seis. Tiempo después, la abuela también falleció por lo que sus padres decidieron quedarse en Europa para hacerse cargo del negocio familiar.

—Me llamo Karim —le tendió una mano.

—Kaila —contestó el saludo.

—¿Cuántos años tienes viviendo en España? —su acento era el de un hombre mexicano.

—¿Eres reportero o algo así? —preguntó al tiempo en que miraba la cámara que él sostenía entre las manos.

—No, para nada. Podría decirse que soy una especie de turista en mi propio país. Nací aquí, pero mis padres decidieron vivir poco tiempo después en Monterrey.

Kaila se quedó muda por algunos segundos. Era una extraña coincidencia.

—Por eso es que conoces la leyenda de esta casa.

—Sí. Irónicamente —dijo al rotar sobre su propio eje y observar su alrededor—, este lugar era el favorito para el encuentro entre la séptima esposa del califa Abdul-Hamid y su amante extranjero —lo dijo en tono dramático.

—Ella tenía un nombre —apeló.

Le parecía poco cortés que las mujeres fueran recordadas sólo como la pertenencia de un hombre o que se definieran a partir de ellos.

—Sí, claro —contestó él—. Su nombre era Jareny. Una bella mujer de origen gitano.

Había escuchado la historia completa en distintas versiones. Sin embargo, la que más le gustó fue la misma que Karim decía, la mujer tenía un origen gitano, había sido dada en pago al califa por la deuda que su padre adquirió con él. Se estremeció. Esa historia se parecía tanto a la de sus sueños. Quizá sus sueños eran sólo una reproducción de lo que escuchó.

Recordó que Yamila la estaría esperando en casa. Ya se había tardado en llegar.

—Tengo que irme. *As salam aleykum* —se apresuró a dar media vuelta hacia la calle.

—¡Espera! —Salió de la casa para estorbar en su camino—. Ha sido un gusto conocerte, Kaila —su nombre vibró por algunos segundos en sus labios.

—Igualmente —pasó a su costado izquierdo.

Karim dio pasos largos hasta alcanzarla, caminó con ella.

—Sé que será raro, pero ¿podría volver a verte?

Kaila se detuvo. No estaba acostumbrada a hablar con gente que no conocía, mucho menos a concretar citas para un próximo encuentro. Si Osmán se enteraba, estaría en problemas.

—Creo que no es pertinente. Te acabo de conocer —se detuvo antes de continuar su camino.

—Lo sé. Olvida lo que dije, fue algo impulsivo—se mostraba apenado.

—Hagamos algo —la idea de volver a ver al extraño no le parecía del todo loca—.

Dejemos que el *maktub* decida.

—¿El destino?

Kaila enarcó una ceja. Habría querido anotar su teléfono en un libro, después venderlo en una librería de usado para que el extraño pudiera encontrarlo. Si lo hacía entonces le llamaría, pero la idea le parecía tonta, eso sólo funcionó en la película que vio años atrás.

—Serendipity.

—¿Qué significa eso? —gritó porque Kaila comenzaba a alejarse.

—Pregúntale a San Google, él lo sabe todo —gritó también antes de dar vuelta en la esquina.

Cuando el reloj digital marcó las ocho con cuarenta y cinco minutos de la mañana, Kaila salió de su habitación con una maleta colgando de su hombro y el vestuario amarillo dentro de una funda. A esa hora, Osmán ya se habría ido a su trabajo. Yamila estaría en algunos de sus talleres con sus amigas, pero la vería en el evento. Por cuestiones de horarios, Kaila no visitó a Élika por la mañana, aunque sabía que su amiga estaría en primera fila, tal como se lo había prometido. Estaba nerviosa. Los recitales de ballet de la academia eran otra cosa.

Media hora después, se encontraba frente a la estatua de Alfonso X “El sabio” que fue inmortalizado portando con honor y orgullo una espada.

Un joven de negro que llevaba un gafete con la leyenda “Estoy para ayudarte: STAFF” la guió hacía una carpa blanca que servía como camerinos improvisados. Al entrar al lugar, se encontró con bailarinas ensayando, maquillándose, arreglando su vestuario. Personas que iban de una esquina a otra, nerviosas, ansiosas o desesperadas. Trajes brillantes con lentejuelas en el sostén y faldas que dejaban ver ambas piernas por las aberturas; los que llevaban gorras, pants, blusas holgadas y tenis; las chicas vestidas de licra negra, mallas blancas, *bodies* color carne; los hombres con sombrero, paliacate rojo en el cuello, guayaberas; las mujeres con tocados de flores alrededor de su cabello trenzado, faldas y blusas bordadas a colores con hojas y mariposas; las de tutus rosas; las parejas: ellos de traje negro y ellas de vestido rojo... El mundo de la danza confinado dentro de una carpa. Había ropa puesta en las esquinas del espejo, sobre las maletas en el piso, colgada de los percheros. Sobre el largo tocador cientos de maquillajes de todos colores: paletas de sombras, delineadores, cepillos, bases, polvos compactos y seguritos que, al igual que los pasadores, estaban por todos lados. Le costó trabajo encontrar un lugar frente al espejo para retocarse, por suerte siempre se maquillaba en casa antes de las presentaciones.

Después de que otro de los chicos de staff colocara el programa junto a la entrada y de que todas se amontonaran para mirarlo, Kaila se acercó sólo para cerciorarse de que le hubieran dado la información correcta por teléfono, sería la bailarina número nueve. Era mejor estar preparada.

De un momento a otro la carpa fue invadida por un ejército de chicas armadas con velos, sables, bastones, crótalos y candelabros. Cuando las vio entrar, Kaila supo que eran las alumnas de Samira, la gran bailarina de danza oriental que España le dio al mundo. Detrás de ellas, una chica de staff entró corriendo anunciando la segunda llamada.

Sabía que no debía mirar, pero no pudo evitar asomarse por uno de los arcos lobulados para buscar entre el público a su madre. La vio sentada en la segunda fila junto a Élika. La presencia de ambas la tranquilizó por unos instantes antes de que dieran la tercera llamada, el grupo de danza contemporánea que abriría el evento subió al escenario para su presentación. Entre empujones, risitas nerviosas y comentarios de “quítate porque estorbas”, Kaila corrió hacia la carpa para sacar de su maleta el velo, quitarse los zapatos, esperar tras bambalinas su turno. El único velo que le gustaba usar era el que utilizaba al bailar, porque lo sentía como una extensión de sus brazos que le permitían volar al girar. Contraria a la sensación que le producía el velo que Osmán insistía que usara, el velo en danza le daba la sensación de ser libre.

Las manos le sudaban, las piernas le temblaban, en su mente repasaba una y otra vez la coreografía que temía olvidar. Tenía ganas de ir al baño, pero no lo haría porque no sabía cuántas personas estarían en la fila. Esperaría tras bambalinas sintiendo el suelo frío debajo de sus pies. No se movería de ahí hasta que llegara su turno.

El presentador la llamó por su nombre. Esperó entre los pliegues de la tela negra que servía de telón. Notó que había un agujero. Salió a escena antes de que lanzaran la pista. La música comenzó con el sonido de las notas arrastradas de un laúd que poco a poco fueron

aumentando su velocidad sin repetirse, lo que le permitió a Kaila desplazarse con movimientos circulares sobre el escenario. Había elegido una canción que iniciaba con un *taxim* para cerrar con un *baladi*, porque tenía una manía por hacer las cosas al revés. La gran mayoría de las canciones para bailar danza del vientre iniciaban con la música lenta. El velo lo llevaba alrededor de la cintura. Cuando el ritmo acelerado disminuyó a cuatro tiempos en un *dum dum tac ka tac dum tac ka*, ella rompió el capullo, extendió a su espalda el velo de seda durazno tornasol, como una mariposa lista para emprender el vuelo. Aleteó, juntó sus alas sobre su cabeza, volvió a abrirlas. El aire y sus pies la impulsaban. El viento se colaba por los pliegues de la seda, hacía pequeñas olas brillantes.

Se deslizó de un lado al otro del escenario, sus pies por algunas fracciones de segundo se despegaron del suelo. No reparó en la cantidad de gente que la veía, ni siquiera volvió a buscar a Yamila entre el público, mucho menos vio, entre toda la gente a su maestra, por lo que no supo que, por primera vez, sonreía al verla bailar. Los movimientos del velo desdibujaban rostros, lugares. Eran el elemento mágico que la transportaba a otro mundo donde no existían límites físicos, donde Kaila se elevaba.

Antes que la música terminara, cubrió su rostro con el velo dejando al descubierto sus ojos, grandes como los de los gatos, enmarcados por kohl. Sólo entonces, se permitió buscar caras conocidas entre el público. Se topó con la mirada de desaprobación de su hermano, la respiración se aceleró aún más. Estaba metida en problemas. Desvió la mirada, se topó con los ojos de un perfecto extraño que observaba el evento. Un hombre de edad madura, con cabello castaño oscuro ondulado, unos treinta y tantos años. No lo pudo notar por la distancia que los separaba, pero tenía una pequeña cicatriz al lado del ojo derecho. Vestía una playera casual de color gris y pantalones de mezclilla. Él la miraba como muchos más, pero su mirada pesaba sobre ella más que cualquier otra, más que la de Osmán.

Se quitó el velo e hizo una reverencia ante los aplausos y vítores de la audiencia. Abandonó el escenario tan pronto el presentador le dio las gracias por su participación. Corrió por el pasillo con el corazón palpitando en un continuo y acelerado *dum dum dum dum dum...* Quería encontrar a aquel hombre, saber quién era. El festival atrajo a gente de diferentes partes de España y el mundo. Podría ser un extranjero al que no volvería a ver. Como en esos encuentros al azar entre personas que cruzan una calle, asisten al mismo concierto o coinciden cuando una sale y el otro entra al subterráneo, ya lo había visto en películas. A pesar de que buscó por todo el jardín sede del evento, no lo encontró. Se decepcionó.

El *dum dum* cesó abruptamente cuando alguien la tomó del brazo para alejarla del bullicio de la gente que chiflaba y aplaudía ante la muestra de kizomba. El movimiento fue tan rápido que no pudo ver quién era hasta que estuvieron frente a frente.

—¿Y se supone que debo felicitarte por estar exhibiendo tu cuerpo frente a toda esta gente? —Osmán la regañó.

—¿Qué estás haciendo aquí? —rodeó su cuerpo con el velo en un intento por taparse. De alguna forma, Osmán siempre lograba hacerla sentir mal con su modo de vestir.

—Cuidando que no arruines tu reputación, porque, al parecer, ni eso eres capaz de hacer —le aventó a la cara una tela negra.

Kaila no lo tomó.

—¡No la usaré! —gritó.

La burka le parecía una exageración. Su cuerpo no era algo que tuviese que estar escondiendo.

—Te estás exhibiendo ante lo demás, ¡eso es un *haram!*

—No tienes ningún derecho de decirme cómo debo vestir o qué debo hacer —objetó a su favor en tono molesto.

—Vives bajo mi techo.

—Era la casa de los abuelos. No voy a permitir que me obligues a seguir una tradición que no es la mía.

—Soy tu hermano mayor —objetó seguro de sí.

—Pues compórtate como tal —se agachó para recoger la *burka*, se la aventó.

—Hasta que no tengas un marido que se haga responsable de ti, eres mi responsabilidad. Así que pídele a Alá para que nadie de nuestros conocidos te haya visto vestida así.

Osmán lanzó una mirada que le recordó a su padre. Tenía el ceño fruncido y sus cejas parecían unirse en una sola.

—¡Demonios! —Gritó Kaila.

—Maldecir es un *haram*.

—Todo es un pecado para ti, ¡todo! —Kaila salió corriendo.

Para llegar a la carpa, tuvo que cruzar el patio, esquivar a la gente que se acercaba a observar el espectáculo de danza. Alguien le extendió un volante que no se detuvo a leer. Entre los asistentes le pareció ver a un joven tomando fotografías con una Nikon, al intentar reconocer en él a Karim tropezó con su velo. Avergonzada porque alguien la hubiera visto, corrió hacia el camerino improvisado.

Pasó el resto de la tarde en la casita abandonada. Esperaba que Élika se apareciera por ahí para que, con sus temas budistas, lograra calmar un poco su coraje e impotencia hacia su hermano. Su amiga no usaba teléfono, lo que le parecía una verdadera aberración en estos tiempos, así que no tenía otra opción más que esperar, como la paciencia no era una de sus virtudes comenzó a divagar de una imagen a otra, del hombre que vio entre el público y al chico que había conocido el día anterior. Si tan sólo se apareciera por ahí en esos momentos... Al buscar algo que comer en la maleta que llevaba, encontró el volante un poco arrugado. Era de una

compañía de danza que estaba buscando bailarines para una puesta en escena. Bufó. Le encantaría audicionar, pero su hermano se lo impediría. Esa semana las audiciones serían en Madrid.

Por la ventana vio cómo el sol se ocultaba entre los edificios, supo que era hora de regresar cuando sus tripas comenzaron a protestar por alimento. Resignada, tomó su maleta, caminó con miedo por las calles poco iluminadas. En la mano traía un rociador de gas pimienta que le compró a un vendedor ambulante días después de que un hombre la siguió por algunas calles cuando caminaba de regreso a casa.

Cuando cruzó la fuente del centro del patio se detuvo ante la puerta de madera e intentó contener las ganas de llorar. Seguramente, Osmán la estaría esperando para continuar con su perorata sobre su futuro y las reglas a seguir. No tenía ganas de escucharlo, pero, para llegar a su recámara, tendría que cruzar la sala.

Su hermano, sentado en un sillón de terciopelo verde, la esperaba con los brazos cruzados, a un lado de él, Yamila. Su madre mostraba una expresión entre preocupación y consternación, como esa que ponía cada vez que leía en el periódico internacional alguna noticia sobre violencia o asesinatos. Irónicamente, la expresión de su madre le preocupó más a ella.

—Masa‘ul jair —dio las buenas noches sin detenerse en su camino hacia su recámara.

—Kaila —llamó su madre—. Ven aquí un momento, por favor.

Caminó arrastrando los pies hasta la sala. Bajó los dos escalones. Esperó para salir corriendo como la presa que ha visto a su cazador.

—¿Sucede algo? —preguntó.

—Ya he pensado con quien arreglaré tu matrimonio —exclamó con orgullo Osmán.

—¿Qué? —Dejó caer la maleta que llevaba colgada sobre su hombro—. ¿Mamá?

Yamila no respondió, desvió su mirada. Su madre era demasiado pasiva en los momentos menos oportunos.

—Nahúm es la mejor opción: podrá pagar por ti una cantidad sustanciosa como dote.

—¡Nahúm tiene como cincuenta años! Debes estar loco si crees que puedes obligarme a casarme con él o con cualquier otro. No son mis tradiciones. ¡Mamá, dile algo a tu hijo! —miró a Yamila esperando una respuesta a su favor. No la obtuvo—. ¿Es en serio? ¡Ahora me van a tratar como una especie de vaca que es vendida al mejor comprador? Pues no deseo casarme, por si a alguien aquí presente le interesa.

—Tus deseos no son una opción —declaró su hermano, quien continuaba sentado de forma imperturbable en el sillón más grande, como un rey en su trono.

—¡Te odio! —gritó—. Tú no eres como mi padre, Osmán, y jamás serás ni la mitad de lo que él llegó a ser.

Recogió sus maletas, corrió a su habitación. Las lágrimas resbalaban por sus mejillas.

Kaila, boca abajo en su cama, abrazaba una almohada con el rostro de Winnie Pooh cuando Yamila entró. Supuso que era ella cuando escuchó el rechinado de la puerta. Osmán no se atrevería a pasar el *purdah*. Por lo menos, su privacidad era uno de los pocos beneficios que tenía. Imaginó a su madre asomarse primero, de forma cautelosa, por una pequeña abertura y luego entrar casi de puntillas como una bailarina al inicio de la puesta en escena. Quizá Yamila pudo ser una gran bailarina y jamás se dio cuenta, por ello se dedicó sólo a dar clases de Historia de la Música en la universidad de Córdoba.

—Si vienes a tratar de convencerme, no lo vas a lograr. No me casaré —hundió la cabeza en la almohada que su padre le regaló cuando era niña.

—No pretendo hacer que cambies de opinión —Kaila escuchó la voz de su madre, suave, lenta y armoniosa, más cerca de ella.

—¿Entonces? ¿Tratarás de convencerme de que Osmán sólo quiere lo mejor para mí y por eso me ha vendido como si fuera parte de su ganado? —refunfuñó.

—No, querida. He venido por otra razón.

Sintió cómo la cama se hundía de su lado izquierdo. La mano de Yamila acarició su cabeza, como cuando era niña, recordó.

—De ninguna forma Osmán puede darte a cambio de dinero.

—Eso se llama trata de blancas —Kaila quejó.

Yamila sonrió. Su rostro tenía facciones finas en una piel latina.

—Después de la muerte de tu padre, decidí que permaneceríamos en España porque estábamos acostumbrados a este lugar, a mí me gustaba y ustedes comenzaban a hacer su vida aquí. Regresar a México habría sido difícil, quedarnos aquí es tener un pedazo de tu padre cerca. Pensé que era la mejor opción. Así que traté de darles la educación que tu padre y yo planeamos, para ello utilicé los fondos que ambos destinamos para eso. Tú fuiste a la universidad, terminaste tu carrera, estudiaste danza como siempre quisiste. Osmán... bueno, él decidió invertir en el negocio de telas, ese fue mi error. Me pareció tan conveniente que alguien más me ayudara con los gastos de la casa que nunca le dejé en claro a tu hermano que su lugar era el del hijo mayor, no el de pretender ser tu padre. Pero, desgraciadamente, los fondos se acabaron, incluso la herencia de tus abuelos. Mi trabajo como maestra no es suficiente para mantenernos.

—Y ahora dirás que casarme con Nahúm nos sacará de pobres.

—No somos pobres, Kaila —Yamila continuaba acariciando el cabello de su hija—. Jamás podría obligarte a casarte por conveniencia. Ya no estamos en esos siglos donde pagaban por la mujer como si fuera un objeto de pertenencia masculina. El día que decidas casarte, quiero que lo hagas porque esa es tu elección.

Kaila se levantó, se sentó en la cama. Tenía los ojos hinchados y rojos. Cruzó las piernas en flor de loto. Miró a su madre, su semblante irradiaba tranquilidad, como si no hubiese estallado una guerra civil entre su familia. Era una mujer joven. Ojalá algún día, cuando tuviera su edad, se viera tan bien como ella. Su larga cabellera castaña y lacia la hacía ver algunos años menos de los que tenía. Sonrió. Alguna vez su padre le dijo que eso era lo que lo había enamorado.

—Es absurdo que piense obligarme a contraer matrimonio con un hombre que colecciona mujeres como si fueran barbies.

—Tengo un regalo para ti —dijo de forma decidida.

Kaila no preguntó de qué se trataba, porque sabía que cuando los ojos caoba de Yamila brillaban de esa forma, lo que quiera que pensara en ese momento, era la mejor opción.

Su madre colocó una mano sobre la suya, le pareció tersa, delgada y apiñonada como su piel, en eso se parecían. No en el carácter, porque Kaila era muy impulsiva y demasiado ansiosa.

—Ve con tu abuela a México. Regresa a tu lugar de origen, busca tu destino.

—¿Y qué haré allá? —la idea no le agradó por completo. Jamás se había alejado tanto de su casa ni de su madre.

—Mi amor —dijo con ternura—, eres una mujer inteligente. Tienes una carrera universitaria, eres una excelente bailarina. El mundo no está preparado para una mujer autónoma, pero nosotras debemos estar preparadas para el mundo, y yo te he dado todas las herramientas necesarias para salir adelante tú sola.

—Pero México está tan lejos. Allá no conozco a nadie —lo que más le preocupaba de la distancia entre España y América era el trecho que habría entre su madre y ella.

—Sí, está lejos de Osmán. Piensa que sólo son vacaciones.

—Es que voy a huir como si hubiese cometido un delito —dijo enojada.

—Sé que no es justo, hija. Prometo que arreglaré esto con tu hermano. Ve a México. Conoce a otra gente, otros lugares. Construye una vida. Ya es hora, querida —sus grandes ojos brillaron.

¿Hora de qué?, se preguntó a sí misma.

—¿Has sentido que la vida que tienes no te pertenece? —preguntó recordando el sueño que le había contado a Élika.

Yamila no contestó.

Por lo que Kaila sabía, su padre tuvo grandes amistades en España y su madre se había encargado de conservarlas. Por uno de esos viejos amigos era que ella se encontraba de noche en la sala de espera del aeropuerto de Córdoba con un pasaje en mano hacia la Ciudad de México.

Llevaba dos maletas grandes y un bolso de mano que de tanto uso las asas parecían perder color y forma. Yamila tuvo que pagar exceso de equipaje. A Kaila le había sido difícil decidir qué llevar. Todo lo había hecho tan aprisa que repasaba en su mente las cosas necesarias que esperaba no haber olvidado.

Su madre le había prometido que su “destierro” —como ella le llamaba— no duraría mucho, que muy pronto podría regresar a su casa. Pero se sentía atrapada en un capítulo de *La ley y el orden*, como una testigo protegida quien se preguntaba si también tendría que cambiar su nombre y apariencia.

Yamila se sentó en el asiento al lado de ella. Su contacto le había permitido el acceso hasta la sala de espera. Kaila no dejaba de mover el pie derecho. Siempre lo hacía cuando se sentía nerviosa, o angustiada cuando su poca paciencia menguaba. Por el altavoz, una voz femenina anunciaba constantemente las salidas con destinos que a Kaila le parecían atractivos. Cualquier lugar lejos de Osmán le habría llamado la atención.

—Hablé con la abuela.

—Por tu expresión no te dijo nada bueno.

—Esta es la cara de una mujer regañada por su madre de setenta años, hija. Eso no importa —evadió el tema—. Hay un pequeño inconveniente.

Kaila resopló. Lo peor de regresar a su casa a esa hora sería enfrentarse a Osmán, donde tenía las de perder.

—Margarita continúa de viaje. Ya conoces a tu abuela. Me dijo que hablará con Olga para que te reciba en su casa.

—¿Quién es Olga?

—Tu tía. Es mi prima. Tiene una hija. Si no mal recuerdo, Susana es de tu edad. Te llevarás bien con ella.

Se dejó caer sobre el asiento, sintió de golpe el frío del metal.

—No sé si esto sea lo mejor —se quejó.

—Nada puede ser peor a que te obliguen a casarte con un viejo panzón, apunto de colgar los tenis, como Nahúm.

No pudo evitar soltar una de esas carcajadas que llaman la atención. La pareja que pasaba frente a ellas en ese momento la miró. Esas frases eran las que siempre le recordaban su origen mexicano. Pensó que su madre podría tener razón. La idea de irse lejos sin ella no era lo primero que se le había ocurrido; sin embargo, Yamila estaba arriesgando mucho por su felicidad, esa oportunidad no podía desaprovecharla. De cualquier forma, no estaría sola... no por completo, esperaba.

—Prométeme que buscarás a Élika. Necesito hablar con ella —dijo Kaila.

—Mañana iré a la vieja casa. No te preocupes, querida.

Kaila abrazó a Yamila tan fuerte como le fue posible, su madre le correspondió de igual forma. Se despidieron en silencio, como quien acepta un destino que no se le ha dicho, pero que ya puede adivinar. Miró a su madre desaparecer entre las puertas automáticas, cojeaba de la pierna izquierda, desde hacía dos años cuando, al bajar corriendo las escaleras de la escuela donde daba clases, pisó en falso y se lesionó la rodilla. Sintió un nudo en la garganta, tragó saliva. No estaba segura de cuándo volvería a verla. ¿Qué sucedería cuando su hermano se enterara de que su madre la ayudó a escapar, que le entregó la llave mágica a otro reino? Por unos

segundos sintió pánico, quiso salir de ahí, correr hacia Yamila, pero, entonces, miró el pase de abordar y el pasaporte que sostenía en su mano... *Soy como Rapunzel que escapa de la torre custodiada por el dragón.* Como el efecto de un mal chiste, rió minutos después de pensarlo.

Kaila sintió que su mundo se reducía a esa sala. Su mundo, como lo conocía hasta ahora, estaba a punto de cambiar. El caos y la incertidumbre le daban miedo, porque nunca se sabía qué podía resultar de todo eso. La sala de espera estaba casi vacía. Tenía sueño, estaba cansada, sus nervios comenzaban a ponerla de mal humor. Osmán no descubriría su huida hasta el día siguiente en que seguramente la llamaría para reafirmarle que él tenía la última palabra, que no se saldría con la suya. Previniendo que ni en México la dejara en paz, bloqueó su número de teléfono de todas las formas posibles. Se preguntaba cómo le haría Yamila para lograr que su hijo cambiara de opinión, porque esperaba algún día regresar y ver de nuevo la fuente del patio delantero en donde le gustaba leer, volver a meditar con Élika en la vieja casa, pasear por el *zuko*, abrazar de nuevo su almohada de Pooh.

Intentaba no quedarse dormida. Desde su lugar observaba minuciosamente cada movimiento de todo aquel que cruzara por la sala. Vio a una chica de larga cabellera rubia que usaba unos hermosos zapatos morados de plataforma; ella no los usaría, los tacones podrían lastimar su columna y dejar de bailar no estaba en sus planes. Una chica se sentó dos asientos a su izquierda, llevaba una maleta amarilla, esa clase de amarillo que la hizo ver puntitos de colores cuando cerró los ojos. Recargó la cabeza en el respaldo frío del asiento.

—¿Está apartando este lugar?

Dijo una voz un tanto conocida. Resopló al verse obligada a contestarle a quien la interrumpió. Al mirar al hombre, que se encontraba de pie frente a ella esperando una respuesta, inmediatamente lo reconoció. *¿Carlos?, ¿Abdul?, ¿Omar? ¿Cuál era su nombre? ¿Isam?, ¿Jasib?, ¿Kaliq?*

—¡Hola... —arrastró la última letra para darle tiempo a su memoria.

—Karim —completó la frase—. ¿Puedo? —señaló el asiento.

—¡Por supuesto! —contestó ella.

Él llevaba un pase de abordar en su mano derecha. Sin esas ropas típicas de un árabe, sin la barba, Karim parecía un turista más. Vestía de forma casual, jeans, sudadera negra, tenis azules. Llevaba un portafolio negro que no combinaba nada con su imagen sencilla y despreocupada.

—¿Y a esto podemos llamarlo serendipia? —sonrió.

—Lo siento —dijo realmente apenada.

—¿Y eso por qué?

—Es que... ¿acaso vas por la vida pidiéndole a cada extraña que se vuelvan a ver?

—Ya no eras una extraña, me habías dicho tu nombre —concluyó Karim.

En el alta voz anunciaron la salida del vuelo 747 con destino a New York.

—La chica de México —dijo como si hablara con él mismo—. ¿Piensas regresar?

—Algo así —contestó muy poco convencida.

—De haberlo dicho, te habría llevado. Yo también vuelo. Voy a Monterrey a atender unos negocios de mi padre.

Eso explicaba el portafolio.

—¿Es algo urgente o te gusta viajar de noche? —Karim consultó el Armani en su muñeca.

—Tuve un problema al tratar de despegar en mi escoba. El mecánico me sugirió volar de una forma más tradicional —bromeó.

Karim rio mostrando su blanca y perfecta dentadura. Kaila sentía envidia por esas personas que tenían una dentadura natural como la de él —porque, a su criterio, tenía que ser

natural—. Ella había usado brackets durante casi tres años, todo el proceso le pareció una tortura de la época moderna disfrazada de necesidad estética y confundida con vanidad.

—¿Córdoba te aburrió?

—Espero que sean sólo unas vacaciones cortas —jugaba con sus manos sobre el regazo.

Kaila observaba la tienda de enfrente. Quería ir a comprar un dulce, algo con chocolate o salado, lo que fuera que le quitara ese trago amargo que Osmán le ocasionó desde la mañana. Tenía hambre. Recordó que ni siquiera había comido.

—¿Ya viste la película?

—¿Qué? —perdió el hilo de sus pensamientos.

—La película. Supongo que mencionaste serendipia por la película.

—Sí. Ya la he visto. ¿Te gustó?

—Es buena. Sólo quiero decir, antes de que se te ocurra intentar su loca propuesta, que no traigo un libro ni un billete de un dólar.

—No suena tan loca esa idea.

—No para dos personas destinadas a estar juntas. Era cuestión de tiempo.

¿Cuántas formas tenían ellos para encontrarse en esa vida?, se preguntó, porque parecía que estaban destinados a encontrarse por casualidad.

Los minutos que faltaban para que saliera el vuelo pasaron como agua entre sus dedos. La presencia de él le amenizó la espera. Él era agradable, aún así, algo continuaba incomodándole: esa sensación de ya conocerlo mucho antes a su encuentro de estos días. Karim le platicó que sus abuelos habían huido a México al estallar la guerra civil española. Que su padre se había criado ahí, que, cuando terminó la licenciatura, regresó a España a estudiar una maestría. Fue en la escuela donde conoció a su madre. Así que, él nació en España y cuando tenía diez años se mudaron a México. Ahora él se dedicaba a las relaciones internacionales de la empresa de su

padre. Jamás mencionó a qué se dedicaba exactamente. Lo que escuchó le pareció irónico. La historia de sus padres, Yamila e Ignacio, era igual, pero al revés.

Karim le entregó a Kaila una tarjeta de presentación con su número celular. Al tomar la tarjeta, vio un *om* en tinta negra tatuado en el antebrazo de él. *Espero que al menos sepa el significado*. Ella siempre había querido hacerse un tatuaje, pero no se decidía entre un par de alas en la parte inferior del cuello o un mandala en el antebrazo. “Air France anuncia la salida de su vuelo 712 con destino a la Ciudad de México, favor de abordar por la puerta tres”. Kaila tomó el bolso que estaba en el asiento, metió la tarjeta en la chamarra, se despidió de él dándole la mano.

—Nos vemos un día de estos en México —dijo Karim.

Asintió con un movimiento de cabeza. La mano en la que llevaba el pasaporte y el pase de abordar le temblaba. Se concentró en tranquilizar su acelerada respiración para que el corazón no se saliera del pecho y se quedara en entre las calles empedradas, los arcos que parecían los brazos de gigantes petrificados, el Alcázar y las bugambilias blancas y rosadas que vigilaban desde el balcón de Otilia, su vecina.

Una vez que tomó su asiento junto a la ventanilla del avión, pensó en su madre, trató de adivinar qué le diría a Osmán cuando descubriera que ella se había ido de España. Quiso relajarse, necesitaba dormir, dejar de pensar, distraer a sus tripas que gruñían como si no hubiese comido en dos días. *Espero que aquí den algo de comer*. Recargó la cabeza en la ventanilla cuando el avión se estabilizó en el aire, tarareó la primera canción que se le vino a la mente, la que buscó en *YouTube* después de escucharla en la última escena de baile de una película: *In 24 hours they'll be/ laying flowers/ on my life, it's over tonight./ I'm not messing no I need your blessing/ and your promise to live free/ please do it for me...*

—No deberíamos estar aquí.

—Te he visto bailar en las calles—dijo él.

—Es una tradición de mi pueblo.

*La habitación estaba iluminada por dos velas que se encontraban sobre una mesa. Su luz danzante mostraba siluetas en la pared de objetos que no alcanzaba a distinguir. En realidad, sólo podía ver su rostro iluminado tenuemente. Sus ojos aceitunados brillaban como los ojos de un gato en la oscuridad. Me observaba, yo caminaba alrededor de la mesa. Jamás tuve una casa, ésta me gustaba aunque no pudiera verla. Estaba nerviosa. No estábamos haciendo algo correcto, no tardarían en encontrarnos. Mis padres podrían sufrir si yo cometía un error. Los mismos padres que me entregaron a cambio de saldar su deuda.*

*Tropecé con la alfombra que estaba debajo de la mesa, tiré uno de los vasos que se encontraban entre las dos velas. Al hacerlo, un líquido oscuro recorrió una fisura en la madera, se derramó, gota a gota, en la alfombra que tenía un girasol. Busqué algo con que limpiar, pero no había nada a mi alcance. Él detuvo mi mano cuando tomé la capa que estaba en el respaldo de una de las sillas, era mía, la había utilizado para salir sin ser vista.*

—Escapa del harem. Aquí podrías bailar sin que nadie te persiga.

—Podríamos perder la vida.

—Pero nos quedarían más para reencontrarnos —lo dijo con plena seguridad.

*Cuando quise tocar su rostro, él ya había desaparecido.*

Mientras dejaba el bolígrafo con el que escribía en una libreta de papel reciclado sobre la mesa plegable del avión, miró la película en la pantalla. Ya la había visto, era *Stand up 2*. Se quedó por unos momentos mirando fijamente la pantalla del avión. *Si fuera la chica de mis*

*sueños, seguro escaparía del harem, pero no por él, sino por mi libertad.* Y se dio cuenta de que se encontraba en la misma vertiente que la llevó a estar en un avión en aquel momento.

Aquel chico que veía en sus sueños ahora le parecía tan conocido, porque había tomado el rostro de Karim. Compartían el par de arrugas cuando sonreían, el brillo en la punta de la nariz. Desde que lo conoció, el negativo parecía ya no estar trabado en la misma escena final, ahora, la cinta fluía, avanzaba, le mostraba más. Recordó que en una película escuchó decir que cuando se han vivido algunas vidas anteriores, la presencia de ciertas personas puede traer recuerdos de cosas del pasado. Según las creencias de Élika, la reencarnación era posible.

Esperó de pie mirando las puertas automáticas abrirse una y otra vez. El aire tenía una densidad que pesaba en ella, la sofocaba. No se movía, sólo respiraba. Escuchaba que los latidos de su corazón ya no iban en *dum* ni en *ta ka ta*. La gente salía por esas puertas uno detrás del otro, en pareja, solos, con niños... Ella no quería moverse ni girar, porque tenía miedo de lo que le esperaba tan lejos de su hogar.

Tenía el pasaporte en la mano. El color blanco del lugar le recordó a la sala del hospital donde murió su padre. Después de esa tarde, durante algunos meses, tuvo el mismo sueño: ella corría detrás de Ignacio por un largo pasillo que no lograba reconocer, lo llamaba, él parecía no escucharla. Cuando estaba a punto de alcanzarlo y estiraba su brazo, se despertaba.

Ahora, se encontraba en la ciudad donde su madre nació y vivió durante más de veinte años. La misma a la que su padre viajó para terminar su carrera. Era el país donde sus historias se entrelazaron. Habría querido que su abuela se encontrase en México, que fuera ella quien la recibiera porque sería como tener un pedazo de su madre cerca. El país le era ajeno a pesar de haber nacido ahí. No recordaba nada de su estancia anterior —tenía dos años cuando se mudaron a Córdoba—, pero confiaba en que el destino tuviera una buena razón para llevarla de regreso.

—¿Kaila?

No quiso voltear. Una mujer de baja estatura, robusta, cabello negro, mejillas sonrosadas, con lentes cuadrados de armazón azul apareció frente a ella.

—Parece que estoy viendo a Yamila de nuevo. Claro que los ojos son de tu padre. ¿Qué tal el vuelo? —sonrió.

La gravidez de sus pies le impedía dar media vuelta y regresar. *Todo depende de la actitud con la que enfrentes a la vida*, le dijo Ignacio la última vez que salieron juntos a una reunión donde Kaila conoció a Élika, la noche anterior al accidente de su padre.

Al salir hacia el estacionamiento, se detuvo unos minutos. Inhaló profundo, pero no pudo exhalar porque comenzó a toser. Olga pasó a su lado jalando una de las maletas.

—Hoy hay mucha contaminación, hija.

El auto de su tía era un Spark verde menta, según Olga, Susana esperaría ahí. Kaila se recargó en la puerta, aprovechó para escribirle a Yamila. Su madre, le pidió que le llamara en cuanto llegara a la Ciudad de México.

—No sé dónde se pudo meter esta niña —se quejó.

Kaila sólo observaba.

—¡Hola!

Una chica de baja estatura, con la segunda mitad del cabello pintado de rosa, saltó frente a ella. Sus grandes ojos le recordaron las pinturas de Margaret Keane: la niña rubia con un vestido azul que sostenía un gato. A ella no le gustaban los gatos, pero la pintura fue de su padre, cuando él murió decidió colgarla en una de las paredes de su recámara. Cada vez que veía el cuadro, recordaba la tarde en que Ignacio pasó por ella después de su clase de danza y la invitó a tomar un helado. De regreso a casa, encontraron la pintura en una tienda de antigüedades. De entre todas las cosas que pudo conservar de él esa era especial, porque a su padre le encantaba

aunque a ella le diera miedo por las noches. Esos grandes ojos le daban la sensación de observarla. Ahora que pensaba en la pintura, le habría gustado traerla consigo.

—Tú debes de ser mi prima, la que viene de España.

Su blanca sonrisa resaltaba en su piel morena. Tenía un diente incisivo un poco chueco. Sin poder advertirlo, Kaila se vio envuelta en un abrazo fuerte y sofocador. Cuando creyó que ya no resistiría más, Olga se acercó, jaló hacia sí a Susana; sólo entonces, Kaila recuperó el aliento.

—¡Susana! —Le llamó la atención su madre—. No seas tan empalagosa y dame las llaves del carro —ordenó—. ¿A dónde fuiste?

—A dar una vuelta. Me estaba aburriendo aquí —se quejó.

Durante el trayecto, su prima no dejó de parlotear sobre los planes que había hecho en donde incluía a Kaila. Su actitud le agradó. Era muy entusiasta. Tal vez llegarían a ser grandes amigas.

La mañana siguiente, Kaila marcó los dígitos del número que aparecía en la tarjeta debajo del nombre KARIM TOLEDO. "El número que usted marcó se encuentra fuera del área de servicio". Un poco desilusionada, dejó la tarjeta sobre una repisa y, encima de ella, el celular. Lo más urgente era arreglar el desorden de la habitación para que pudiera resultar más cómoda para ella, después volvería a intentar localizarlo, sin saber aún para qué. Susana le prometió ayudarle a escombrar; lo que Kaila tomó por amabilidad de su prima, en realidad, fue por los ojos amenazantes con los que veía Olga a Susana. Era temprano, pensó cuando comenzó a quitar las cajas que estaban sobre el escritorio al que le faltaba el cajón de arriba. Tenía la costumbre de levantarse a primeras horas de la mañana, igual que su padre. Pese a que a veces quería dormir un poco más, ya no podía hacerlo una vez que despertaba. Después, cuando conoció a Élika, fue una

gran ventaja, pues su amiga solía meditar antes de que saliera el sol. Kaila, ávida de nuevo conocimiento, se adaptó a la forma de vida de Élika.

La conoció una noche en una reunión de amigos de Ignacio. Kaila tenía quince, Élika veintiún años. Aquel día, Yamila se encontraba enferma y le pidió a Kaila ser la dama de compañía de su padre. Tenían muchos amigos en Córdoba, por lo que asistían a reuniones con frecuencia. Se resistió a ir. En realidad odiaba las reuniones de sus padres porque todo le parecía aburrido: sólo personas hablando de temas políticos. La política era de lo que menos quería escuchar y mucho menos hablar.

—¿Por qué tienes esa cara? Si no querías venir sólo tenías que decirlo —aseguró Ignacio.

—Mamá insistió —caminaba al lado de su padre sobre el camino de piedritas que lastimaba sus pies.

—Puedes regresar a casa si no te apetece entrar conmigo —sugirió.

—¿Y escuchar los regaños de mamá durante una semana? No, gracias.

Kaila estaba concentrada en no pisar en falso para no caer. Se sentía como un faquir caminando sobre fuego. Las sandalias doradas que llevaba no eran una buena opción para andar en caminos empedrados.

—Hija —Ignacio se detuvo ante la puerta de madera blanca custodiada por dos columnas del mismo color—, es importante que te relaciones con la gente. Nunca sabes a quién puedes conocer. Si yo no lo hubiera hecho cuando viajé a México, jamás habría conocido a tu madre. La gente puede hacer más divertida tu vida.

—O más aburrida —protestó.

—Nadie se cruza con alguien por casualidad. Es importante que tengas al menos un amigo a donde quiera que vayas, una persona en quien puedas confiar.

Kaila miró a su padre. Tenía el mismo color de ojos que él, pero, al contrario del cabello de ella, el de Ignacio era crespo y negro, de tez blanca, nariz afilada, no como la suya que era chata como la de su abuelo materno.

—En tanto no me presentes a uno de esos tipos aburridos que a su vez siempre quieren presentarme a sus hijos, estaré bien.

—Prometido. —Ignacio tocó el timbre.

—Será una noche larga —susurró, después bostezó.

La sala, a donde la mujer con un *hiyab* los condujo, estaba llena de pequeños grupos divididos por todas partes. Todos desconocidos para Kaila. El bullicio de la habitación no le permitió escuchar cuando su padre la llamó por su nombre. Se había quedado hipnotizada viendo a la mujer que se alejaba lentamente, tratando de adivinar si era delgada o llenita debajo de lo que le parecieron cientos de metros de tela negra, demasiado pesada, como si fuese un hoyo negro que devoraba su cuerpo para hacerla desaparecer.

—Es musulmana —le dijo al oído.

Para esa noche eligió una *chilaba* color berenjena de algodón egipcio, regalo de su abuela. Le gustaba porque se sentía cómoda, fresca y podía utilizar tenis o sandalias.

—¿Por qué se fue? ¿No piensa estar en la fiesta?

—Es una mujer refugiada, Kaila. Telma y Paco le han dado asilo en su casa. La conocieron cuando fueron de visita a Marruecos. Puedo contarte más tarde la historia si quieres.

Kaila asintió. La palabra “refugiada” hizo hueco en su cabeza. ¿Por qué alguien huiría de su país para ir a uno extraño con un par de desconocidos?

Siguió a Ignacio. Después de ser presentada se la pasó la mayor parte de la reunión dando vueltas alrededor de la mesa llena de pastelitos de chocolate, fresas, cubos de queso, tazones con uvas, rollitos de jamón y algunas frutas más que no conocía y no tenía la intención de

probar esa noche. Era una casa moderna por dentro, pero vieja por fuera, como el contraste de blanco-negro que veía por todas partes, en los cojines, en las cortinas, en los sillones, los cuadros, en las alfombras. La puerta de la terraza estaba abierta, caminó dispuesta a salir del sofocante lugar, pero se topó en su camino con un librero que abarcaba la pared entera de su lado derecho. No era la única que fue seducida por cientos de voces encerradas en un par de cubiertas. Una chica delgada inspeccionaba los títulos ladeando la cabeza de un lado a otro. Su vestimenta, de color verde con dibujos en amarillo, llamó su atención. Le gustaba la ropa distinta, de otros países, como la que ella usaba en ese momento.

—Tu vestido es bellissimo. ¿Dónde la compraste?

La mujer colocó el libro de tapa dura en el lugar de donde lo había tomado. Volteó hacia Kaila. Al girar el dije, en forma de flor, que colgaba de una cadena desde el nacimiento de su cabello hasta su frente, se movió.

—Es de la India —dijo.

Kaila la miraba embelesada. Toda ella era la imagen de una princesa india con joyas adornando su cuello, con tatuajes de henna de flores en sus manos que vestía un largo vestido con bordados y piedras brillantes, como las que se imaginaba en los cuentos que su madre le leía de pequeña antes de dormir. En cuanto tuviera oportunidad, se haría un tatuaje así. Los dibujos que la chica tenía en sus manos eran como un mapa con caminos a un lugar secreto. Podría entretenerse el resto de la noche tratando de descubrir su significado.

—Y eso que tienes aquí —se tocó la frente—, ¿cómo se llama?

—Es un tika —sonrió—. Lo que uso se llama sari.

—*¡Ya Allah!* —usaba siempre la expresión en árabe equivalente a ¡Oh, Dios! cuando algo la sorprendía. La había aprendido de su hermano—. Me llamo Kaila.

—Namaste, Kaila —juntó las palmas de sus manos— Soy Élika.

—¿Vives en la India? —su curiosidad parecía hora pico en el metro, mientras unas ideas querían salir, otras necesitaban entrar.

—Ya no. Ahora vivo con Sarayu, mi abuela, aquí en Córdoba. La mujer que viste el sari azul —señaló a una mujer bajita al fondo de la habitación.

Kaila la observó, parecía una mujer feliz y alegre. Aunque su piel estaba un poco arrugada era del mismo tono oscuro que la de su nueva amiga. Su rostro brillaba en la zona T.

—¿Qué significa ese punto rojo que lleva en la frente?

—Es un bindi. Significa que está casada y su marido está vivo. Es una costumbre en la India. Las mujeres siempre deben pertenecerle a alguien. El bindi es un símbolo de pertenencia.

—¿Y si su marido muere, se lo quitan?

—Entonces, ellas se cortan el cabello, visten de blanco y se les prohíbe acudir a reuniones. Deben de portar una marca de ceniza en su frente.

—¿Quién es el esposo de tu abuela?

—Su esposo indio murió hace diez años.

Kaila la miró sin entender. Lo que le acababa de contar no concordaba en nada.

—Sarayu se volvió a casar con un hombre español, él debe estar por ahí. El bindi nos da identidad, lo usa para que la gente sepa de dónde venimos, que no nos avergüenza ser de allá, le gusta hablar de su país, de su cultura.

—Parece que tu abuela se divierte —observaba a Sarayu—. Y mi papá también —mencionó al ver a su padre entre el grupo de personas que se encontraban alrededor de la mujer. Reía—. Es el señor con pantalón azul que tiene una mancha de vino sobre la camisa blanca.

Lo distraída también lo heredó de él. Era divertido cuando hacían las compras juntos, siempre olvidaban algo y Yamila se molestaba por eso.

Susana golpeó la puerta.

—Sí que te gusta levantarte temprano —exclamó. Aún usaba su pijama—. Mamá dice que bajas a desayunar.

—Ahora voy —dijo antes de llevar de un extremo a otro la caja de cartón.

Su prima se adelantó. Kaila tomó de nuevo el celular. Seleccionó el último número, remarcó, escuchó una voz de mujer: "El número que usted marcó no está disponible o se encuentra fuera del área de servicio". Resopló. Si no fuese tan distraída como su padre lo fue, le habría dado su número a Karim aquella noche en el aeropuerto y, tal vez, él hubiera podido marcar ya. Guardó su teléfono en la bolsa trasera de su pantalón. Total, no sabía ni para qué le llamaba.

Algunos días después, mientras Kaila pasaba las hojas del periódico sin prestar atención, escuchaba por el auricular la voz de su madre haciendo miles de preguntas por cada cosa que ella le contaba.

—Sí, mamá. ¿Estás segura de que Osmán no está haciéndote la vida imposible desde que me fui?

—No, querida. Está demasiado enojado como para ocuparse en ello.

—¿Nahúm ya lo sabe?

—Según sé, salió de viaje justo el día después de que te fuiste. Supongo que tu hermano no se lo ha dicho.

—Pues tendrá que hacerlo. No soy parte de su mercancía.

—¿Te la estás pasando bien? —preguntó Yamila evadiendo el tema.

—Sí. Estoy considerando quedarme a vivir algún tiempo por aquí. Mi tía ya me consiguió trabajo —dijo no muy emocionada.

Olga consiguió que la contrataran como el remplazo de la maestra de ballet que trabajaba en la escuela de uno de sus amigos. La idea de trabajar no le agradaba mucho, jamás tuvo que hacerlo. Por esa razón su hermano se sentía con derecho sobre ella. Quería ganar su propio dinero para no tener que darle más molestias a Olga de las que ya implicaba su estancia. Además, tener ingresos propios le permitía decidir qué quería hacer, a dónde quería ir. La semana que transcurrió desde que llegó, la pasó todo el día con su prima viendo las primeras temporadas de *Grey's anatomy*. La serie le gustó tanto que sentía pena por tener que trabajar sin terminar de ver todas las temporadas disponibles en Netflix. Ya encontraría el espacio para continuar con su nueva obsesión.

—Te la comunico.

Le pasó el teléfono a Olga, quien preparaba sobre una mesita su café de siempre: con dos de azúcar y casi hirviendo.

A su llegada, su tía y prima le ayudaron a arreglar el cuarto de visitas, que hasta entonces era utilizado como bodega, para que ella lo usara como su habitación. No era tan grande como la suya en Córdoba, pero tenía un espacio privado donde había llorado todas las noches desde su llegada. Le asustaba el camino incierto que tenía enfrente. Se sentía sola a pesar de que su prima no se separó ni un instante en esos días. Quería ver de nuevo el amanecer desde la ventana de la casa abandonada antes de iniciar las meditaciones con Élika. Extrañaba escuchar la Quinta Sinfonía de Beethoven, que tanto odiaba, del despertador de Yamila; los paseos por el *zuko* que olía a hierbabuena, menta y a una combinación de fragancias cítricas; la fuente del patio central de su casa donde se relajaba escuchando el agua; su cama; sus clases de danza oriental con Nadina, aunque la mayor parte del tiempo le gritara. Todo eso lo dejó en Córdoba. La Ciudad de México tenía su encanto también, pero estaba lejos de su madre.

Pasó algunas secciones sin tomarles importancia. Le regaló una sonrisa a su prima cuando se sentó a su lado. Susana comenzó a picar los huevos con jamón que su madre preparó para el desayuno. A Kaila no le interesaba la política, ni la economía, ni la situación del país. Llegó a la sección de espectáculos, leyó algunos titulares mal escritos, según concibió. En la sección cultural, un gran letrero de color azul llamó su atención. Era una convocatoria de *Make You Stay*, compañía de danza que buscaba bailarinas para su próxima puesta en escena. El anuncio era el mismo que el del volante que le habían dado en el Alcázar. Kaila se acercó más al periódico para comprobar que lo que estaba leyendo era real. Las audiciones en México serían a finales del próximo mes y estaba abierto a bailarinas de dieciocho a veinticinco años de edad con experiencia comprobable. Estaba a meses de cumplir veinticuatro.

—¿Es la compañía que estuvo en el ojo del huracán hace algunos meses? —preguntó Susana al ver por encima del hombro de Kaila—. En clase, uno de mis profesores habló de ello. Ciertamente, generó un gran debate con algunas chicas.

Susana estudiaba Comunicación. Iba dos años atrasada porque cambió tres veces de carrera como de escuelas.

—Me parece que escuché algo sobre unas demandas. Creo recordar que algunas chicas denunciaron acoso por parte del director —sacó su celular e ingresó al buscador.

—Como que eso está muy de moda, ¿no? —dijo un trago al jugo.

—¿Qué? —preguntó Kaila sin desviar los ojos de la pantalla.

Susana picó un pedazo de huevo, se lo llevó a la boca. El jamón que colgaba del tenedor cayó sobre su short, lo quitó con el dorso de su mano. Habló con la boca llena.

—Quejarse —dijo.

Kaila la miró.

—No está de moda, Sus. Lo que sucede es que en una sociedad que está acostumbrada a que las mujeres callen, a cualquiera que levante la voz, la tachan de insubordinada.

Susana se pasó el bocado.

—No lo había pensado de esa manera —se limpió la boca con la servilleta—. ¿Irás?

—Google dice que después del escándalo la compañía pasó a manos de una de las fundadoras: Jazzlyn Glower.

*Jazzlyn Glower.* Buscaba en sus archivos mentales por qué el nombre le era conocido.

—Supongo que pretenden renovar la imagen de la compañía.

Dijo Olga que, hasta entonces, se había mantenido al margen de la conversación al terminar de hablar con Yamila.

—Quizá por eso busquen nuevas bailarinas. La convocatoria es a nivel mundial — concluyó Kaila—. Creo que no pierdo nada con intentar, aunque no sé si pueda estar al nivel que buscan... —se mordió el labio inferior—. ¿Puedo llevarme esto? —le preguntó a Olga.

Olga asintió, le dio unas tijeras de mango verde despostillado que sacó de un cajón. Kaila cortó el anuncio, lo metió en la bolsa de su bata. Sintió el pequeño agujero que no remendó. Se prometió hacerlo en su tiempo libre antes de subir por las escaleras.

—¡Ya sé! —gritó.

—¿Qué dijiste? —preguntó Susana desde el desayunador.

—Fue un soliloquio, no me hagas caso —se asomó por la puerta para que su prima la escuchara.

—¿Un qué? —volvió a preguntar.

Ya no contestó.

Jazzlyn Glower era una famosa bailarina de danza oriental. Yamila llevó a Kaila a un evento en el Gran Teatro de Córdoba donde, por primera y única vez, la vio bailar. Esa noche, Jazzlyn bailó un *maksum*. El ritmo *dum tec tec dum tec* taladró su cabeza durante algunos días. Le impresionó el movimiento de cada una de las partes de su cuerpo, como si no estuvieran unidas unas a otras, como si fuese una marioneta. Entonces, ahí, sentada entre el público al lado de su madre, obligó a sus pies a mantenerse quietos, a no seguir el ritmo de la melodía, porque tenía ganas de ser ella la que estuviera en el escenario aunque supiera poco de ese estilo de danza. Sus manos, a diferencia de sus pies, no respetaron ninguna orden. Se movían sobre sus piernas haciendo floreos, ondas, serpenteos hasta que Yamila las detuvo después de darle un codazo. Sentía electricidad, cosquillitas en el estómago. Las piernas se le estaban engarrotando, necesitaba bailar para liberarse de esa sensación. Cuando le contó su experiencia a su profesora de danza, ésta criticó a la bailarina; Nadina comparó su estilo y técnica al de las bailarinas rusas

que utilizaban más el ballet y metían muy poco de movimientos de cadera o de abdomen, lo que caracterizaban a la danza oriental. Pasó desapercibido el comentario, le gustaban las fusiones en la danza. A partir de ese día, no dejaba de sonreír cada vez que escuchaba percusiones.

Kaila miraba por la ventana del auto como un ciego que por fin puede ver. Muchas de las calles de la Ciudad de México le parecían extraordinarias, excepto a horas pico, lo que era constante. Le gustaba Reforma e Insurgentes Sur. Susana prometió llevarla en esa semana a recorrer parte de Avenida Universidad, tal vez recorrerían Ciudad Universitaria.

Su tía la dejó frente a la puerta del Instituto. Por lo que ella sabía, Olga trabajaba en una oficina de gobierno donde “perdía” más de la mitad del día encerrada, según lo que Olga le comentó una mañana.

Se dirigió a su jefe inmediato, quien le indicó dónde se encontraba el salón de clases. Kaila se quedó observando los cuatro edificios por más de cinco minutos. Estaba tan nerviosa que no puso atención a lo que el profesor de educación física le dijo. Al principio, lo hizo, pero, al cabo de algunos minutos, comenzó a escuchar un bla bla bla... El griterío de los niños que jugaban fútbol, las niñas corriendo, la campana que anunciaba el término del receso y los profesores pidiendo que subieran a sus salones de clase, la distrajeron. Ya había olvidado sus viejos años escolares.

El instituto albergaba kínder, primaria, secundaria y preparatoria. Desde el patio central alcanzaba a ver los puentes que comunicaba los edificios. Por suerte, no se encontraba en Hogwarts donde las escaleras cambiaban de lugar. Recorrió dos veces los pasillos del edificio amarillo. Estaba perdida, ya era tarde, le daba pena regresar para preguntar dónde se encontraba el salón. Además, ni siquiera estaba segura de encontrar el camino de regreso al patio. *Inhalar, exhalar. Inhalar, exhalar. Así lo haría Élika.*

—¿Te puedo ayudar?

Una voz grave la asustó.

—Parece que estás perdida. Te he visto pasar ya dos veces.

¿*Se nota*? Pensó ella con ironía.

—Busco el salón de danza.

—En el piso de arriba, al fondo del pasillo.

En todo momento fingió buscar algo dentro de la maleta que colgaba de su hombro derecho. No volteó, no levantó la mirada. Pensaba que lo conveniente sería traer una bolsa en la cabeza o la burka. *No, la burka no*, corrigió. Era como una avestruz que mete su cabeza en un agujero en la tierra, avergonzada. Estaba dispuesta a continuar su camino, pero un proyectil húmedo se estrelló en su mejilla izquierda.

—¡Los estoy viendo! —gritó él.

Kaila se quitó la bolita de papel mojado de la cara. La humedad que sentía en su mejilla le dio asco. Se limpió con el dorso de la sudadera, tiró la bolita al suelo, se giró para lanzar una mirada amenazadora al grupo de muchachos que se encontraban de pie frente a la ventana. No funcionó pues escuchó una que otra risita escondida. Cuando sus miradas se cruzaron, la voz adquirió un cuerpo, el de un hombre con apariencia joven y su corazón latió en un *dum dum tac ka tac dum*.

Él sonrió. Ya lo había visto anteriormente.

—Prometo llamarle la atención al culpable —dijo—. Si vas a clase, creo que vas tarde.

—Lo sé. Es mi primer día aquí —jugaba con sus manos.

—¿Eres profesora?

—De danza.

—¿Vienes a cubrir las clases de Carmen? —inquirió él.

—Si no me despiden antes por no llegar el primer día.

—Claro. Ya no te entretengo —le dio una mano—. Hugo, profesor de historia.

Kaila tomó su mano, pequeña para ser de un hombre que ya comenzaba a tener algunas canas en su cabello.

—Kaila.

Caminó lo más rápido que pudo por dos razones: la clase debía haber comenzado quince minutos antes y quería salir del alcance de la vista de él lo antes posible. Al llegar al salón cubierto de espejos y piso de duela, encontró dos grupos de chicas, las que calentaban en las barras cerca de la pared y las que platicaban en grupos pequeños en las esquinas de la habitación. Nadie se percató de su llegada cuando cruzó el lugar de una esquina a la otra. Recordó el accidente con el proyectil de papel de hace un momento. No le volvería a suceder. Se quitó la ropa que llevaba encima de las mallas negras y el leotardo completo. Sacó de la maleta una falda azul de gasa, después de quitarse los Vans —porque no le gustaba usar zapatos—, se puso las zapatillas de ballet para ensayos, las que no llevan los listones alrededor del tobillo.

Las chicas que calentaba sobre la barra se detuvieron, se unieron al murmullo de las pláticas de las demás. La observaban. Se dirigió a la grabadora, conectó su celular. Se escuchó un sonido chillante.

—Al centro —recorrió con la mirada el salón.

Las chicas no se movieron, tampoco guardaron silencio.

Movió el cable nuevamente. Las bocinas volvieron a chillar.

—Dije ¡al centro!—gritó.

Todas corrieron a formarse en filas tapándose las orejas.

—Me llamo Kaila. Seré su profesora este mes.

Después de ver un capítulo más de la serie con Susana, se fue a su habitación. Entró sin encender la luz, tropezó con una de las últimas cajas que aún faltaba por acomodar. *Nota mental:*

*quitar esa caja mañana a primera hora antes de que me mate por accidente. Llegó hasta su cama tanteando en la oscuridad los tubos de la cabecera. Se sentó en la orilla, después, con toda seguridad, se dejó caer boca arriba. Miró el techo, pero en la oscuridad de su habitación sus miedos tomaban formas imprecisas, sus pensamientos proyectaban imágenes de recuerdos que no lograba distinguir entre verdaderos o falsos. Pensó en volver a llamar a Karim. Le dio flojera estirar su brazo para alcanzar el celular que sabía estaba encima del buró del lado derecho, todo para que el teléfono la enviara directo a buzón otra vez. ¿Para qué insisto si ni siquiera lo conozco? Lo haría en otra ocasión en que no estuviera tan cansada como para mover un dedo.*

*El día que lo conocí yo bailaba en las calles. Mi familia bailaba conmigo, los vecinos, la gente que nos conocía. Era una fiesta general. Todos los días, en cualquier momento, sin ningún pretexto salíamos a danzar al ritmo de los panderos y las guitarras. Las monedas que llevaba dentro de mi pañuelo anudado a la cintura se movían, producían un ritmo homogéneo, se fundían entre el sonido hueco de las palmas de las manos y los zaghareet, ese la la la la la... agudo y rápido de las gitanas como yo.*

*Él joven de cabello de girasol me dio un dinar de oro. Le agradecí moviendo el pandero en lo alto de mi cabeza muy cerca de él antes de que se fuera. No sabía quién era ni de dónde venía, sin embargo, sí a donde iba. Lo vi entrar a la morada del califa y sus seis esposas.*

—¿Te acuerdas de cuando estábamos sentadas en la Calleja de las Flores y pedí un deseo al soplar una pestaña que encontraste en mi mejilla? —preguntó Kaila.

—Sí, nos sentamos debajo del balcón de doña Lucinda para cubrirnos del sol después de ir de compras al *zuko*. ¿Cuál fue tu deseo?

—Convertirme en una odalisca. Recuerdo que acabábamos de ver la película *Whatever Lola wants*, entonces pensé que la chica tuvo suerte, viajó a Egipto buscando el amor de un hombre, encontró otro tipo de amor en la danza del vientre —puso el alta voz en el celular para poder cambiarse de ropa.

El salón estaba vacío. La clase comenzaría en cuarenta minutos. Le agradaba la sensación de tener todo ese espacio para ella sola, aunque también le preocupaba no llenarlo con su presencia porque se asemejaba mucho a las medidas de un escenario profesional. Por eso, quiso llegar temprano para montar la coreografía que presentaría en su audición. Necesitaba que su cuerpo hablase en lugar de sus labios. Para ella, una coreografía era más que un paso tras otro estratégicamente concebidos. Con los movimientos podía palpar una realidad que no siempre era tangible, accedía mediante la música a un espacio misterioso y, creía que era la bailarina el medio por el que los demás, a través de su danza, tenían el acceso a ese espacio.

—¿Por qué consideras que tuvo suerte? —preguntó Élika.

—Porque encontró algo en ella misma que la completaba. No necesitó de alguien más para ser una naranja entera. ¿Te parece que hay algo más después del clásico final donde la chica encuentra al príncipe y entonces sí puede vivir feliz para siempre? ¿Por qué tendría que esperar? ¿Y si hace algo en tanto él llega, en lugar de esperar sentada o muerta en una caja de cristal?

—También pienso que no todo acaba ahí, no con un “...y vivieron felices para siempre”.

Quizá encontrar el amor sea una parte, una parada en el camino a la felicidad.

—Ely —se sentó para calzarse las zapatillas —, ¿por qué huiste de tu casa a unos días de que se celebrara tu boda?

—Porque me di cuenta que no era lo que quería. Había visto a mis primas casarse con hombres que ni siquiera conocían. Yo conocía a Amul desde que éramos niños y siempre supe que algún día tendría que casarme con él; nuestros padres lo acordaron así. No obstante, no me veía con un esposo en un futuro.

—¿Lo amaste? —Kaila dejó de anudar los listones para contemplar el teléfono.

—El amor es una idea occidental. El amor es dar energía al ser amado, por ello es una forma de apego terrenal. Necesitas liberarte de todas esas cosas para poder alcanzar el *nirvana*, con ello dejar de reencarnar más veces. Quizá tú estés atada al chico que ves en tus sueños, quizá por eso estés destinada a vivir otra vida.

—¡Vaya! —Pensó por unos segundos—. Y si Karim es el mismo al que veo en sueños...

—A menos de que te hayas enamorado de él no veo por qué tendrías que reencarnar después de esta vida.

Kaila no dijo nada. No supo de él desde el encuentro en el aeropuerto. Las veces que llamó, el teléfono la mandó a buzón. Al no comunicarse, desistió. Quizá era una clase de suerte. Bajo la premisa de su amiga, enamorarse era peligroso.

—¿Sabes? —Se colocó una bandita para el pelo —Tendré que presentar una demanda contra Disney por daños psicológicos. Esos finales no son lo que yo espero para mi vida. Si fuese una princesa sería bastante rebelde, quizá más como Mérida o Moana —aguardó unos segundos antes de continuar—. ¿Alguna vez te viste como una princesa?

—No —Élika contestó segura de su respuesta—. ¿Y tú?

—No exactamente, pero ¿qué será tan difícil bajar de la torre por una misma?

Kaila recordó el libro de cuentos que su madre le leía. Tenía en la portada una chica rubia bajando por unas escaleras con un vestido azul ampón. Había dejado tras de ella una zapatilla de cristal y al fondo de la escalera se podía ver un reloj que marcaba las doce de la noche. Su padre le regaló la edición especial de cuentos de hadas que tenía imágenes de princesas custodiadas por dragones, dormidas; bailando con bestias... todas en color azul. Fue un regalo por su quinto cumpleaños cuando ella aprendió a leer bien, aunque Yamila se lo leía por las noches. Un día, el libro de tapa dura cayó en una cubeta con agua. *Todo por culpa de Osmán que pasó corriendo y me empujó.* El libro quedó con algunas hojas arrugadas, casi ilegibles, pero aún lo conservaba, lo tenía guardado entre los libros de su habitación en Córdoba.

—¿Te imaginas usar zapatillas de cristal? —Pensaba en la portada de aquel libro—. Yo no puedo dar cinco pasos seguidos sin que se me doble un pie. Prefiero poder caminar y llegar a donde quiera que tenga que ir.

Alguien llamó a la puerta.

—Tengo que colgar —Kaila se apresuró a decir—. Llámame la próxima vez que veas a mi madre, Ely —colgó.

Se puso de pie. Abrochó las cintas negras satinadas del suéter sobre sus costillas.

—Adelante.

La puerta se abrió lentamente. Primero vio la cabeza de Hugo asomarse con cautela, él le dirigió una sonrisa en cuanto la vio. Cuando entró, Kaila se sintió sofocada. Vestía un traje sin corbata. El primer botón lo llevaba sin abrochar. Era un día caluroso, pensó.

—¡Hola! Vi la puerta entreabierta, pensé que sería alguna alumna que se escondió para evadir clases. Es temprano para que estés aquí —miró su reloj.

—Me gusta llegar temprano —comentó de forma tajante.

Se dio media vuelta. Tomó el celular. Buscó algunas canciones en la lista de reproducción. Aún estaba indecisa entre dos pistas. Hizo ruiditos con la boca a fin de romper el silencio. Escuchó el tamborileo de los dedos de Hugo en el marco de la puerta.

—¿Kaila, cierto?

—Sí.

—¿Hace cuánto que bailas?

Kaila pausó la canción en cuanto sonó por las bocinas. Hugo era bastante atractivo con ese cabello rebelde y crespo. Pero también le daba la sensación de ser un hombre inteligente y engreído. Su pose erguida, cabeza levantada, los pies separados a pocos centímetros uno del otro, las manos dentro de las bolsas del pantalón.

—Desde muy pequeña. Tú ¿hace cuánto tiempo das clases?

Hugo caminó hacia ella. Sus pasos en seis tiempos sonaron en la duela como si él fuese un ritmo latino. Miró sus ojos castaños. La mirada de él la escaneaba, como si tratara de leer un código de barras. Estaba acostumbrada a que la gente la observara cuando bailaba, así que eso no la intimidaba. El problema era que la hacía sentir incómoda: una cosa era estar sobre un escenario y otra tener un letrero invisible que dijera “mírame”. Lo vio a los ojos retándolo a desviar su atención de ella. Hugo carraspeó, por unos segundos, su vista se fijó en algo más.

— Tienes un acento muy curioso en algunas palabras... Algo español. Quizá te parezca extraño, pero creo nos hemos visto en otro lugar.

El comentario de Hugo le recordó al evento de danza. Sintió un leve hormigueo como cuando hacía las vibraciones egipcias, donde el cosquilleo subía desde sus piernas hasta su estómago. Sonrió.

—¿Has estado en España? —preguntó Kaila.

Que él hubiese estado ahí significaba que existía una posibilidad de que se conocieran.

Por raro que pareciera, a ella también le era conocido.

—Estas vacaciones viajé a Córdoba.

—*¡Ya allah!* Debe ser una enorme coincidencia —dejó el celular sobre la silla.

—¿Me dirás que tú también? —Hugo cruzó los brazos sobre su pecho.

—Algo así. Vivía en España hasta hace unas semanas, justo en Córdoba. Si estuviste allá en vacaciones —hizo cuentas mentales—, debiste escuchar algo del Festival Internacional de Danza. Fue uno de los atractivos principales en esos días. Yo participé.

—¡La chica del velo amarillo! —exclamó inmediatamente.

Asintió con la cabeza.

—Sí, es una enorme casualidad —murmuró.

El timbre que anunciaba el cambio de clase para los de la secundaria y preparatoria vibró en las ventanas que daban hacia la calle.

—Deberíamos de platicar alguna vez —sugirió él.

—Claro —dijo ella controlando los latidos de su corazón para que él no los escuchara. Tenía la sensación de que los cables de la bocina estaban conectados a su pecho.

—Debía saberlo desde que te vi. Esos ojos son difíciles de olvidar —dijo antes de partir.

Cuanto él cerró la puerta tras de sí, los pasos que Hugo dio para salir del salón marcaron el ritmo de los primeros movimientos a la coreografía de Kaila. Pulsó el botón de *play* en su celular, las notas de una de las dos canciones que tenía en mente para montar la secuencia coreográfica invadieron el lugar.

—¿Desde hace cuánto manejas? —Kaila tenía las uñas casi clavadas en el asiento del copiloto.

Susana pasó por ella al terminar sus clases de la universidad.

—Mi mamá me ha enseñado desde que inició el año. Ya tengo mi licencia.

—¿Quién la autorizó? —miró el rosario que colgaba del espejo. No era creyente, pero sabía algunas plegarias porque las había escuchado decir a su madre.

—Tranquila, no tardaremos en llegar.

—¿Vivas? —preguntó angustiada.

Susana la miró.

—¡No te distraigas! ¡Ve al frente! —gritó Kaila.

Sin darse cuenta, Susana cayó en un bache. Se escuchó un *¡püüüü! ¡püüüü!* de los autos que iban detrás de ellas a paso lento.

—¡Demonios! —se quejó su prima mirando el tablero que señalaba una llanta baja.

—Será mejor que nos orillemos ahora que todavía podemos —sugirió Kaila.

Olga se encontraba en un curso, saldría tarde. Seguramente, no podía contestar las llamadas, por eso entraban a buzón. Susana marcó a asistencia en el camino para pedir que enviaran a alguien a ayudarlas a cambiar la llanta. Ninguna de las dos sabía cómo hacerlo. Tampoco querían pedirle ayuda a un desconocido que pasara por ahí. Convinieron en esperar.

Kaila tenía hambre. El seguro decía que la asistencia llegaría en poco menos de una hora. Miró hacia todos lados durante largo tiempo buscando un restaurante en donde comer. Transcurridos cuarenta minutos, decidió comprar una torta en el puesto que veía a una calle. A esa hora de la tarde podría comer cualquier cosa que fuese comestible y estuviera a su alcance. Las dos caminaron para encontrarse sólo con un local vacío. Más adelante, el puesto de tacos ya no tenía nada que ofrecer. En la siguiente calle, pasando una papelería, la cocina económica había cerrado. Vieron otro puesto de tortas a unos pasos. Cuando llegaron, Kaila observó la variedad descrita en el menú. Estaba a punto de pedir una de milanesa cuando Susana gritó, su estómago protestó.

—¡El auto de la aseguradora!

Corrieron tan aprisa como pudieron para llegar al lugar donde estaba el Spark.

Llegaron a casa después de las seis. No encontraron nada preparado en el refrigerador que pudieran calentar en el horno, así que pidieron una pizza. Miró el reloj que estaba en la cocina, contó los minutos para que llegara su comida. Estaba realmente hambrienta.

Sentada en la silla azul frente a la barra, buscó imágenes de tatuajes en su celular.

—¿Piensas tatuarte? —preguntó Susana asomándose sobre sus hombros.

—Quiero hacerlo antes de que muera en un accidente de auto —sonrió y continuó deslizando su dedo sobre la pantalla.

—¡Qué exagerada eres! Seguro tú conduces igual.

Kaila no contestó.

—El que calla otorga —dijo Susana antes que el sonido del timbre interrumpiera la conversación.

Después de cenar y ver dos capítulos de la serie con Susana, Kaila subió a su habitación.

Encendió la luz. El olor a lavanda que flotaba en el aire le recordó a su propia habitación, ese espacio amplio donde podía ensayar, en cambio, en donde ahora estaba no podía girar sin estrellarse contra una pared, el librero, el closet, la cama o el escritorio. Prefería el olor a manzana canela de las varitas de incienso, pero, desde el día en que comenzó a ser alérgica, prefería limpiar con líquidos de olores como lavanda o cítricos. Dejó su mochila sobre la silla que estaba al lado de la puerta; el mismo lugar donde, por las noches, aventaba la ropa que le daba pereza guardar. Se sentó en la otra silla de madera frente al escritorio, se tambaleó, tenía una de las patas traseras más cortas que las demás. Desbloqueó el celular pensando en llamar a Karim cuando el aparato vibró en su mano. Era un *Whats App* de un teléfono desconocido.

*Hola. Espero no interrumpirte. Soy Hugo.*

No supo qué contestar. Él seguía escribiendo.

*Después de lo que dijiste por la tarde, pensé en lo lamentable que fue sólo ver el final de tu presentación.*

Kaila puso el celular sobre el escritorio que estaba vacío. Planeaba comprar algunos libros y libretas el fin de semana. Se desató el chongo, su cabello cayó más abajo de sus hombros.

*¿Cómo conseguiste mi número?—escribió Kaila.*

*Soborné a la secretaria. Quería seguir platicando contigo. Ojalá no te moleste.*

*¿Platicar sobre qué? —Kaila intuía el rumbo de la conversación.*

*De todo, de nada, del motivo que te llevó a dejar Córdoba.*

*Es algo largo de contar —No pretendía contarle a un desconocido sobre su hermano.*

*Bien, ¿podrías contarme en persona? —continuó—. Te invito a comer, ¿qué te parece?*

Kaila ladeó la cabeza, después la movió en círculos para quitar la tensión en su cuello. Osmán no aprobaría que saliera con un hombre, sin importar que fuera un compañero de trabajo. Era mayor que ella, lo suponía por las pocas canas que brillaron bajo la luz del salón de danza esa tarde. Aunque no tan grande como Nahúm, casi podía afirmarlo. Su hermano en verdad se enojaría.

*De acuerdo —aceptó quitando de su mente las telarañas que Osmán tejió.*

*¿Te parece mañana después de clases?*

Escribió *sure!*, pero lo borró al instante. De repente, le daba por utilizar el inglés o el árabe o cualquiera de los otros dos idiomas que sabía. También solía hablar con diferentes acentos sólo por molestar cuando alguien se enojaba con ella o cuando no tenía forma de ganar la discusión.

Seguro —ella sonrió.

La almohada fría le recordó que no estaba sobre su cama de sábanas con mandalas. Estaba en México, la cabeza de Pooh se había quedado en Córdoba. En esta nueva habitación tenía un cobertor con un tigre blanco que hacía a un lado por las noches cuando el sofocante calor le impedía dormir, pero Yamila no dormía en la habitación contigua, ni el cuadro de la niña con el gato la observaba por las noches. Sintió añoranza; un hueco en su pecho y uno más grande en el estómago que no era por hambre. Entonces supo qué era lo que se tatuaría.

*...salí corriendo de donde me encontraba hacia las habitaciones del califa. No debía hacerlo esperar. En el camino coloqué sobre mi rostro el velo que cubría sólo la parte inferior. Era ya de su propiedad, sólo él tenía el derecho de ver mi rostro descubierto. Al llegar ante la gran puerta, dos hombres me permitieron el acceso cerrando a mi espalda el portón. Observé cuidadosamente la habitación ¡No había nadie esperándome! ¿Dónde estaba el califa? Giré hacia atrás cuando sentí una presencia. Lo vi, mi corazón se aceleró. Eso era un error, él no podía estar ahí. Si alguien nos descubría era seguro que le diría al califa y...*

Despertó agitada a mitad de la noche. Miró el celular que dejó a un lado de la almohada. La sensación de hacer algo prohibido que le dejó el sueño, le gustó. Era lo mismo que sentía cuando, de niña, tomaba un dulce del tarro en la cocina y lo comía antes de que su madre la viera, o cuando salía de la universidad tomada de la mano del único novio que tuvo, porque Osmán se encargó de asustar a cualquier prospecto. Pero esa sensación no la hizo pensar en Karim cuando tomó el celular y abrió la última conversación que tuvo antes de dormir, sino en Hugo, con quien tendría una cita para comer en unas horas.

Llegó a la escuela una hora antes de su turno. Su primera clase iniciaba a las once con las chicas de segundo, de los grupos E y F. Con ambos, sumaban treinta alumnas que atender, lo cual le parecía excesivo. Las demás chicas optaron por talleres de Corte y Confección, o de Belleza, según lo ya escrito para las mujeres.

—Ya veo que te gusta llegar temprano.

Hugo estaba recargado en el marco de la puerta del salón, de la misma forma que la última vez. Usaba una camisa a rayas perfectamente planchada, también un pantalón de mezclilla, mucho más fresco que el día anterior. Su cabello parecía tener voluntad propia, uno de los mechones del lado izquierdo sobresalía del resto, lo observó por el espejo frontal del salón. *¿Será casado?*, se preguntó Kaila. *¿O una persona obsesiva con su imagen? Quizá aún viva con su madre.*

—Debo montar una coreografía para la muestra de talleres. Tú, ¿inicias clases desde temprano o te corren de casa? —rio.

—Vivo solo y me gusta llegar temprano.

Kaila asintió con la cabeza. Tenía un dato, aunque aún existía la posibilidad de que fuese divorciado, comprometido, o una persona que no vivía con su pareja. Lo averiguaría en la comida. Él le gustaba. Movi6 una silla hasta la esquina para poder subirse y alcanzar el cable de las bocinas.

—¿No tienes que dar clase? —preguntó.

—Así es —confirmó—. Sólo quería recordarte lo de esta tarde.

—No lo olvidaría —buscaba a tientas los cables. Aun en la silla, no alcanzaba a ver lo que había sobre la repisa.

—Bien. Te veré en el estacionamiento.

—*Sure!* —se le escapó.

Cuando bajó de la silla, Hugo ya se había ido.

Una vez que se cambió, se colocó frente al espejo. Movi6 la cabeza en círculos, los hombros de arriba hacia abajo, estir6 los brazos, sacudi6 las caderas... jugaba con los pies, miraba al suelo. En su mente se imaginaba la coreografía terminada, ya había elegido la canción y el estilo: danza oriental. Observ6 su reflejo. *No voy a usar el velo*, se dijo así misma, sintió escalofrío. Era como si se lo dijese a Osmán. *O tal vez sí*, rectific6. *Es que...* camin6 de un lado a otro. *Necesito volar, porque estoy escapando, puedo hacerlo con el velo, se puede convertir en un par de alas*. Hizo un serpenteo con los brazos. *Necesito alas*. Concluy6.

Cerr6 sus ojos, record6 las clases muestra; las presentaciones en los teatros con sus telones rojos, con las luces que la cegaban por unos instantes en que la enfocaban a ella; los salones rodeados de espejos y barras, que odiaba, donde aprendió ballet, jazz, contemporáneo...; las veces que bail6 sola tratando de controlar los nervios, el pie que hacía movimientos propios; los bailes en grupo o en dueto con chicos que la giraban como si fuese un trompo, por los que perfeccion6 su *spot*; el festival de danza en Córdoba. Record6 a la bailarina Samia Gamal, a Jazzlyn Glower con una mezcla de danza oriental y ballet clásico. Abrió los ojos como un muerto que revive en una película de suspenso. *¿Por qué no? Quizá puedo combinar dos disciplinas de la danza en una*. Los vellitos de los brazos se le erizaron porque le gustaba romper las reglas, cuestionar la forma “natural” de las cosas. *¡Ya sé qué es lo que voy a hacer! Si comienzo con cuatro pasos... se movió a la derecha. Debo dejar pasar los primeros cuatro tiempos del intro. Puedo hacer algunos giros, un gran jete. O puedo comenzar con un arabesque...*

Cuando el timbre anunció el término de las clases y las chicas abandonaron el salón, Kaila cambi6 su tutú por una falda larga verde tipo gitana con encaje en la bastilla. Deshizo su chongo,

dejó caer su cabello castaño ondulado que el viento se encargó de alborotar al caminar hacia el estacionamiento.

—¿Qué tal las clases? —Hugo estaba recargado en un carro azul.

Era un auto compacto, como el de su tía.

—Muy bien.

—Espero que tengas hambre —abrió la puerta del copiloto.

—No es necesario que lo hagas —dijo antes de subir.

—¿Invitarte a comer? —Hugo se detuvo antes de cerrar la puerta.

—Abrirme la puerta —contestó al subir. Colocó su bolsa en el suelo detrás de sus pies.

—¿Puedes cargar un auto?

Entendió la referencia a una de las últimas escenas de la película caricaturizada de la Mujer Maravilla, donde Diana tiene una conversación parecida con Steve respecto al taxi.

—No, pero sí puedo abrir una puerta, cerrarla también —jaló hacia sí para cerrar.

*Me agrada.* Se dijo a sí misma al verlo cruzar por enfrente del auto. *¿Qué pensaría mamá de él?*

Hugo manejaba, lo observó. No sabía qué era exactamente lo que pretendía él ni lo que ella estaba haciendo al aceptar una cita, pero le gustó el cosquilleo que sentía en el cuerpo. Comenzaba a tomarle cariño a México. Nadie la observaba ni le prohibía cosas. Si lo hacían, muchas veces sólo tenía que ignorar las restricciones. Pensó en si la situación sería igual si hubiese estado su abuela Margarita en casa. *¡Seguro que sí! Mi abuela ve la vida sin grilletes. Tal vez ya se habría encargado de averiguar por mí si él es casado.*

Cuando él la miró al detenerse en el semáforo en rojo, y posó tanto su mirada en ella que la regresó al presente, se percató, entonces, de una cicatriz casi desdibujada, que le recordó al esqueleto de un pescado, cerca de su ojo derecho. Posiblemente, la historia de cómo la obtuvo

sería interesante de escuchar. Si les faltaba tema de conversación durante la comida, ya tenía algo que preguntar. Aunque sabía controlar sus nervios, la situación en la que se hallaba era nueva y excitante. Algo parecido a entrar a una clase nueva de danza sin conocer a nadie, por eso le costaba encontrar un tema para conversar. Le gustaba que fuera un hombre decidido. *Ojalá que también sea culto, o al menos le guste el arte.* Viendo sus manos en el volante, recordó el tatuaje de Karim. *Quizá Hugo no sea hombre de tatuajes.*

Hugo partía la arrachera. En el lugar sonaba... *I'm looking right at the other half of me/ The vacancy that sat in my heart/ Is a space that now you hold/ Show me how to fight for now...* La luz entraba por todos los cristales. Habría preferido una mesa en el área de no fumadores, pero, cuando Hugo le preguntó si tenía algún inconveniente, ella contestó que no. Desde su mesa podía ver el inmenso jardín del lugar. *Está genial para una sesión de fotos.* Absorta en el horizonte verde recordó el Alcázar donde bailó. *Fue la gota que derramó el vaso. Si Osmán no hubiese acudido al evento, quizá aún estaría en casa y no con él.* Pensó en Hugo, al que tenía a un lado peleándose con el cuchillo que no partía la carne, había remangado sus mangas, no tenía tatuajes visibles en los brazos, por lo menos. Escuchó el agua fluir de un recipiente a otro. Miró a su lado, la mesera por fin le servía su bebida. *A buena hora. Me estoy enchilando.* Le sonrió para agradecerle.

—¿Qué tal tu comida? —preguntó él.

—Rica —contestó y se apresuró a beber—. Es un lindo lugar ¿Vienes muy seguido?

—En realidad, no. Sólo en ocasiones especiales.

—¿Y esta es una ocasión especial? —provocó ella antes de dar un bocado.

—Lo es.

Sonrió. Si hubiese podido meter su cabeza dentro del plato para esconderse, lo habría hecho. Sentía calor. Seguramente se ruborizó por el comentario, o por lo picoso del platillo. La carta decía “chile morita”, ella no estaba acostumbrada a comer picante. La lengua le ardía como si le hubiesen prendido fuego.

Se escuchó un fuerte ruido, parecido a cristales fragmentándose por el golpe de un balón que ahogaron la voz de Sabrina Carpenter... *Smoke and fire/, Smoke and fire./ Don't you know that/ If there's smoke there's fire?/ Smoke there's fire./ Smoke there's fire./ Now, now...* Los comensales voltearon por unos instantes hacia la sección de adentro. Kaila aprovechó para hacerle una seña a la mesera, ella se acercó a servirle más agua.

—Creo que alguien ya se endeudó con una vajilla —regresó su atención al plato—. ¿Entonces es la primera vez que das clases?

—Lo hice alguna vez. Di un taller gratuito por algunos meses en España a niñas con síndrome de Down.

—¿Y por eso viniste a México a dar clases en una secundaria? —se distrajo con la pareja que se sentó en la mesa de al lado.

La *hostess* que los acompañó hasta su mesa le entregó las cartas a los recién llegados. La chica hizo a un lado el plato, puso los codos sobre la mesa, tomó la carta.

—Estoy en una especie de vacaciones.

—Las vacaciones son para no trabajar —rió.

—Sí, bueno. Es una buena oportunidad para practicar danza. Me gusta mucho bailar así que dar clases de ballet no es en realidad un trabajo para mí —no quiso contarle la verdad sobre su presencia en la Ciudad.

Los comensales de la mesa de enfrente se pusieron de pie. Por unos minutos hubo un chillante ruido de sillas que eran jaladas de un lado a otro, de murmullos, de *que estés bien, qué*

*gusto verte, ojalá nos veamos pronto, todo estuvo muy rico, qué bello lugar...* La gente se abrazaba, se despedía, pasaba sorteando las mesas vecinas.

—En España, ¿a qué te dedicabas?

—A bailar. Desde que terminé la universidad me he ocupado de tomar todas las clases posibles de danza —miró el plato. Suspiró al ver que ya casi terminaba. Estaba más que satisfecha. Se imaginó a Yamila reprendiéndola: *es por toda el agua que tomaste.*

—¿En qué te graduaste?

—En Traducción e interpretación. Me siento como si estuviera en una entrevista —cortó de tajo el tema—. ¿Por qué no me platicas algo de ti? Creo que estoy en desventaja.

Hugo hizo a un lado su plato vacío después de colocar los cubiertos cruzados. Bebió algo de refresco, tomó la servilleta.

—Una última pregunta —dijo—. ¿Por qué la danza oriental? —mover su silla para que dos chicas pudiesen pasar.

—Si contesto a esta pregunta, ¿me hablarás de ti?

Hugo asintió.

—Es mágica. Toda la danza lo es, pero cuando bailo esta danza siento que viajo a otro tiempo, a otro lugar, que no pertenezco aquí.

—En Egipto está prohibida.

—En muchos lugares, en realidad, es por eso que me gusta. Es una danza exquisita, poder mostrarla al mundo como el arte que es, sin tabús ni estereotipos o clasificaciones, es lo que quiero, lo que me apasiona.

—Es una pena no haber visto tu presentación —reiteró.

Kaila sonrió. Se limpió la boca con la servilleta de color melón. Había mucho más en lo que acababa de decir. Hizo a un lado su plato. Ahora que podía tener las manos quietas, movía en círculos un pie debajo de la mesa.

—Ahora dime, ¿a qué fuiste a Córdoba?

—Por la historia. A eso me dedico.

—¿Qué significan esas letras? —señaló el dije redondo color nacar con letras árabes doradas que colgaba de una cinta negra alrededor de su cuello. Ella ya lo sabía, pero no encontraba qué más decir.

—Es mi nombre en árabe. Un recuerdo de allá.

—Pensé que era el nombre de tu esposa o tu novia.

Él sonrió.

—No estoy casado, no tengo ningún tipo de compromiso, Kaila. ¿Qué hay de ti? ¿Alguien en Córdoba que te espere?

—Creí que era mi turno de preguntar, pero contestaré. No hay nadie ni aquí ni en Córdoba.

Se dieron cuenta de lo tarde que era cuando el bullicio disminuyó. Los meseros llevaban de un lado a otro las vajillas, trastes sucios, arrastraban sillas que sonaban como un gis en el pizarrón, recogían manteles y les llevaron la cuenta.

Hugo se ofreció a llevarla hasta su casa. Ella no se negó. Le daba pereza viajar a esa hora en transporte público, tampoco quería pedir un taxi. El viaje a casa de Olga les llevó poco más de una hora.

—¿Cómo te hiciste esa cicatriz? —aprovechó el que el semáforo estaba en rojo y que él la veía para señalar.

—De niño me caí de la bicicleta. Me di un golpe en una mesa de vidrio.

Kaila miraba por la ventana cada vez que sentía que él la observaba —lo que sucedía muy a menudo; le agradaba su compañía. Era un hombre interesante, atractivo. No. Rectificó en su mente. No tan atractivo, pero, —como escuchó en algún momento a Susana decir— “tenía un no sé qué, que qué sé yo”.

Hugo se estacionó frente a la puerta principal de la serie de edificios, apagó el auto. Ambos se quedaron en silencio algunos minutos. Él la veía, ella fingía que no se daba cuenta, pero estaba al borde de un ataque de risa por los nervios. Afuera, la noche caía como las cortinas en un teatro.

— Gracias por todo.

—A ti. Temía que no aceptaras mi invitación.

Le extendió la mano para despedirse, pero él la jaló hacia sí para besarla en el cachete.

—Debo entrar —abrió la puerta.

Hugo se apresuró a abrir la suya.

—No es necesario —se detuvo antes de bajar—. No se trata de cargar el auto.

Él rio antes de volver a cerrarla.

Bajó del auto, cruzó la reja de entrada que estaba abierta. No miró atrás. Caminó hasta la casa número trece, tocó la puerta. Olvidó que llevaba las llaves en la mano derecha. Antes de entrar se atrevió a lanzar un rápido vistazo hacia la calle, el coche ya no estaba. La noche era fresca, pero ella sentía calor. La sensación venía desde adentro.

El día en que cumplió veinticuatro años, la primera persona que la felicitó por teléfono fue su mamá. Yamila le prometió que pronto podría regresar a su casa, le aseguró que Osmán ya no estaba tan empeñado con su objetivo: el matrimonio de ella con Nahúm. Kaila no dijo nada. *¿En qué momento Osmán obtuvo el ascenso a jefe de familia?* Su hermano ya la tenía sin cuidado. Ella estaba a gusto en México, porque ahí, alejada de su familia, era quien decidía sobre su vida, elegía qué hacer y qué no. Aunque le parecía bastante raro que, conociendo a su hermano, no hubiese llegado ahí para buscarla. Sentía que Yamila le ocultaba alguna pieza del rompecabezas.

No le platicó de su relación con Hugo. No se lo dijo porque supuso que Yamila lo vería mal: él era quince años mayor que ella. A ella no le importaba, aunque a la sociedad, al parecer sí. *¿Qué problemas tiene la gente con las parejas de diferente edad?* Le dijo que se encontraba muy bien, como todas las veces anteriores.

Hugo asistió al cierre del curso que tomaba en la Escuela de Antropología e Historia. Kaila no mencionó que sería su cumpleaños para evitar un momento incómodo: nunca le habían agradado esas fechas especiales, no quería que se sintiera obligado a celebrarlo con ella. Ni siquiera soportaba las mañanitas que la hacían llorar, porque su padre era el primero en cantárselas. Tampoco se los mencionó a Olga ni a Susana; esa mañana ninguna de las dos estaba cuando salió de casa. Le pareció raro que Susana se levantara temprano cuando no iba a la escuela, pero tampoco le dio mucha importancia.

Cuando abrió la puerta de la casa de su tía, al regresar del trabajo, su prima saltó frente a ella, la abrazó como aquel día en el aeropuerto. Escuchó al unísono un “feliz cumpleaños” y sintió cómo se entretejían sus intestinos. Adornaron la sala con globos de todos colores, confeti,

serpentinatas que colgaban por todas partes. Había un pastel con chantillí blanco y fresas al fondo sobre la barra. También estaba su tía y al lado de ella, Karim. Verlo fue como tambalearse a la mitad de una *pirouette* o estamparse contra una de las columnas de la universidad, porque una vez le sucedió. Automáticamente, sonrió cuando sus miradas se encontraron. Ni siquiera lo pensó. Cuando estaba nerviosa lo hacía de esa forma. En sus presentaciones no dejaba de sonreír. Ella no se daba cuenta hasta que veía los videos y daba gracias porque el tic del ojo no se notara en cámara. Parecía que él estaba a gusto charlando con su tía. Comenzaban a agradarle esos encuentros inesperados.

—¿Cómo es que está él aquí?

—Sé que debí decirte antes —interrumpió Susana—, pero quería darte una sorpresa.

—¡Sí que lo has hecho! —dijo ella.

—Tu mamá le dijo a mi mamá sobre tu cumpleaños, nos dejó muy claro que no te gustan estas cosas sorpresa, así que sólo compramos un pastel y lo invitamos a él. Mi mamá encontró una tarjeta tirada detrás del tocador un día en que hizo la limpieza en tu recámara. Supuse que era un amigo tuyo, claro, lo busqué primero en Facebook.

*¿Cómo es que nunca pensé en eso?* Desde que salía con Hugo, hace algunos meses, olvidó a Karim casi por completo. El “casi” lo definían los pocos *flashback* de su encuentro en la vieja casa en Córdoba. Entonces se difuminaban rápidamente entre la añoranza de volver a comer los platillos de Yamila, las “torturas árabes” —como ella le llamaba— de sus clases con Nadina, las meditaciones con Élika, su librero desordenado con historias sin terminar.

—¿Por qué no vas a saludarlo? —Susana sonreía como una niña que ha visto un dulce en el aparador de una tienda.

Kaila caminó hacia el invitado. Su tía que era la más cercana, se levantó de su asiento, la abrazó, le deseó un feliz cumpleaños, se retiró argumentando que subiría por algo a su recámara.

La barra de la cocina delimitó el espacio entre ambos.

—Nunca llamaste —dijo Karim para romper el silencio.

Kaila se sentó frente a la barra. Estaba exhausta. Había montado dos coreografías ese día: la que presentaría para la audición y la del festival de fin de cursos de la secundaria. Lo bueno, pensó en algún momento, era que no le había tocado montar el vals para los que salían de la primaria.

—Yo que tú, demandaba a la compañía telefónica. Tu celular siempre me envió a buzón —tomó una papa frita.

—Lo lamento. En cuanto arribé en Monterrey tuve que tomar de nuevo el avión.

—¿Regresaste a España? —preguntó ella.

—No. Viajé a Estados Unidos para arreglar un asunto de la empresa de mi padre.

Kaila movía un pie.

—¿A qué te dedicas? —Comió más frituras.

—La empresa de mi padre vende antigüedades. Yo me dedico a buscarlas y comprarlas.

Hay familias que quieren deshacerse de muchas cosas “viejas” cuando el coleccionista muere.

—Pensé que eras fotógrafo —recordó la Nikon que las veces anteriores lo acompañaba.

—Es un pasatiempo.

Karim deslizó una cajita roja con un moño amarillo hacia Kaila.

—Es para ti.

Desató el moño, quitó la tapa. Era un alhajero blanco con arabescos morados, pequeñas hojas en fila doradas y relieves serpenteantes. Sobre la tapa, una bailarina de ballet con un vestido verde y zapatillas blancas, de puntillas sostenía la quinta posición con sus brazos.

—Es musical —Karim le dio una llave dorada con un cordón plateado.

Kaila la introdujo en la ranura del alhajero, sonó una musiquita lenta que no conocía.

—La canción se llama *Bluestone Alley*. Es una de mis favoritas.

Miraba a la bailarina dar vueltas sobre la tapa de madera al compás de los dedos de un músico atrapado en el tiempo, en ese fragmento. Giraba de forma parsimoniosa; no como ella cuando tenía seis años y quería bailar como Odette en el Lago de los Cisnes, aunque la danza clásica no fuera su favorita: demasiadas reglas que ella quería romper, reescribir, renovar. Evitó mirar a Karim mientras tanto. La ponía nerviosa saber que él la observaba. No del mismo modo que Hugo, porque él le hacía burbujear la sangre. Karim, en cambio, conducía electricidad por su cuerpo, esa sensación le era tan familiar que se sentía a gusto con su presencia aunque sólo lo había visto dos veces en esta vida.

La música terminó.

—Gracias —sonrió.

—Estaba en Córdoba cuando tu prima llamó. Supuse que te gustaría tener un pedacito de España cerca de ti en México. Le perteneció a una primera bailarina, según me contaron.

A Kaila se le encogió el corazón. Un nudo en la garganta le impidió hablar. La danza y Hugo habían llenado un gran hueco sin que se diera cuenta. Karim representaba esa sombra del pasado que no se va, que desaparece a veces, pero que está ahí, que forma parte de ella. Extrañaba a su madre.

—¿Decidiste quedarte en México? —Karim interrumpió sus pensamientos.

—He considerado quedarme aquí por un tiempo. No lo sé. Esta semana audicionaré para una compañía de danza. Tal vez, el *maktub* tenga algo preparado para mí.

—¡*Ya Allah!* ¡Eres bailarina! —expresó con un tono más alto—. Me parece, entonces, que mi obsequio fue el correcto.

—Lo es. ¿Te quedarás en México?

—Estoy contemplando esa opción —dijo mirándola a los ojos.

Más tarde, al terminar la fiesta, después de que Kaila partió el pastel y Susana acechó a Karim con sus preguntas, ambas primas se recostaron en el suelo de la sala. No había ruido, la ciudad dormía.

—Esto se siente bien —dijo Susana.

—Me ayuda a aclarar las ideas.

—¿Estás confundida? —Susana jugaba a hacer figuras con la sombra de sus manos.

—¿Recuerdas que te he hablado del profesor de Historia de la primaria?

—¿Gilberto? No. ¿José? O ¿Cómo se llama?

—Hugo.

Lo de no recordar los nombres venía de familia materna.

—¡Ah, sí! ¿Qué tiene?

—Estoy saliendo con él.

Susana volteó a ver a Kaila, pero ella veía al techo.

—¡Vaya! Ahora entiendo por qué a veces llegas tan tarde a casa y sales con frecuencia.

¿Qué no es mayor que tú?

—Quince años.

Susana ya no hacía figuras con sus manos. Kaila podía sentir que movía ambos pies de un lado a otro. Su prima nunca se quedaba quieta, siempre tenía que estar en movimiento. El frío se colaba entre el suéter tejido, pero le gusta esa sensación, poder mirar el mundo desde otra perspectiva, aunque en ese momento no alcanzara a ver mucho con la luz de la vela.

En ocasiones, Élika y ella se quedaban mirando al techo de la vieja casa después de meditar. Hasta entonces, la chica que venía de la India había sido la amiga más cercana; aunque la extrañaba, ahora tenía una prima.

—Mientras no esté tan viejo como para estirar la pata la próxima semana, no veo el inconveniente —Susana rompió esos segundos de silencio.

Kaila rio. Sus comentarios llevaban una chispa de gracia natural.

—¿Por eso estás confundida? O —se levantó como resorte — ¡Oh, por Dios! Es por el chico que conociste en España.

Cerró los ojos. Sentía la mirada perspicaz de su prima sobre ella tratando de quitar las telarañas alrededor de todos esos pensamientos en caos. La imaginó con una sonrisa de oreja a oreja, divirtiéndose con la situación, aunque a Kaila no le pareciera divertida.

—A Karim apenas lo conozco. Aunque me pasa algo muy raro con él, siento como si ya lo conociera desde hace tiempo... No sé porqué pero su presencia me es familiar.

—Quizá se conocieron en otra vida —sugirió Susana.

—¿Crees en eso? —abrió los ojos.

Sintió a Susana recostarse de nuevo a su lado.

—No. Yo más bien creo que te gusta.

Esa noche la cama era de piedra. Kaila daba vueltas de un lado a otro. Las almohadas en el suelo, las cobijas enredadas en una esquina, la lámpara del buró encendida, la sombra de la bailarina proyectándose a su lado tan alta e imponente.

Tomó el celular, le escribió a Hugo. *Estás en deuda conmigo.*

Él tardó en contestar.

*¿Qué es lo que debo?*

*Un abrazo.*

*¿Es tu cumpleaños?*

*¿Qué hora es?*

*Las once y media de la noche.*

*Entonces, oficialmente lo es.*

Había nacido a las veintitrés horas con veintisiete minutos.

*Con gusto pago esa deuda con todo y los intereses que genere hasta mañana que te vea.*

*Estaré esperando el pago. Intenta que no te quite el sueño.*

*El insomnio no me preocupa si tú eres la causa. Te espero a la hora de siempre.*

Recogió una almohada del piso.

La primera vez que lo besó fue en su tercera cita, la tarde en que asistieron a una obra de danza clásica en donde la chica que había dormido durante años se despertaba por ella misma antes del beso del príncipe, porque los pendientes que se acumularon durante su largo sueño ya no podían esperar más. Al salir cenaron en el restaurante *Azul y oro*. La noche era fresca, un ligero viento se colaba entre los huecos del suéter negro tejido de Kaila, así que, al llegar al auto que estaba estacionado, Hugo le ofreció la sudadera que llevaba colgada en el respaldo del asiento del copiloto. Una negra con capucha que tenía el símbolo amarillo del murciélago.

Después de que la ayudó a subir el cierre, Hugo acarició su rostro, ella, sin reservas, se acercó a besarlo. Kaila tomó entre sus manos su rostro para recordarlo más tarde, para reconocerlo en la siguiente vida.

*En mi sueño, mi madre vestía una larga falda negra. Era el rostro de la mujer que en otros sueños vi. Sus ojos azules, su nariz puntiaguda eran los complementos de un rostro apiñonado que brillaba a la luz de la luna, resplandecía bajo el tono amarillo anaranjado de la fogata. Mi madre bailaba con todas las demás mujeres formando un círculo, moviendo sus brazos, sus manos, sus dedos que llevaban un par de crótalos. Todas sonreían como hechizadas por la luna llena. Su danza se diluía entre las sombras, se confundía con el viento, las transformaba en cisnes que al amanecer volverían a ser Odettes. Las más jóvenes, como yo, seguíamos el ritmo de la música que salía de sus dedos, de las palmas de sus manos, de las monedas que guardaban en sus pañuelos anudados a la cintura, las apoyábamos con extensos zaghareetes.*

*Yo llevaba mi pañuelo alrededor de la cabeza. Usaba una blusa de mangas largas con holanes. Cuando mi madre pasó frente a mí, me ofreció su mano, la tomé para convertirme, con las demás mujeres, en viento. Hice sonar mi pandero. Mis largos pendientes se movieron retraídos con mis movimientos. El baile estaba prohibido en las calles, lo sabía, por ello bailaba, porque quería levantar la voz, protestar, que mis pasos se escucharan.*

El día en que Kaila se presentó a la audición, los nervios hicieron que volviera a releer la página de la novela dos veces en lo que esperaba formada en la fila. Hasta ese día no imaginó la cantidad de bailarinas que había en México. Tal vez, como ella, también venían de otro país.

No pudo avanzar mucho en la lectura. Cuando fue llamada a subir al escenario, sus células eran hormiguitas subiendo y bajando, las piernas le temblaban. Dejó de repasar la coreografía mentalmente, porque ya la había reinventado. Si su madre estuviera ahí, sabría cómo tranquilizarla.

Se paró en el centro del escenario. Las luces estaban encendidas, no como las veces que bailó y no podía distinguir más que los asientos rojos vacíos.

—¿Cuál es tu nombre? —preguntó una mujer sentada en las butacas.

—Kaila Corbalá Rivera —cruzó los brazos por la espalda para mantener quietas las manos.

—¿Cuántos años tienes?

—Veinticuatro —contestó con voz firme.

—¿Española? Tu acento no es de aquí —pasaba las hojas de una a otra.

—Soy mexicana, pero viví muchos años en Andalucía.

—Tomaste clases desde los seis años... —leía su currículum.

Nadie la miraba. La mujer y los dos hombres sentados a ambos lados revisaban las hojas que entregó al entrar. Ella sabía que cumplía con los requisitos de la audición, pero unas letras no podían representar lo que su cuerpo sí. La experiencia la llevaba inscrita en la piel.

—¿Por qué quieres pertenecer a la compañía?

—Porque... —Pasó por su mente el velo amarillo a través del que veía al público en el Alcázar; la fajilla de leopardo de Nadina que tanto le gustaba; el primer tutú que Yamila le compró, negro, no rosa; las niñas con síndrome de Down que giraban y giraban alrededor del salón; las veces que intentó los *grand jeté* sin poder lograrlos; su vestido blanco y peluca de risos rubios para convertirse en Clara— Una sola voz se escucha menos que muchas al unísono. He bailado mucho tiempo como solista, considero que hay más personas que tienen que decir lo mismo que yo a través del cuerpo.

La mujer por fin la miró. Por la distancia que las separaba, Kaila no pudo distinguir si sonreía o torcía la boca. Esperaba que fuera la primera opción.

—¿Qué nos vas a presentar?

—Una fusión árabe-jazz en la que he trabajado.

—¿Por qué una fusión? —preguntó sin siquiera sonreír.

Kaila sonrió.

—Porque hay menos reglas. La fusión me permite experimentar con lo que realmente quiero hacer, con lo que siento sin estar pensando en qué es correcto o no de acuerdo al género. Me gusta llamarlo fusión de esto y aquello sólo por darle un nombre.

—Bien. Colócate en posición, danos tu señal cuando estés lista. Tienes tres minutos.

Caminó a la esquina izquierda del escenario. Se colocó de espaldas a las tres personas. Inhaló, exhaló. Redujeron las luces a una sola sobre ella, parecían todos los rayos del sol envolviéndola, quemándola. Levantó el brazo en señal de que estaba lista. Su pierna izquierda ligeramente flexionada, la derecha estirada, el brazo izquierdo en la cintura, el derecho debajo del cabello en la nuca. Esperó los primeros quince tiempos de la música de entrada. Eran como una especie de tick tack en cuenta regresiva; un metrónomo que iba de un lado a otro recordándole los minutos con los que contaba, los mismos que no concederían tiempo a un error ni le permitirían caer a no ser que fuera parte de la coreografía. Al dieciseisavo se preparó para los *jenes* a la derecha. Giró en línea recta para atravesar el escenario. Cada vez que sus brazos desplegaban a la segunda posición para regresar a la primera, el velo rojo que llevaba anudado desde el cuello hasta las muñecas se transformaba en alas rojas, eran el impulso para ya no detenerse.

*Been given 24 hours/ to tie up loose ends/ to make amends...*

—Tienes que ir a la escuela, *habib*.

—Pero no quiero —dijo lloriqueando Kaila de siete años.

—Algún día necesitarás más que saber bailar. Lo que hay aquí —Ignacio señaló la cabeza— es el arma más poderosa para enfrentarte a cualquier situación.

Bajó al piso con una media luna pequeña. Se dejó caer hacia atrás como si alguien la hubiese empujado y se levantó con un arco.

*...Run and run and run./ Be careful they say/ don't wish life away/ now I've one day...*

—Odio usar esto —Kaila tiró el velo.

—Quizá —Élika lo recogió y se lo dio—, puedes transformarlo.

—Si la vida te da limones ¿haz limonada? —dijo con sarcasmo.

—Si tu hermano quiere que lo uses, ¡hazlo! La manera o la forma que tenga no debe importarle ¿o sí? —extendió el velo, una ráfaga de viento lo ondeó.

Kaila corría por el escenario simulando estar atrapada en una serie de paredes invisibles. Golpeó una, pasó por debajo haciendo un delfín.

*...it's as clear as crystal/ The places I've been/ the people I've seen/ plans that I made/ start to fade...*

—¿Viste eso abuela? Yo quiero hacerlo —Kaila estaba casi pegada a la pantalla del televisor.

—¿Quieres dedicarte a bailar? A tu edad, tu madre soñaba con casarse. Despégate un poco de la pantalla o te quedarás ciega —levantó la ceja izquierda—. Tendrás que seguir practicando mucho.

—Lo sé, abuela —se acomodó de nuevo frente al televisor.

—¿Cómo se llama esa película, hija? —observó a la niña de doce años que miraba embelesada la última escena de baile.

—*Flashdance*, es mi favorita. Ya la he visto muchas veces.

*...In just 1 hour they'll be/ laying flowers/ on my life, it's over tonight.*

Con las alas extendidas giró tantas veces como la siguiente estrofa se lo permitió. Caminó cuatro tiempos con *mayas*, el movimiento en donde sacaba la cadera de arriba hacia

abajo simulando un puente. Dio un gran salto con *split*. Golpeó con la cadera dos veces hacia la derecha y bajó en cuarta.

Prometieron llamarla si quedaba en la lista de las bailarinas seleccionadas. Sólo una audición, una etapa para ingresar a la compañía. La verdadera competencia sería dentro de ella para obtener los papeles protagónicos, para convertirse en primera bailarina, para transformar todo lo aprendido en experiencia personal, en la energía que la impulsaría a seguir escalando. Mientras le informaban que preparaban un proyecto social con danza, que sería el primer reto si quedaba dentro, Kaila tenía en mente la historia que leyó sobre Elisa Carrillo. El talento era importante, la preparación un factor crucial para seguir creciendo. La compañía podría ser el primer impulso que necesitaba para consolidar su carrera profesional.

Salió del lugar, usaba la sudadera de Hugo. Había acordado encontrarse con él en la plaza para comer, ya tenía hambre. El olor de él a naranja invadió sus pulmones, aromatisó el oxígeno que respiraba. Se sentía llena de energía, de seguridad en sí misma. Recordó la escena de Wonder Woman donde Diana sale del fuerte y repele el fuego enemigo aun cuando los demás le dicen que es peligroso. Ella era sólo una bailarina pero había esquivado, de alguna forma, las balas del fuego enemigo, las de Osmán.

Mientras caminaba por la calle en dirección al metro, no se percató de la cantidad de gente que emergía de los túneles, tampoco vio los puestos de comida chatarra abarrotados, ni la fila de arbolitos que custodiaban la acera, no se detuvo a observar la fila de autos estacionados en donde no se debía, no se tomó cinco minutos para comprar cacahuates, ni siquiera vio a las parejas de novios sentadas en las bancas cerca de la avenida. Sólo caminaba llena de alegría sintiendo la adrenalina recorrer cada músculo.

Se sabía sonriente. Estaba realmente orgullosa de la coreografía que presentó. Esa emoción de realizar un buen trabajo, la sensación de ser imparables, de haber aprendido a volar, permearon la manera en que caminaba. Ahora daba pequeños saltitos como tucán, caminaba en puntas por momentos, lo hacía involuntariamente. La acera estaba vacía, quiso girar pero chocó con Karim.

—Lo sien... ¡Tú!

—¡Vaya! —Se acomodó la Nikon— Supongo que es divertido ir por la vida dando vueltas. Ahora entiendo a los niños.

Sonrió. *¿Teníamos que coincidir aquí en donde quedé de verme con Hugo?*

—Lo es. Deberías intentarlo alguna vez. ¿Vives cerca?

—No —contestó él—. Fui a tomar algunas fotos a CU. ¿Vas a alguna parte?

—Acabo de audicionar —dio un saltito.

—¿Qué tal te fue?

—De maravilla, creo —giró en la banqueta.

Escuchó el disparo del obturador y miró a Karim, sostenía su cámara delante de sus ojos.

—¿Me tomaste una foto?

—¿Quieres que la borre? —Miraba la pantalla de la cámara— Porque saliste muy bien.

—No.

Ambos se miraron.

—No lo hagas —hizo énfasis.

Cuando se miraron, Kaila reconoció al joven que veía en sus sueños, el mismo color de ojos, la sonrisa de media rebanada de sandía, su cabello rubio alborotado por las corrientes del aire, las manos claras y grandes que sostenían la cámara, que alguna vez sostuvieron las manos de ella. Estaba cerca, tan cerca que Kaila podía ver el tenue color de una barba recién cortada.

—Estoy seguro de que serás aceptada. ¿Puedo felicitarte?—Tomó la cámara con una mano y abrió los brazos.

No respondió. Lo abrazó por debajo de sus largos brazos. Al estar tan cerca de su pecho, sintió cómo el corazón de él latía con gran rapidez, igual que el suyo. No lo notó, pero, mientras permanecían así, Kaila sonreía. La presencia de Karim la llenaba de paz. De esa paz espiritual de la que tanto escuchó mencionar a Élika en sus pláticas, que se supone, según el budismo, sólo se encuentra al estar en presencia de una alma gemela. ¿Era posible que Karim fuese para ella esa alma? ¿Por qué cada vez que lo veía tenía esa extraña sensación de *deja vu*? Se lo encontraba cuando menos lo imaginaba, ¡justo ese día!

—Kaila —habló Karim sin soltarla.

—¿Sí? —preguntó ella, aspiró su aroma a vainilla.

—¿Crees en el destino?

—Creo en el *maktub*, Karim —contestó.

—Ahora yo también —confesó.

Kaila lo abrazó con todas sus fuerzas antes de recordar que debía encontrarse con Hugo, lo soltó.

—Me esperan en casa —mintió.

—Puedo acompañarte si quieres.

—Te lo agradezco. Estoy algo cansada.

—Entiendo —dijo no muy convencido—. Seguiré esperando tu llamada.

—Prometo que lo haré —esta vez no mentía.

Continuó su camino. No se había alejado mucho cuando tropezó, sucedía a veces cuando estaba muy nerviosa. Se acomodó un mechón de cabello suelto, continuó sin voltear atrás.

Una calle adelante, se detuvo ante la vitrina de una tienda que exhibía la figura de *Siva*. Al ver el letrero que colgaba de la puerta supo que era una tienda de artículos de la India. Resopló al recordar la estatuilla del dios hindú que Élika tenía sobre su mesa de noche. Extrañaba a su amiga.

La campanilla de la tienda sonó. Kaila miró hacia la entrada principal justo cuando Hugo salía del lugar con un libro en la mano, lo bastante ancho como para entretenerse algunas semanas. Él se acercó a ella, la abrazó por la cintura para atraerla hacia sí, ella correspondió ese abrazo. Su olor cítrico le agradaba. Lo abrazó tan fuerte como pudo, sin embargo, no sintió la misma ternura que le había proporcionado el abrazo de Karim. ¿Por qué Hugo estaba en esa tienda?, se preguntó. A pesar de ser profesor de historia, hasta entonces, no había demostrado mucho interés por las cosas orientales. Pero, el hecho de que se hubiera entretenido, le había dado minutos valiosos en los que pudo abrazar a Karim.

—¿Estás bien? —preguntó Hugo desconcertado antes de besarla en la frente.

—Sólo, ¿puedes abrazarme un momento más sin hablar?

—Por supuesto. El tiempo que tú quieras.

Se aferró más a su cuerpo intentando olvidar el cálido abrazo previo, sintió culpa por no lograrlo. Se aferró aún más cuando se dio cuenta que el aroma cítrico de él, impregnado también

en la sudadera, se diluía con el olor a vainilla. Lo abrazó más fuerte cuando la sonrisa de Karim apareció en su memoria.

—¿Kaila? —preguntó Hugo al apartarse de ella—. ¿Sucede algo?

—Nada —se acomodó el tirante de la mochila gris.

—Y ¿qué tal te fue? —sonrió antes de guardar el libro en una bolsa plástica.

—¡Excelente!

Una señora vestida con un sari anaranjado, que salía de la tienda, les sonrió e inclinó su cabeza diciendo *namaste* al tiempo en que juntaba sus manos. Detrás de ella, un joven flaco y de piel oscura salió para ayudarle a bajar las cortinas metálicas del local.

—Hay que celebrarlo —la tomó de la mano para guiarla en el sentido en que ella venía.

Kaila lo detuvo.

—¿Por qué no buscamos algo por allá? —señaló en la dirección contraria a Karim.

—Claro —dijo él no muy convencido—. Te queda bien esa sudadera —soltó unos momentos su mano para acomodarle la gorra.

Kaila sonrió, volteó a ver otro lado. Jamás se quedaba con nada que no fuera de ella, pero esta no pretendía devolvérsela.

Algunos días después del encuentro con Karim, Kaila recibió por paquetería la foto que le había tomado. Lucía despeinada, se veía cansada, su chongo estaba a punto de deshacerse. Se limitó a mandarle un mensaje para agradecerle. Las siguientes semanas, evadió sus mensajes e inventó cualquier tipo de pretexto para no contestar las llamadas, aunque, por más cosas que hiciera para distraerse no dejaba de recordar el abrazo que ella correspondió, eso la confundía. A pesar de que se escondiera bajo un montón de piedras, nada le aseguraba no toparse con él en alguna de las calles de la ciudad, pues sus encuentros siempre sucedían de una forma inesperada. Ya que sus sentimientos se encontraban un poco confusos, revueltos después de su último encuentro, intentaba mantenerse alejada hasta lograr aclararlos y ponerlos en orden, o bien, hasta que Karim se rindiera, dejara de buscarla, lo que sucediera primero. Si él se retiraba, le facilitaría tener que poner orden a su vida sentimental.

—¿Acaso vienes de otro planeta? Porque si es así, juro que demandaré a mi profesor de geografía de la primaria por mentirme al decir que Córdoba se encuentra en España —Susana colocó el teléfono inalámbrico sobre la base.

—Si vuelve a llamar dile que, en cuanto pueda, me comunicaré con él —contestó Kaila.

—Sería mejor que dejaras de evadirlo y hablaras con él —Susana había seguido a su prima hasta la puerta, le obstruyó el paso.

Un mechón de cabello crespo cayó sobre el rostro de Susana, ella lo atoró detrás de la oreja. El color rosa de las puntas estaba a punto de convertirse sólo en un recuerdo.

—Esto no pasaría si no le hubieses dado el número local —contestó Kaila enojada.— Kai, ¿¡qué demonios estás haciendo!?! —Apretó los puños, seguramente, para no jalarle los cabellos—. ¿Por qué haces esto?

—Porque estoy saliendo con Hugo —tomó la bolsa con flequillos que colgaba del perchero, se la colgó de forma cruzada sobre su torso—. De hecho, ya se me hizo tarde.

—¿Y lo tuyo va serio? —su pie golpeaba levemente el piso.

—Lo es. Al menos, por ahora —contestó de forma seca.

Susana se hizo a un lado para que Kaila pudiera pasar.

—¿Ya le hablaste a tu mamá de él?

No contestó. Azotó la puerta al salir. Mientras caminaba hacia la estación del metro, los pensamientos parecían rebotar de un lóbulo a otro en su cabeza. *Ham-sa* repitió para sí el primer mantra con el que Élika le enseñó a meditar antes de atravesar el torniquete y esperar el tren. Cuando abordó, su respiración ya era normal. Al cerrarse las puertas del vagón decidió que todas esas dudas, que Susana atizó, no viajarían con ella.

El sol brillaba en el punto más alto al salir de la estación Bellas Artes, imponiéndose ante las nubes grises. La gente corría de un lado a otro, pasaban a un costado, otros la empujaban al entrar o salir del metro. Las multitudes le causaban miedo, jamás le habían gustado desde que, a los cinco años de edad, se perdió en el *zuko*, justo la primera vez que su madre la había llevado a un mercado árabe desde su llegada a Córdoba. Las aglomeraciones la hacían sentir nerviosa, estresada. Reconoció a Hugo, quien se distinguía por una camisa azul cielo. Estaba en el lugar donde acordaron y lo miró como una niña cuando descubre una cara conocida entre el público que ha ido a ver el espectáculo navideño de la escuela. Corrió hacia él, lo abrazó sin decir nada. Él la besó en la frente. Cuando sintió que su corazón regresaba al modo neutro, como un carro, se despegó de su cuerpo. Él entrelazó sus dedos. La mano de Hugo apretaba la suya con fuerza. Eso no le importaba, la tierra podría partirse, ese gesto le daba la seguridad de que no caería al vacío.

Los rayos de sol chocaban con la humedad del ambiente fragmentándolos en pequeñas partículas de colores. Hugo se detuvo frente a una escultura de Beethoven, con un movimiento

del brazo con el que sostenía la mano de Kaila, le indicó que subiera uno de los peldaños. Con sus brazos rodeó el cuello de él para poder besarlo. Él la tomó por la cintura, contestó ese corto beso. Detrás de ellos se encontraba el palacio con sus grandes ventanas, la escalinata, las columnas custodiando la puerta central lateral, la gran cúpula de cristal amarillo que coronaba el recinto, los pequeños jardines.

Caminaron durante par de minutos por los pasillos de la Alameda Central sin decir ni una palabra. A esa hora, la gente comenzaba a inundar el parque, al igual que las hojas de los árboles en otoño, hojas que el viento levantaba al compás de la música de un violinista. Las personas pasaban junto a él y dejaban algunas monedas dentro de su estuche abierto.

Kaila se dejó llevar cuando Hugo la jaló hacia la única banca desocupada en el lugar. Un hermoso árbol cobijaba el espacio a pesar de que sus hojas —de tonos tierra, cafés, amarillos— comenzaban a rebelarse como hijos que abandonan su hogar.

—Encontrar una banca desocupada aquí es como el juego de las sillas, ¿no lo crees?

Él no contestó. Al llegar a la banca, Hugo permaneció de pie cuando ella se sentó. Desde su ángulo lo miró preguntándose por qué no tomaba asiento a su lado.

Echó un rápido vistazo a su alrededor. Las bancas estaban ocupadas por otras parejas. A unos pasos, frente a ellos, se topó con la mirada de una chica. Su mirada regresó a él, quien se hincó ante ella con un poco de trabajo. Recargó sus brazos en el regazo de Kaila, sonrió. Sólo la miró. Así se pasaba algunos minutos últimamente, pensativo. A ella le agradaba acariciar su cabello con algunas canas que desafiaban el tinte. *A mí me gusta el gris, es más natural.*

—Te vas a cansar —aseguró Kaila.

—He estado pensando en algo — él cambió el tema.

—¿En qué?

—Sobre tu audición.

*Aún no he tenido noticias.*

—¿Qué hay con eso?

Hugo tomó las manos de ella entre las suyas.

—¿Has pensado qué sucederá si te aceptan en esa compañía estadounidense?

*Quizá tenga que irme de México.*

—En realidad, no —contestó—. ¿Te preocupa algo?

Hugo se acomodó en cuclillas. Unas gotas de lluvia cayeron sobre ambos. Kaila miró hacia el cielo.

—Si te quedas en la compañía —llamó su atención—, seguro viajarás. Tal vez tendrás que vivir en otro país durante algún tiempo.

*Eso no sería un inconveniente para mí.*

—Podrías venir conmigo —sentía sus manos apretar las de ella.

—¿Eso te gustaría? —la miró a los ojos.

*Pues no lo había pensado.*

—¡Por supuesto! Eres profesor de historia. Podrías dar clases en alguna escuela.

Kaila se soltó de las manos de Hugo, señaló el lugar vacío a su lado. Él se levantó y apoyándose en las piernas de ella, se sentó. El cielo comenzaba a nublarse, el andar de la gente era más rápido. Se escuchaba al violinista en alguno de los pasillos tocando una canción de Christina Perri que era *soundtrack* de una película sobre vampiros, Kaila la reconoció porque durante algunos días la cantó a toda hora.

Sentía que Hugo la miraba, pero ella desvió su vista hacia el palacio. Comenzó a tararear mentalmente *Heart beats fast/. Colors and promises/. How to be brave/. How can I love when I'm afraid to fall...* En el tiempo en que llevaba en México no había entrado a las salas de conciertos ni a ver un espectáculo de danza, pero se visualizó ahí: en un escenario capaz de

albergar a todo un equipo de una compañía profesional, con cientos de butacas para un público donde podría estar Yamila, tal vez Élika también; se vio esperando su turno en alguna de las piernas del escenario, detrás del telón rojo, con cientos de focos iluminando sus pasos; habría personas mirándola, otras observando el programa con su nombre impreso. Escuchó de nuevo la música del violín y sus manos hicieron un floreo.

—¿Te preocupa que no coincidamos? —se atrevió a preguntar.

—Me preocupa detenerte, Kai.

Mientras veía al piso, suspiró.

*No sé qué decir.*

—Será mejor que esperemos a que tenga noticias antes de hacer planes —Notó que su voz por primera vez no tenía acento andaluz. Llevaba ya varios meses en México y España seguía presente. Lo mismo sucedía cuando vivía en Córdoba, sus raíces mexicanas no la dejaban olvidar que era ajena a la cultura en la que entonces se insertaba.

Hugo tamborileaba los dedos de la mano derecha sobre la banca.

—¿Has considerado continuar dando clases de danza aquí?

*Sería una opción temporal sólo si no me aceptan en la compañía.*

—Mmmm... Supongo que podría hacerlo.

Ambos callaron. Cruzó la pierna. Movía el pie de un lado a otro.

—¿O quisieras regresar a tu casa en España? —preguntó él.

*Lo que quiero es bailar.*

—Me gusta más aquí.

Hugo ya no la miraba. Volvieron a callar. Puso la mano sobre la banca. Sintió la de él deslizarse por su dorso. La sensación era de calidez. Ella tenía las manos frías casi todo el tiempo.

—A veces quisiera poder detener el tiempo —lo miró.

—A mí también me gustaría —él le sonrió.

*Pero no quiero detenerme ahora. Hay tanto por hacer.*

—¿Por qué no intentas audicionar para la Compañía Nacional de Danza? Estoy seguro que te seleccionarían a la primera.

*Si fuera tan fácil, ya lo habría hecho.*

—Eso es muy utópico, ¿no crees? —ladeó la cabeza.

—Kaila, amo estar contigo, pero no quiero ponerte entre la espada y la pared.

—Ni yo tener que elegir —agregó segura de sí.

*La danza sería mi elección.*

Una hoja seca cayó entre los dos. Colocó sus manos sobre el torso de él, recorrió con la yema de su dedo índice el collar que llevaba alrededor de su cuello. Hugo detuvo su mano, quitó del rostro de ella un mechón de cabello que el viento alborotó.

—Mira —se quitó el collar—. Quiero que lleves esto a donde vayas, en donde estés. Quiero estar presente en lo que hagas.

Asintió con la cabeza. Un par de niños pasaron detrás de un balón que rodaba hacia el palacio. Su madre, sofocada, los perseguía. Personas cruzaban de un extremo a otro. En el pasillo de enfrente, una parejita parecía comerse a besos sentados al lado de una chica que leía sin prestarles atención.

—¿Te asusta el compromiso? —preguntó Kaila.

—Debo confesar que suena aterrador.

No quería medias tintas. Debía saber que esperar de esa relación. En un año él aterrizaría en la cuarta década. Tal vez ella era su crisis de los cuarenta, como alguna vez alguien le dijo a

Derek respecto a su relación con Meredith. *¡Qué tontería estoy pensando!* Ni ella era Meredith Grey; ni él, Derek Shepherd, ni su vida era una serie de televisión.

—¿Es mío entonces? —rozó con sus dedos el dije que Hugo sostenía.

Él le dio un beso en los labios.

Todo lo demás dejó de importar: el casi imperceptible temblor de su cuerpo; la desilusión de saber que lo que ellos tenían podía terminar repentinamente; la grieta que las palabras de Hugo abrieron en su corazón; el parque, las nubes grises que espantaban a las personas, las pequeñas gotas de lluvia, el violinista que había dejado de tocar para guardar el instrumento en su estuche y partir del lugar, los susurros del viento, su ayer. Sólo existía el presente: ella y él. Quizá sí, su amor había nacido predestinado según el principio de *Yuanfen*: un principio chino budista que designa aquellas relaciones destinadas a conocerse, pero no a permanecer juntos.

Imaginó el dije colgando de su cuello. Pasado y presente convergían en un objeto: Córdoba- México. Ahora llevaría el nombre de él escrito en relieves árabes, como promesa de que el *maktub* estaba en sus manos.

—¿Qué estamos buscando? —preguntó Kaila.

Llevaba más de una hora siguiendo a Élika entre la gente en el *zuko*.

—Un bonsái.

—¿Para qué quieres un árbol enano?

—Para la vieja casa. Le dará vida.

Élika tomó un trozo de tela amarillo tornasol de un puesto. Kaila se recargó en la montaña de telas junto a ella. Estaba cansada, las lonas apenas interceptaban parte de los rayos del sol, el aire estaba caliente, las sandalias le quemaban, sus pies estaban hinchados, el dedo gordo morado de tantos pisotones, el estómago vacío, la boca seca. Llevaba un sombrero blanco adornado con una cinta café, el de su amiga era igual excepto por la cinta verde. Ambas vestían de mezclilla, Kaila una falda, Élika unos pantalones cortos.

—Creo que compraré uno para mi abuela. ¿Llevarás eso? —sintió la suave textura de la seda que sostenía su amiga.

—No. ¿Margarita vendrá? —Élika preguntó.

Continuaron caminando.

—Llamó a mamá hace unos días para decirle que pasaría por Córdoba, al menos a saludar. No creo que piense quedarse —esquivó a un hombre barbudo con *kafiyeh*—. Me gusta cuando nos visita, tiene tantas cosas que contar —suspiró—. Lo mejor es que su presencia basta para que Osmán le baje dos rayitas a su autoritarismo. Es como si le tuviera miedo... o respeto. La abuela impone autoridad con sólo escuchar su voz, que se convierte en un eco en la cabeza.

—No pienso que sea una buena opción regalarle una planta. Seguiré viajando, no podría cuidar de ella.

Élika caminaba como si no hubiese gente con la cual chocar. Seguramente, era porque venía de la India, el segundo país más poblado en el mundo. Kaila, sin embargo, tropezaba con los puestos, chocaba con las personas, perdía por metros a Élika, se desesperaba, pero intentaba no entrar en pánico cuando perdía de vista a su amiga.

—¿Te conté que mi abuela escapó del hombre que la robó en el pueblo y se fue sola a la Ciudad de México?

—No. ¿Por qué no me lo habías dicho? —Élika se detuvo en un puesto a observar un ojo turco en color azul.

—No lo sé —miró hacia la calle entre el ir y venir de la gente—. El tipo la encerró en un baúl para poder llevársela a su hacienda. Ella escapó por una de las ventanas de la habitación en que estaba confinada, estilo Rapunzel, pero no regresó a su casa porque, como se tardó varios días en salir del lugar, su papá ya no iba a aceptarla.

—¿Te gusta este para la casa? —Élika le mostraba una manta café con Ganesh bordado a colores—. ¿Entonces se fue a la ciudad?

—Pidió aventones para llegar a la capital, como dice ella.

—¿Qué es un aventón? —sus manos iban de un objeto a otro en el puesto.

—Pues... —pensó—. Se les pide a las personas que pasan por el lugar si los pueden llevar con ellos en el auto... Esa manta está muy cara —miraba la etiqueta.

—Deduzco que Sarayu y Margarita tienen muchas cosas en común. Sé que a tu abuela también le gusta tener un gran círculo de amigos como a la mía, fue justo por sus amistades que Sarayu leyó libros que en casa no se conseguían.

—Algo así le ocurrió a Margarita —Kaila se probó una pulsera de ojo de tigre—. Me contó que su padre era el único que leía en casa. Cuando mi bisabuelo no estaba, ella entraba a

hurtadillas al despacho. No terminó la escuela, pero sí aprendió a leer el poco tiempo en que acudió. Después probó suerte en diferentes oficios cuando llegó a la Ciudad de México.

—A Sarayu, como a muchas mujeres en la India, la obligaron a casarse —compró el ojo turco con detalles en rojo.

—¿Y por qué no me has contado la historia de tu abuela?

—Quizá ella quiera contártela.

Su amiga corrió hacia un puesto, Kaila trataba en vano de no perder el paso. A pesar de ser bailarina, solía ser muy torpe cuando se encontraba en lugares con tanta gente y cosas a su alrededor. Élika había encontrado los bonsái.

Era la segunda vez que el teléfono sonaba. Sostenía con una mano un pequeño arbolito en una maceta que pesaba, lo quería para su habitación o para el departamento que imaginaba tendría en Estados Unidos, porque le gustaba especular que la aceptarían en la compañía. Kaila no encontraba sus llaves dentro de la bolsa. Había pensado en que quizá un hoyo negro crecía dentro de esta o una dimensión desconocida, algo así que explicara por qué nunca encontraba lo que buscaba. Las manos le temblaban por la ansiedad de no poder contestar, quizá era algo importante, tal vez eran noticias para ella. El teléfono dejó de sonar con ese *ring ring* que parecía de caricatura. Pudo entrar después de vaciar sus pertenencias sobre la banca de afuera, después de esquivar al gato rabón que Susana adoptó semanas atrás al encontrarlo vagabundeando por la unidad. Quien quiera que hubiese llamado volvería a hacerlo si era un asunto urgente.

Subió a su habitación. Colocó el bonsái en el escritorio. Sobre la cama reposaba el libro de Rosa Beltrán que dejó por la mañana. Se acostó boca arriba y lo tomó. El separador amarillo —con la frase *¿Cuánto tiempo pensabas que te iba a esperar?*— señalaba el cuento donde se detuvo. “Tengo un amante 24 años mayor que yo que me ha enseñado dos cosas. Una, que no

puede haber pasión verdadera si no se traspasa algún límite, y dos, que un hombre mayor sólo puede darte dinero o lástima. Rex no me da dinero; tampoco lástima. Por eso dice que nuestra pasión, que ha rebasado los límites, corre el peligro de comenzar a extinguirse en cualquier momento”. Se detuvo en el primer párrafo, colocó el libro abierto sobre su pecho y —mirando al techo— llevó su mano hacia el dije. Hugo tampoco le daba ni dinero ni lástima. Lo de ellos era una conexión. Releyó el primer párrafo. Por suerte Hugo no tenía veinticuatro años más que ella.

*Quince no son muchos... Debo decírselo a mamá.*

El teléfono volvió a sonar. Bajó tan rápido como pudo y contestó al quinto timbrazo.

—Diga.

—¿Kaila, querida?

—Hola, mamá —se dejó caer sobre el asiento frente al librero.

Hacía meses que dejó de insistirle en que le llamara al celular.

—Qué bueno que te encuentro en casa —dijo Yamila.

El minino pasó frente a Kaila.

—Tengo que decirte algo —soltó enseguida.

Observó la puerta. Habían deslizado algunos sobres por debajo. Se levantó para recogerlos, tenían teléfono inalámbrico. Los sobres estaban sucios, los pisó al entrar y el gato dejó sus huellas marcadas como prueba de que estuvo también ahí. Caminó con el bonche de sobres hacia la barra de la cocina.

—Querida, antes de que digas una palabra, necesito hablarte.

—Si es sobre mi hermano...

—Lo es —interrumpió—. He estado hablando con él, llegamos a un acuerdo.

Kaila pasaba la correspondencia frente a sus ojos.

—¿Y? ¿Decidió cambiar de comprador?

—¡Dame ese teléfono, Yamila!

Escuchó una voz que se superponía a la de su madre.

—¡Hola, hija!

—¿Abuela? —Kaila dejó por un momento los sobres en la barra.

La voz de Margarita era inconfundible.

—Hija, tu madre le da demasiadas vueltas al asunto. Puedes regresar a casa. ¿Qué estás haciendo allá tan lejos? Aquí está tu hogar.

El sobre azul que sostenía en sus manos decía *Dance Company Make you stay* e iba dirigido a ella. Lo abrió rápidamente. Leyó el texto de la carta. Mientras sostenía el teléfono entre el hombro y la oreja, escuchaba que su abuela se separaba de la bocina para regañar a Yamila. Se saltó el párrafo de formalidades. El segundo comenzaba con unas letras en mayúsculas felicitándola, ahora formaba parte de la compañía y le pedían que se pusiera, lo antes posible, en contacto con ellos. Dejó caer la hoja blanca sobre la barra. Llevó su mano al cuello de donde colgaba el dije de Hugo.

—Kaila, ¿me escuchaste? —inquirió su abuela—. Regresa a casa.

—Te escuché abuela. Te lo agradezco, pero ¿puedes comunicarme con mamá?

—Estaré unos días más en Córdoba, espero que regreses pronto —se despidió Margarita.

La respiración al otro lado cesó. Se escuchó un ruido que no identificó: habían cambiado las manos que sostenían el auricular.

—Tu hermano se ha llevado un buen regaño —dijo Yamila—. Yo también, ya conoces a tu abuela. Sigue reprendiéndome a pesar de los años.

—Mamá...

—¿Quieres que compre el boleto de avión por ti?

—No, yo... Aquí hay gato encerrado —dijo en voz baja cuando se dio cuenta.

—¿Qué has dicho? —preguntó su madre.

*¿Por qué mi abuela logró con Osmán lo que mamá no?*

—¿Mamá?

—Pensé que se había cortado la llamada.

—¿Me dirás cómo es que la abuela se apareció ahí y Osmán simplemente decidió cambiar de opinión?

Yamila resopló. Ambas hacían el mismo gesto.

—Eras como un pajarito asustado. Tuve que aventarte del nido. La decisión de Osmán sólo fue el pretexto para que saltaras a la vida, Kaila. Necesitabas aprender a volar.

Cuando atravesé las puertas automáticas del aeropuerto de Córdoba, vi a mi madre, a Élika y a mi abuela esperándome. Llevaba sólo una maleta pequeña, no necesitaría más para estar en casa. Mientras viajábamos a casa en el taxi blanco me alegré de volver a ver el letrero azul de letras blancas que anunciaba a Córdoba como el próximo destino, junto a otro que señalaba hacia el Mediterráneo y Valencia. El chofer llevaba la radio encendida o, tal vez, reproducía un viejo CD. Reconocí el ritmo de guitarra en compás de cuatro tiempos, era clásica porque el tiempo más fuerte lo marcaba en la cuenta de uno. España me recibía con las palmas haciendo contratiempo con mis pensamientos. Estaba en casa, en el lugar donde se amenizaba un viaje por carretera con tango flamenco. La música me hizo repetir un tacón botado, metatarso, tacón, tacón con los pies aún sentada. En mi próxima presentación como solista, podría bailar otra fusión que incluyera algo español.

La noche en que recibí la carta no podía dejar de temblar de forma involuntaria. Era como si yo fuese un *gong* y mi vida, la fuerza con el que es golpeado. El teléfono que sostenía con una mano, se resbaló en el momento en que Susana llegaba a casa. Debió asustarse con mi expresión porque corrió hacia mí sin dejar de preguntar qué me pasaba.

—Necesito ver a Hugo —fue lo que dije al tiempo en que me ponía la sudadera.

Antes de abrir con la llave que Hugo me dio, le envié un mensaje a mi prima como contestación a todas las llamadas que desvié. “No me esperes. Mañana hablamos”.

—Hola —dijo Hugo al verme entrar — ¿Pasa algo? Ya es un poco tarde.

Cerré la puerta tras de mí. Me detuve, no di un paso más.

—¿Kaila?

Hugo estaba detrás de la barra del desayunador. Tenía la caja pequeña de pizza que insistí se llevara a casa porque no me gustaba que se desperdiciara la comida.

—¿Te conté que mi hermano se convirtió al islam?

—No, ¿eso a qué viene? —tomó una de las dos rebanada.

—Quiero contarte mi historia —jugaba con la llave en la mano—. Es importante que la escuches de mí.

—¿De quién si no?

—De cualquiera. Es la razón de que esté aquí. Necesito que sepas esto porque es parte de lo que soy—mi voz sonó ronca.

Hugo se limpió las manos en un trapo, caminó hasta mí. Me llevó de la mano hasta el sillón. Ambos nos sentamos.

—No estoy entendiendo nada.

—Tengo un hermano mayor. Se llama Osmán. Él hizo un trato con Nahúm, ese hombre podría ser mi abuelo: a cambio de que yo me casara con él, mi hermano obtendría dinero. ¿No te parece acaso un contrato de compraventa? Pero, no sólo es eso. Yo vine a México creyendo que era la única forma de escapar de un destino que no elegí, mamá me ayudó, en realidad, ella sugirió que viniera. Ahora resulta que lo de Osmán, de alguna forma, era sólo un pretexto que Yamila utilizó. *Piccola sorpresa!* Estuve todo este tiempo lejos de casa pensando en que si regresaba mi hermano me obligaría a casarme con alguien que no elegí. *Yallah! All this has been a lie!*

—Kaila, no sé si te das cuenta, pero estás hablando en distintos idiomas.

Resoplé.

Hugo tomó mis manos.

—Necesito procesar toda esta información —no le iba a explicar todo de nuevo.

—¿Por qué no te quedas?

Lo abracé. Él me dio un beso en la frente.

—Me han aceptado en la compañía.

—Eso es lo que querías, ¿no?

—¿Y tú?

Hubo un silencio en el que escuché su corazón. Sus latidos me recordaron el *adagio* que bailé hacia tres veranos. *You're the one that I love and I'm saying goodbye...* En esa ocasión, había llorado al bailar sin saber porqué. Me gustaba más cuando todo él se diluía en cuatro tiempos dobles.

Mi celular sonó. Por primera vez, mi madre me llamaba, la rechacé como ella también rechazó usar un celular todos los meses que transcurrieron a mi llegada a la Ciudad de México.

—Quizá deba regresar a casa.

—Quédate aquí.

No supe si se refería a esta noche o al resto de mi vida. Existía interferencia tanto en nuestra comunicación como en nuestras aspiraciones, yo, al menos, no tenía tiempo de arreglarlo, o tal vez sí, pero voluntad no.

Dormité gran parte de la noche. Me gustaba dormir con el ruido crepitante de la lluvia colándose por cada fisura que pareciera impenetrable. Era como si las gotas de agua fuesen pequeñas bailarinas deslizándose por la ventana, como los sueños, como la arena que dejan las olas del mar. Están ahí para demostrar que todo, aunque sea por unos segundos, puede ser tangible, puede ceder a la mínima fuerza.

Sentí el cuerpo cálido de Hugo al lado de mí. Solía dormir sin camisa, esa noche usaba la pijama de franela a cuadros que compró en una nueva plaza a la que fuimos a comer. Me acerqué a él. “Ven conmigo”, susurré, pero dormía o fingía hacerlo porque no lo escuchaba

roncar. No tuve respuesta. Lo dije porque alguna vez escuché o leí que, si le susurras palabras a alguien al oído mientras duerme, estas quedan guardadas en su subconsciente.

Me levanté muy temprano a la mañana siguiente. Hugo dormía como una roca. Aproveché el momento a solas para comprar un boleto de avión que me costó más de lo que tenía en mi presupuesto actual, por lo que tuve que tomar dinero de mis ahorros. Siempre es difícil comprar a última hora.

—¿Ya te vas? —apareció de pie debajo del marco de la recámara.

—Regresaré a España para hablar con mi mamá —sorbí el último trago de té—. Dejé sobre el buró un papel con el número de mi vuelo. Me informó la vendedora que aún hay asientos disponibles —eso último no era cierto.

—¿Por cuánto tiempo estarás allá?

Caminé hasta él y lo abracé.

—No son vacaciones, Hugo.

Su camisa olía a jabón floral.

—¿Estás segura? —me apretaba con fuerza.

Levanté el rostro.

—No tengo duda.

Me levanté en puntas para besarlo. Sabía que era el beso final, el beso de despedida.

—Te amo —dijo.

No contesté. Élika siempre me dijo que hay palabras que no deben desperdiciarse, esa frase tampoco debía malgastarse. Qué debía contestar, ¿te amo también? Porque, de lo único que estaba segura ahora, era de amar la danza. Coloqué la llave del departamento en la palma de su mano y me fui. Hugo no renunciaría a lo que tenía, ni yo a lo que podría obtener.

Llegué a casa de Olga cuando ella y Susana desayunaban. Mientras hacía mi maleta, les platicué muy rápido lo que sucedió con la llamada de mamá y la carta de aceptación. Mi tía ya había hablado con mi madre, ambas estaban al tanto. Olga nos llevó al aeropuerto por la tarde antes de irse a trabajar, después de darme la bendición. Jamás lo habían hecho. Mi madre decía que era católica, pero jamás la vi entrar si quiera a la iglesia o rezar. ¿Se supone que “la bendición” funciona como una especie de hechizo protector?

—¿Esperas que él venga? —preguntó Susana al verme voltear a todos lados.

No contesté.

—¿No se supone que es aquí donde él llega corriendo y te dice que te ama y quiere estar contigo el resto de su vida?

Sonreí y la miré a los ojos. La gente pasaba de un lado a otro jalando grandes maletas con rueditas, otras esperaban detrás de las puertas, podía ver sus rostros iluminarse cada vez que éstas se abrían.

—Es aquí donde confirmo que tomé la mejor decisión para mí —vi atravesar la puerta a un joven que corrió a abrazar a una mujer de pelo entrecano.

Ya era hora de pasar a la siguiente sala.

—¿Te hubiera gustado que él viniera? —hizo énfasis.

—Tal vez —me tragué el nudo que se hizo en mi garganta.

—No es como en las películas.

—La vida es más compleja, Sus. No es un cuento de hadas.

—Es tan difícil saber que he vivido engañada toda mi vida —cruzó los brazos.

Nos despedimos. Antes de pasar por la puerta automática, le hice prometer a Susana que me visitaría muy pronto, que llevaría consigo todos esos dulces picantes con los que me entretuvo durante mi estancia en la ciudad. Mi prima se quitó la pulsera tejida de color morado que llevaba

en la muñeca para dármela “Así recordarás todos los días que tienes a alguien aquí en México”, dijo. Yo no tenía qué darle. En cuanto tuviese la oportunidad, iría al *zuko*, le compraría un *payal*, de esas pulseras para los tobillos que Élika usaba todo el tiempo y que me desesperaba porque siempre hacía ruidito cuando caminaba.

Me tomó medio día dejar de llorar. Lloré por todo: cuando abracé a mamá; al viajar a casa en el taxi; por el viento fresco y familiar; en el momento en que me dejé caer en mi cama y pude abrazar mi almohada de Pooh; con la comida que la abuela y mamá prepararon; cuando trataba de platicarle de una sólo vez a Élika todo lo que viví en México. Cedí al llanto cuando Osmán apareció por la puerta de madera con relieves policromáticos garabateados que papá mandó tallar. Lloré de coraje y felicidad, de miedo y de tristeza. Le grité a Osmán un sinfín de palabras que tal vez juntas no tenían sentido, lo hice en diferentes idiomas. Las letras se empujaban en mis labios porque quería decirle, dejarle en claro que no había forma de que él tomara una sola decisión en mi lugar.

—“Merezco algo mejor, peligroso y alocado para entretenerme” —citó, como sentencia, a Meredith Duran, la novelista estadounidense que leí en México.

Osmán ya no estaba empeñado en que me casara con Nahúm, pero argumentó que debía contraer matrimonio en vez de exhibirme al bailar. Alegó lo mismo que escuché durante años y que no me interesaba volver a escuchar. Salí de casa, sin querer, azoté la puerta. No era mi intención hacerlo, eso realmente me parecía mucho drama. Élika me alcanzó.

—¿Vas a la vieja casa?

—En realidad, no —concluí.

—Acompáñame a la mía —sugirió mi amiga.

Caminamos juntas por las calles empedradas. La noche era fresca. Reinaba a nuestro alrededor un silencio inusual entrecortado por el ruido de la pulsera de tobillo de Élika que ya no me molestó, porque eso significaba que estaba en mi hogar. Había luna llena. Los faroles de las casas alumbraban las calles.

—¿Estás evitando hablar con Yamila? —preguntó.

—No sé qué decirle.

—Antes de irte de Córdoba, ¿pensaste alguna vez en tu futuro?

Sabía que me observaba aunque yo no la mirara.

—Considero que lo que tu madre hizo fue mostrarte otro mundo que estaba a tu alcance.

—¿Piensas que no habría hecho nada de quedarme aquí? —me detuve justo debajo del balcón de doña Otilia. La enredadera cubría todos los barrotes.

—Te veía bastante cómoda —contestó de inmediato.

Élika siguió caminando, la seguí. Llevaba las manos detrás de la espalda como mi profesor de italiano en la universidad cuando aplicaba examen.

—¿Por qué decidiste irte de tu casa? —pregunté.

—¿Quieres que te cuente ahora?

—Tenemos un largo camino por delante.

Élika asintió.

Nos separamos en donde el camino se divide, continué sola hacia el antiguo Alcázar de los Reyes Cristianos. El lugar donde Hugo y yo nos encontramos con la mirada por primera vez el día del festival de danza, cuando bailé un tema oriental, donde utilicé el velo de seda en color durazno tornasol. Fue en aquel lugar donde su mirada quedaría grabada en mi memoria para permitirme reconocerlo días más tarde, cuando nos volviéramos a encontrar en la Ciudad de México. Pude

llegar hasta el arco custodiado por dos leones que sostenían las antorchas que iluminaban la entrada. El recinto estaba cerrado. Decidí regresar al lugar donde todo comenzó, al menos, mi historia con Hugo. Me quedé ahí tratando de recordar el caos de aquel día, pero no podía concentrarme en nada más que en la última tarde en la que él y yo estuvimos en la Alameda. Llevaba todavía su nombre colgando de mi cuello, lo sostuve con fuerza. De la misma forma, lo arranqué. Escuché el ruido que hace el metal al caer cuando di la vuelta de regreso a casa.

Me habría gustado que Hugo viniera conmigo a Nueva York, sin embargo, su vida en México era lo que él siempre había planeado, según sus propias palabras. Tenía un trabajo estable, acababa de comprar un departamento, tenía planes a futuro. En la Ciudad de México estaba todo lo que Hugo necesitaba. Yo, por el contrario, comenzaba un camino que no sabía a dónde me iba a llevar, pero no quería detenerme. Mi objetivo era bailar; la compañía era el cañón y yo, la bala.

A Hugo le gustaban las tardes, comer en el departamento, la comida casera, hablar sobre historia, disfrutar de una película, prefería un concierto de música clásica; a mí me gustaba más la noche, salir a comer, ir a los teatros, platicar sobre novelas fantásticas, pasear por los parques, los conciertos de guitarra eléctrica, la batería, los bongos, las percusiones egipcias. Él mantenía las cortinas del departamento cerradas, yo las recorría para que entrara la luz. Él quería un perro, a mí no me gustan las mascotas. Yo compré un bonsái para su cocina, Hugo olvidaba ponerle agua. Él no mezclaba la música con otra actividad; yo me olvidaba del mundo exterior en un solo ensayo y necesitaba las notas musicales acompañando cada cosa que hacía. En una sola noche nuestra relación podría menguar y no me quedaría a comprobarlo. Me iba por la misma razón que jamás acepté mudarme al departamento: él quería construir una vida en casa, yo necesitaba más que cuatro paredes.

*Kaila lucía alrededor de su cuello el collar de Hugo. Mientras las parejas que ocupaban las bancas se ponían de pie y regresaban a sus trabajos, el violinista dejó de tocar, guardó su instrumento en el maletín vacío, segundos atrás, la gente pasaba, recogía de aquel estuche sus monedas. Ella terminó el beso fragmentario de él. Hugo le quitó el collar.*

*La hoja reverdecida que yacía en el suelo se elevó hacia la copa del árbol como atraída por un imán. Hugo soltó la mano de ella para colocar sobre su cuello el collar con el grabado en letras árabes. Kaila retiró la mano. Una madre iba hacia el parque seguida de dos niños y su balón. La gente ocupaba las bancas vacías. La chica de la banca vecina cerró el libro, lo guardó justo en el momento en que una pareja de enamorados se sentaba a su lado. Kaila regresó su mirada a Hugo y él, que se encontraba hincado, se puso de pie ante ella. Las gotas de lluvia se retiraban vencidas por los rayos del sol. Kaila y Hugo se alejaban dejando una banca vacía en la Alameda.*

El siguiente año, la profesora a la que suplí regresaría a ocupar su lugar. Todo volvería a una monotonía predestinada por el trabajo, las costumbres, los intereses. Hugo daría clases; yo, bailarían. Nuestra historia fue corta —siempre quise decir esa frase desde que escuché que Regina Mills se la dijo a Robin en un capítulo de *Once upon a time*, aunque nunca imaginé que lo diría tan rápido—. Tal vez debí decírsela antes de partir, cuando le entregué la llave.

Entré a mi casa, las luces de la sala estaban encendidas. Era tiempo de charlar con mamá.

Mi abuela me dio una taza de chocolate caliente con bombones pequeños flotando en la superficie. “Para el frío”, dijo antes de sentarse al lado de Yamila. En realidad, era sólo un pretexto para darme chocolate. Era curioso verlas a las dos porque mi madre, al lado de ella, parecía una niña reprendida con la mirada paseando por todos lados para evitar la de mi abuela. Margarita tenía para mí una gran personalidad: era una mujer de carácter fuerte y al tomar decisiones, no titubeaba. No todo le salía bien, pero afrontaba con firmeza las consecuencias, como cuando se casó con su primer esposo y su matrimonio sólo duró dos meses.

—No te quedarás mucho tiempo, ¿verdad? —rompió el hielo mi madre.

—¿Por qué lo dices?

—Por tu maleta, querida. No has traído ni la mitad de cosas con las que te fuiste.

—Yo me fui a la Ciudad de México porque quería cantar —interrumpió mi abuela.

—Creí que estabas escapando —argumenté.

—Sí, también eso. Mi sueño era cantar, no casarme.

—¿Y qué pasó?

—¿Has escuchado cantar a tu abuela? —se apresuró a decir Yamila.

—Ma —arrastré la última vocal.

—Tu madre tiene razón. Cuando llegué a la ciudad conseguí trabajo en una cantina. Una noche, le pedí al dueño que me dejara cantar en el lugar de la chica que no fue, él aceptó a regañadientes. Minutos después, me sacó por la puerta de servicio al ver que sus clientes se iban farfullando. Ya sé que ni el dueño era Cher en *Burlesque* ni yo tenía la voz de Christina Aguilera, pero no era justificación para que me despidiera. Tu madre heredó de mí el gusto musical.

—Pero no el talento —dijo Yamila.

La abuela y yo vimos la película cuando se estrenó en el cine una tarde después de que pasara por mí a la escuela. Margarita —me gustaba llamarla por su nombre, ella lo aceptaba como una especie de complicidad entre las dos— siempre buscaba momentos cinéfilos que compartir conmigo desde que vimos por octava vez *Flashdance*.

—Me aceptaron en la compañía de danza. Me voy a Estados Unidos.

Ambas dejaron de sonreír. La abuela, una mujer que siempre caminaba erguida se inclinó hacia mí. Mi madre cruzó la pierna y comenzó a jugar con una borla del cubre sofá.

—Hice una audición para la Compañía de danza *Make you stay* cuando estuve en México, ayer recibí la carta de aceptación. Vine aquí porque necesitaba verte, mamá y a ti también, abuela. Vine porque extrañaba mi casa, las extrañaba a ustedes, a Élika, pero debo irme de nuevo. Esto es lo que quiero, con lo que siempre he soñado. Por eso traigo una maleta pequeña. Quiero comenzar allá, no necesito llevarme muchas cosas de aquí. Cuando pueda, iré por las que dejé en casa de mi tía.

—“A veces para aprender a volar hay que saltar al vacío” —soltó seriamente Yamila.

—¿Estás citando una canción de OV7?

—Bueno, soy profesora de música y tu abuela no es la única que canta. Me sé muchas más canciones de las que les enseñé a mis alumnos aunque sólo las cante en la regadera.

Sonreí. Dejé la taza en la mesita de al lado para ir hasta donde mi abuela y mi madre. Me senté en medio.

—Sé que tal vez no era la manera de que encontraras tu camino, pero temí que estando tan acostumbrada a lo que tenías, ni siquiera te atreverías a buscarlo.

—¿Y si no lo lograba? —espeté a mamá.

—Confiaba en que sólo necesitabas una fuerte motivación. Eres lo suficientemente rebelde para lograr lo que te propongas —aseguró. Había dejado de jugar con la borla.

—Está en la sangre, hija —agregó mi abuela—. Tu madre permaneció con ustedes en España después de que tu padre murió, aunque escuchó muchas veces que no era la mejor opción.

—Tuve bastante apoyo —dijo mi madre y miraba a mi abuela.

—Las voy a extrañar en New York —tomé las manos de las dos.

—Puedo acompañarte hasta allá. Esta vida provinciana no es lo mío —dijo mi abuela.

Más tarde, miré el cuadro de la niña con el gato durante algunos minutos antes de dormir. Extrañaba a mi padre en cada momento. Para llenar el vacío de su ausencia, se me ocurrió tatuarme en una muñeca el par de grandes ojos de la niñita. Quizá no podía llevar conmigo a todos lados el cuadro que tanto le gustaba a papá, pero sí llevaría su esencia, aunque el tatuador no fuese precisamente Margaret Keane. En la otra muñeca, pediría la clave de Fa como representación de mi madre. Me los haría al llegar a New York.

Esa noche, soñé con Hugo. Al menos, fue él por unos instantes antes de que su rostro revelara los ojos aceitunados de Karim y la mano cálida de él sustituyera la del maestro siempre tan fría.

Caminábamos entre dunas que me quemaban las plantas de los pies, hasta que llegamos a una ciudad construida como Temiscira. No se escuchaba ni siquiera un murmullo. La gente que caminaba frente a nosotros, nos veían como si fuésemos fantasmas. Mis pasos sonaban al caminar, miré mi pie, llevaba un *payal*. Apretaba en mi otra mano lo que sabía eran unas castañuelas. Cuando nos miramos lo supe. Percibí que también quería trasgredir la única regla que escuchamos legislaba el pueblo: estaba prohibido bailar. Soné las castañuelas y entonces, desperté.

Existía dentro de mí una serie de emociones que no alcanzaba a descifrar, mucho menos a nombrar. Conocí una forma de la felicidad cuando llegué a New York junto con mi abuela y otra forma cuando abrí la puerta de cristal debajo del gran letrero que decía *Make you stay*.

Los primeros días, fue difícil adaptarme a la zona horaria del lugar, parecía que todo el día tenía sueño. El horario entre ensayos, reuniones y más ensayos, mantuvieron ocupados mis pensamientos en una sola cosa: la danza.

Trataba de hablar con mi mamá por lo menos tres veces a la semana, a veces hasta cuatro cuando Élika, quien seguía negándose a adquirir un celular, visitaba a mamá para tener noticias de mí. Susana, por el contrario, me enviaba a diario mensajes por *WhatsApp*. Y mi abuela había prometido visitarme en dos meses cuando terminaran sus días de asueto o iniciaran, según su perspectiva. Para mí ella siempre estaba de vacaciones.

A pesar de hablar inglés, la situación con el idioma se me complicaba. El acento andaluz delataba mi falsa procedencia. Por si fuera poco, extrañaba la variedad de platillos a los que mi tía Olga me acostumbró. Había chicas de todas partes del mundo. Los primeros días, todo era un caos mundial concentrado en un pequeño lugar. Por suerte para mí, encontré una compañera que hablaba algo de español —por lo menos nos entendíamos, a veces un poco mal, pero eso hacía divertida nuestra convivencia. Entre ambas, rentamos un pequeño departamento situado a unas calles de la compañía; estaba en un edificio maltratado, pero en realidad poco estábamos ahí.

Conocí personalmente a Jazzlyn Glower el primer día de preparación cuando tuve que formarme en la dirección para registrarme. Ella pasó a mi lado, la reconocí al instante. En mi cabeza había una voz que gritaba que corriera a abrazarla, sin embargo, mis piernas no correspondían a esa orden. La bailarina, a la que admiraba, se detuvo a saludar a algunas chicas

que de seguro conocía. Era un poco más baja de lo que se veía en el teatro. “Eso es presencia escénica. Hay que crecer en el escenario”, me diría Nadina. No podía creer que estuviese tan cerca de mí, ni de que yo me encontrara en Estados Unidos, ni de que hubiese sido aceptada en una compañía. Finalmente, me atreví a salir de la fila para saludarla cuando pasó a mi lado. La debí haber abrazado más de tres veces. Si hubiese estado en un concierto, los de seguridad me habrían apartado. Olvidé qué le dije o si le dije algo o balbuceé o sólo la abracé. Estaba emocionada, quería decirle todo lo que cambió desde la noche en que la vi bailar en Córdoba. Esa primer semana, ella se presentó ante las bailarinas recién reclutadas —éramos setenta por ciento mujeres, treinta hombres.

En un ensayo se nos informó el objetivo de la convocatoria para restablecer la compañía de danza: necesitaban reinventarse. Nosotras seríamos una nueva generación que debía buscar la reescritura del cuerpo a través del movimiento. Los siguientes meses, trabajaríamos con bailarines de distintas formas escénicas. El objetivo: incursionar en el performance. Nuestra primera misión sería participar en un evento que se realizaría simultáneamente en cinco sedes para el día de la danza: Estados Unidos, México, Argentina, Francia y República Checa. Se trataba de bailar por las personas a las que no les era permitido, para hablar por ellas a través de nuestro cuerpo. No podía creer que aún existieran lugares donde estaba prohibido bailar.

Más tarde, me dijeron que iría a México, al igual que nueve bailarines más y una coreógrafa —no estaba de más que nos acompañara para prepararnos con ejercicios de sensibilización. Nos dieron la oportunidad de elegir el lugar, yo propuse el lote baldío que alguna vez fuera una fábrica que se derrumbara en un temblor, el lugar donde cientos de mujeres perdieron la vida encerradas en cuatro paredes. Cuando les conté la historia, la mayoría de votos fueron a favor de mi propuesta.

En el transcurso natural de los días, los sentimientos que aún tenía por Hugo se cristalizaron como los fósiles en el ámbar. Permanecía su recuerdo como fotos pixeleadas, como una vieja película fragmentada.

Susana pasó una semana conmigo. En esos días de recorrer la ciudad de rascacielos, me acompañó al negocio de una artista que trabajaba con la piel como lienzo. Mi compañera de departamento me la recomendó. A partir de entonces, llevaría en las muñecas algo que me recordaba a las personas que más quería: los tatuajes, la pulsera morada, un *japa mala* —que Élika me dio— y una pulsera de plata con una bailarina colgando —regalo de mi abuela.

Respecto a Osmán, no volví a hablar con él, sigo sin hacerlo. Me costaba trabajo concebir que alguien quisiera seguir reproduciendo esos patrones donde una mujer es tratada como objeto. En muchas ocasiones me pregunté qué hubiese sido de nosotros si papá aún viviera, o si jamás hubiésemos ido a Córdoba.

Entonces, regresé a la Ciudad de México junto con las flores moradas en abril, los árboles frondosos, los shorts y las sandalias. Las tres noches previas al evento, el equipo de producción y las bailarinas nos dirigimos al lugar para reconocer el escenario, probar las luces. No había coreografía, sólo era cuestión de diluirnos entre las notas musicales. Fue ahí cuando volví a ver a Karim de quien no había sabido nada desde la vez en que nos abrazamos. Cambié mi número de celular al llegar a New York como una forma más de dejar atrás el pasado. El flash de su cámara llamó mi atención en un ensayo, después reconocí la Nikon y el brazo tatuado.

—¡Vaya! No me digas ¿Tú serás el fotógrafo?

—No. Él lo será —dijo al momento en que señalaba a un hombre de baja estatura y cabello rizado que gritaba como loco dando órdenes ininteligibles—. Sólo lo acompaño.

Susana me ayudó, la noche previa a mi presentación, a empacar mis cosas que aún estaban en su casa. Ahí encontré la sudadera de Hugo entre el montón de ropa que estaba en la

silla. Había olvidado que la tenía. Quizá fue la mezcla de olores cítricos que impregnó la habitación después de media noche lo que me impidió dormir. No me atreví a empacar la sudadera porque no supe qué hacer con ella. Esperaba que a la mañana siguiente, cuando la claridad del día se colara entre mis pensamientos, pudiera terminar de poner orden en lo que fue mi habitación, así como en mi cabeza. Tomé la sudadera y la abracé. Existía un sutil espacio, la ausencia de una persona que alguna vez estuvo allí. Ahora, era sólo un pedazo de tela con olor a naranja y clavo. Al final, la empaqué en alguna de las cajas que irían a casa en España. La doblé y guardé en una bolsa resellable de plástico para evitar que su olor o su recuerdo se esfumaran con el tiempo.

Mi tía y mi prima acudieron a la presentación de danza. El cielo nocturno hacía juego con la locación que el equipo armó en unos días. Era como entrar a un espacio que no tenía forma ni color. No había luz ni ventanas, sólo se sentía el viento que se colaba cada vez que alguien atravesaba el par de cortinas rojas. La voz de Sia fue mi llamada a escena. Todas vestíamos de negro así que nuestra presencia no se notaría excepto porque llevábamos luces led como parte de nuestro vestuario. *I put my armor on, show you how strong I am.* La noche era el velo, nuestros pasos las voces que denotaba nuestra presencia; como si fuésemos gitanas bailando por las calles de un pueblo donde no estaba permitido.

La danza se convirtió para mí en una forma de protesta. Bailaba por las personas que no podían hacerlo, por las mujeres a quienes se les prohibió, a quienes callaron. Bailaba para que mi cuerpo hablara si mi voz no podía ser escuchada. Era mi forma de ir en contra de las imposiciones de Osmán, de presentarme como la autora de mi destino, lejos de casa, en las calles, con cuerpo de mujer. Tenía una premisa en mi cabeza esa noche: “muévete para sacudir los recuerdos”, me dije antes de salir a bailar. Jazzlyn dijo que nuestra propuesta dancística era el inicio de una memoria histórica a partir de una voz, de un cuerpo, de varios cuerpos que escribían

una historia. Yo danzaba y el flash de la Nikon subrayaba una presencia de entre tantas esa noche. Karim y yo reescribíamos una historia desde el comienzo: dos “desconocidos” que coincidieron en el mismo lugar. ¿Cuántas formas de encontrarnos tenemos para esta vida? Al parecer, nuestro *maktub* era encontrarnos una y otra vez.

## Epílogo

Es la noche de la última presentación en New York. Mañana viajaremos a Madrid. Yamila y Margarita ya estarán ahí. Una falsa Notre Dame me espera para verme bailar. Alguna vez soñé que era una gitana, ahora lo soy, en este instante por lo menos en el que mis pies descalzos sienten el piso frío. Sé que la gente ha comenzado a llegar, que ahora, estarán ocupando sus lugares en la sala sobre las butacas rojas. Cuando esté en el escenario, no podré reconocer rostros, si es que hay alguno familiar. Después de esta función, viajaré con la compañía por Europa para presentar un espectáculo que ningún crítico ha acertado a nombrar: es jazz, ballet, contemporáneo, moderno, latino a la vez. Una vez al año, no hay reglas en *Make you stay*.

Escribo en mi libreta sentada en mi camerino, como ya es costumbre desde hace algunos meses, no puedo hacerlo ininterrumpidamente porque siempre hay algo más que hacer. Han dado ya la primera llamada. Estoy lista, llevo un pandero y un cintillo de moneditas. Me senté a escribir en mi diario la historia que Élika me contó aquel día en que regresé a Córdoba, antes de que la olvide como una forma de entender mi propia historia.

Decidí escribir las historias de las mujeres que me rodearon y que me rodean en este momento, porque es preciso para mí conocerla, preservarlas. Tal vez, sólo quedarán como un ejercicio propio, o alguien podría robar mi diario mientras estoy en escena. Mi intención es pasar este cuaderno a otra mujer. He pensado en la hija de Susana. Ni Élika ni yo consideramos la maternidad como una parada en este viaje. Quiero hacerlo para que ella continúe sumando más hojas que albergarán otras historias. Tuve la idea cuando vi un capítulo de los Simpson donde Lisa debe agregar un cuadro más a la cobija que ha sido bordada por mujeres durante varias generaciones.

Élika y yo compartimos más que recuerdos. Nuestras historias son similares.

Recuerdo que, mientras caminábamos hacia su casa en Córdoba, ella miraba hacia la calle, como si frente a nosotras su historia reviviera fantasmagóricamente.

*Cuando tenía once años, vi el cuerpo de mi abuelo hundirse en aguas verdes.*

La tarde que su abuelo murió, la casa parecía envuelta en humo de olores a canela y naranja. Ella recordaba muy bien aquel olor porque jamás volvió a tolerarlos. *Mi habitación fue invadida por fantasmas grises que llevaban el olor a muerte.* Bajó por las escaleras hasta la habitación donde las mujeres de la casa envolvían el cuerpo en una tela blanca. *Antes de que cubrieran su rostro, vi a mi abuelo abrir sus ojos y girar su cabeza hacia mí. Donde debían estar sus ojos castaños había sólo dos cuencos vacíos, tan infinitos que podrían conservar el universo entero.* Su madre —a quien nunca conocí y de la que poco hablaba— la tomó del brazo y la zangoloteó en el momento en que Sarayu atravesó el pasillo que conducía a la cocina. Su madre la soltó a petición de su abuela, quien se acercó para extenderle una mano. Élika se unió al resto de mujeres que tejía collares de flores amarillas y anaranjadas con hilo y aguja. A ella le tocó colocarlas en el cuerpo. *Hubiera preferido no hacerlo, regresar a mi habitación. El humo que entraba por mi nariz tenía un sabor amargo que duró semanas después del funeral.* Sarayu debió notar su inquietud al aventar la coronilla hacia el cuerpo inerte.

—No hay por qué temer, Élika, su alma ya no está aquí.

Y eso le dio aún más miedo que ver a su abuelo muerto.

Esa tarde, caminaron bajo los ardientes rayos del sol, detrás de los hombres que cargaban al difunto hacia el río. El calor era aún menos soportable que el habitual, la tierra quemaba sus pies calzados con sandalias. *Todo languidecía alrededor. Las casas, los puestos de comida, los rickshaws se volvían viscosos.*

—¡Estamos en el infierno! —le dijo a su madre, quien caminaba a su lado.

Ella se detuvo, volvió a sacudirla por los hombros. Las mujeres siguieron su camino en silencio con esa intención de no hacerse notar.

—¿Quién te ha hablado sobre el infierno, Élika?

—Sarayu dijo...

—¡El infierno no existe para nosotros! —gritó, luego se encogió de hombros porque ella también estaba rompiendo la regla de la inexistencia.

Su abuela le había hablado sobre otras religiones cuando volvía de la escuela, en las tardes en que su padre y madre salían de casa a cumplir con sus compromisos. *Entonces, conocí el cielo y el infierno, a Jehová, a Alá, a Dios...*

Cuatro hombres, incluyendo al padre de Élika, se sumergieron con el cuerpo sobre una camilla en el río Ganges. Era un ritual de purificación, según las tradiciones del lugar. Las mujeres tenían prohibido llorar, porque entonces impedían que el alma del muerto cruzase la puerta que lo llevaría al otro mundo. Se les había permitido asistir al funeral porque el padre de mi amiga así lo autorizó a petición de Sarayu. *Ella y el abuelo fueron muy unidos en vida.*

Cuando salieron del río, los hombres colocaron la camilla sobre las maderas a las que su padre les prendió fuego. Ellas se mantuvieron alejadas, en primera, porque no debían estar ahí; en segunda, porque podían ser consumidas también por las llamas —en algún momento en la India, las mujeres eran arrojadas a la hoguera para que acompañasen a su marido en el camino. Era un acto de inmolación o *sati*, como San Google señaló. Su abuelo no era un hombre santo, por eso su cuerpo no fue arrojado al río con una piedra atada a su cuello. Para que su alma se liberara tenía que explotar su cráneo en una pira.

Después de algunas horas de espera, recogieron los restos de los huesos y las cenizas. Sarayu bajó las escaleras y se sentó a una orilla del río. Su sari blanco se manchó con ceniza.

*Cortó su larga cabellera recogida en una trenza plateada.* Su cabello y lo que quedó del cuerpo, fueron aventados al río al caer la noche.

—¿Debiste arrojarte al fuego? —preguntó Élika cuando su abuela se sentó en una orilla de la cama—. ¿Como la princesa en el cuento?

—Años atrás alguien me habría obligado a hacerlo.

—Me gustaba tu cabello.

—A tu abuelo también —dijo antes de darle un beso en la frente.

Tardaría algunos años y funerales más, a los que no asistió, en comprender el que no se les permitiera asistir a los ritos funerarios.

Un año después, su padre y el de Amul, su mejor amigo de la infancia, les comunicaron la decisión de arreglar su matrimonio. A ellos la fecha propuesta les pareció muy distante y *casi irreal*. Mucho tiempo después, supo por su abuela que su padre había entregado algunas vacas como parte de la dote para que Amul la desposara en su momento —algo como lo que Osmán quería hacer conmigo, pero al revés. En la India, la familia de las mujeres pagan la dote y muchas no se lo pueden permitir, por eso las ahogan o las matan. *Mi padre pagó por mí, lo que me convertía en mercancía.*

En los meses que siguieron, el padre de Amul lo llevó a Inglaterra para que recibiera una mejor educación. Mientras tanto, a ella no se le permitía ir a la escuela. *El hecho de que las mujeres tuviésemos que quedarnos en casa para aprender sobre el hogar y prepararnos para ser una buena esposa y madre, no detuvo a mi abuela.* Sarayu le enseñó español y francés, que conocía por las amistades extranjeras con las que se relacionaba, como ya me había dicho, aparte del inglés e hindi, que obligatoriamente debía hablar con fluidez. Fue ella quien por las tardes, a escondidas, le leía pasajes de libros escritos por mujeres que no eran de su tierra y que, sin embargo, parecían hablar de ella, *hablaban de nosotras, de nuestro género.*

Cuando cumplió diecisiete años, acudió a la boda de su amiga Nadina. *Ella era apenas dos años más chica que yo.* La noche anterior, celebraron el *Mehndi*, que consiste en cubrir el cuerpo de la novia con figuras de henna en espera del *Palla Dastoor* donde los familiares del novio llevan joyas, ropas y regalos que Nadina debía usar en la celebración. En tanto las otras chicas dibujaban flores por todo su cuerpo, Élika se encargó de escribir el nombre del prometido entre olas y un ave en vuelo para que éste no lo encontrase en la noche de bodas, de ese modo, él debía darle un regalo y significaría, según las creencias, que ella dominaría en su matrimonio. *Traté de esconder muy bien las iniciales, no me agradaba que no tuviese la libertad de elegir sobre ella misma.*

El novio llegó a casa de Nadina seguido de su padre y amigos al día siguiente, montaba un caballo blanco. Los hombres se acercaron a la comitiva de la novia para intercambiar collares de flores rojas y amarillas. Las flores rojas se terminaron la noche en que las mujeres los hicieron y en su lugar, tejieron uno de anaranjadas y amarillas que le tocó al novio por ser el último en acercarse.

En el festejo a los novios, Sarayu se acercó a Élika.

—¿Tú boda fue así? —preguntó a su abuela.

—Yo no conocí a tu abuelo hasta ese día.

Sarayu llevaba sobre la frente un punto de ceniza y mi amiga, el *tika* en señal de que estaba prometida.

—Nadina tampoco conocía a su prometido.

—A diferencia de ti que sí conoces a Amul, Élika.

—¿Cómo sabes que estás lista para esto? —le preguntó.

—No tienes por qué estarlo.

—Mi padre cree que tener una hija es un castigo de los dioses; si no me casara...

—Debe ser tu elección —se apresuró a decir.

—¿En verdad?

Sarayu tomó las manos de Élika entre las suyas, eran cálidas y ásperas.

—Para eso me tienes a mí.

El resto de la celebración se entretuvo viendo a Sarayu conversar con un hombre de largas patillas negras y barba espesa. Platicaron animosamente durante mucho tiempo.

La tarde en el que el esposo de Nadina murió, a ella no se le permitió asistir al funeral. Élika corrió a su encuentro a orillas del río después de que su padre le informara que Amul regresaría en unos días y entonces celebrarían la boda. Hacía meses que Sarayu ya no vivía con ellos, el padre de mi amiga la corrió de casa al descubrir que un extranjero y ella tenían una amistad. *Yo sospechaba, aunque nunca lo mencioné, que era aquel hombre que venía de España con el que la vi platicando en la boda de Nadina.* Desde entonces, no sabía nada de su abuela. Cuando una mujer quedaba viuda, sus hijos debían encargarse de ella; sino los tenía, quedaba en una especie de orfandad. Que Sarayu se reuniera con un hombre, era una deshonra familiar. Aunque quiso contarle que Amul regresaría, tenía prohibido buscarla.

Llegó al río en el momento en que Nadina cortaba su cabello para arrojarlo. Las mujeres a su alrededor cantaban y oraban a Kali, diosa de la muerte, para que acompañara al difunto en su camino. *Nadina estaba sumida en un trance que no quise interrumpir.* Se sentó en uno de los escalones a esperar. En tanto permanecía ahí mirando a su joven amiga, Élika reparó en que se casaría en unos meses. *Si Amul llegase a fallecer tendría que cortar mi larga cabellera también.*

Élika se puso de pie en el momento en que una corona de flores anaranjadas y amarillas, como la que le puso a su abuelo el día de su funeral, emergió, como la que también debieron

ponerle al esposo de Nadina a su muerte, como la que le colocaron también el día de su boda porque se acabaron las flores rojas. *No quería cortarme el cabello. No estaba lista para casarme.*

Corrió lo más rápido que pudo hacia la Embajada de España que era la más cercana a su casa. Llevaba en la mano el pasaporte que robó de la habitación de su padre. *El viento me acuchillaba y quemaba en la cara.* Tocó la puerta. El español, que había visto platicar con su abuela en la boda, abrió. Estaba a punto de preguntarle por su abuela cuando Sarayu salió detrás de él. *Me extendió los brazos y ahí supe que todo estaría bien.*

En ese momento en que Élika me habló por primera vez de la razón que la llevó a huir de su casa —como yo también lo hice—, comprendí que ambas llevábamos cicatrices para compartir. Las cicatrices son como los tatuajes: mapas corporales.

Sé que al mismo tiempo en que escribo estas líneas, Élika se encuentra en algún lugar de la India haciendo eco, así la imagino. Ella también regresó a casa —por no decir a su hogar, donde su padre le negó la entrada—, pero tampoco lo hizo para quedarse; volvió porque le prometió a Sarayu que lo haría el día en que ella muriese para enterrar junto a su cuerpo los vestigios de un pasado que ya no le pertenecía. Mi amiga ahora viajaba, como Margarita lo hizo antes de quedarse en Córdoba junto a mi madre.

Cuando estoy a punto de salir al escenario, pienso en Yamila, Margarita, Élika, Susana, Olga, Jazzlyn, Nadina y todas esas mujeres con las que he coincidido en esta vida; porque fueron ellas las corrientes de aire, las olas, los leves movimientos de tierra que me impulsaron a más, las que transformaron mis alas que en un principio estaban hechas de un velo islámico en alas reales.

—*Second call!*— anuncia la chica del staff asomándose por la puerta entreabierta.

—*Thank you.*

Supongo, más bien, espero que en mi siguiente vida —sí, Élika me ha convencido de que existen y quizá Karim sea la prueba de ello—, mi amiga y yo volveremos a coincidir más libres, más rebeldes, más unidas. En ésta, las dos aprendimos que el *maktub* no está escrito para nosotras. Comencé escribiendo mi historia para iniciar una genealogía y así evitar que estas vidas caigan en el olvido, porque sin escritura, la historia no existe; el resto lo escribiré con mi danza.

# Instrucciones para salir de la torre

Sustento teórico de la novela a modo de poética

*Es difícil escribir en esta época, porque  
reina un gran prejuicio de género.*

*Efectos secundarios*

***Rosa Beltrán***

## Antes de la escritura, el caos

En estos días, llegué por casualidad al libro *La loca de la casa* de Rosa Montero. Dicen que nada es casualidad y que todo surge de una causalidad, de un destino ya escrito. Lo que yo pienso es que una vez que te sumerges en un tema, la información se revela ante ti. Es probable que esa información esté ahí, sólo que, como nuestros ojos no la buscan, pasa inadvertida.

Rosa Montero toca un tema que ha dado mucho de qué hablar desde hace tiempo, sobre si existe una literatura de mujeres. En este libro escribe que repetirá lo que alguna vez dijo en un simposio internacional sobre este tema, palabras que cito a continuación: “Cuando una mujer escribe una novela protagonizada por una mujer, todo el mundo considera que está hablando sobre mujeres; mientras que cuando un hombre escribe una novela protagonizada por un hombre, todo el mundo considera que está hablando del género humano”.<sup>1</sup> Más adelante continúa escribiendo sobre el tema: “Y ya va siendo hora de que los lectores hombres se identifiquen con las protagonistas mujeres, de la misma manera que nosotras nos hemos identificado durante siglos con los protagonistas masculinos, que eran nuestros únicos modelos literarios...”.<sup>2</sup> Las palabras de Montero me hicieron pensar en las novelas o cuentos que había leído antes de entrar a la carrera de Creación Literaria, los personajes literarios masculinos a los que les sucedían cantidad de cosas que se antojaban vivir, al contrario de los personajes femeninos a los que siempre les sucedía lo mismo: o morían o se volvían locas.

Indagando en mi historia lectora, pude recordar muchos cuentos de hadas que leí en la versión de Disney. Eran esos cuentos editados en hermosos libros con dibujos brillantes e historias con final feliz que le quitaban todo lo aterrador a las versiones originales y que surgían

---

<sup>1</sup> Rosa Montero. *La loca de la casa*. México, Alfaguara, 2016, p. 64.

<sup>2</sup> *Ibidem*, p.64.

como complemento, o *arte kitsch*, a las películas de la casa productora. *La bella y la bestia* y *La Sirenita* eran mis favoritos. Últimamente, Disney ha cambiado la forma de presentar a las princesas, ya que podemos encontrar historias de mujeres que salen de casa a perseguir un destino que no acaba en matrimonio; su destino se convierte en una búsqueda personal y un encuentro consigo mismas. Ejemplo de ello son las películas *Moana*, *Frozen* y *Rapunzel*. Esta última es la razón del título de mi poética. Siempre me he preguntado ¿por qué teniendo un cabello tan largo por el que podía subir su captora, Rapunzel, o Verdezueta para los Grimm, no lo usó para bajar de la torre en donde se hallaba encerrada? Rapunzel vivía veinticuatro por siete entre cuatro paredes y la vida emocionante transcurría fuera de ellas.

Eso me hizo pensar en mi novela, sobre todo en mi personaje principal. Kaila estaba custodiada por un dragón: su hermano Osmán. Pensar en Rapunzel y Kaila me llevó a una relectura de mi novela. Entonces, desde la lejanía de un par de meses, pude ver algo en mi novela que hace tiempo no: Kaila, mi personaje principal, no huye de un matrimonio forzado, tema que creí que era el motor de toda la historia—aquello era sólo “la gota que derramó el vaso”—, Kaila, en realidad, huye de un sistema que la encierra en un “destino por género” (en una torre) y esto es el *leitmotiv*.

Si bien cuando pensé en cómo titular esta poética tenía en mente a Rapunzel, también decidí el título a partir del encuentro de un dibujo de varias princesas haciendo una escalera humana afuera de la torre para ayudar a la princesa encerrada. Kaila era aquella princesa, Yamila, Élika, Susana, Olga, Jazlyn, y Margarita formaban una escalera. Cuando escribí la primera versión de *Maktub* no tenía nada de eso en mente, todo cambió, como es costumbre, en el proceso de reescritura, pero esa es otra historia u otro apartado de esta poética.

*Once upon a time...*

*¿Por qué escribes en inglés?... Once upon a time... ¿En serio comenzarás así?... Había una vez pero ya no... Como todas las historias...*

“Quiero escribir una novela, no un cuento”, pienso al ver en la hoja del cuaderno la única frase que se me ocurre. “En inglés tiene cierto encanto”, me contesto a mí misma. Supongo que es porque tiene un sutil aspecto de familiaridad, evoca recuerdos infantiles, ejemplos literarios en los primeros años de lectura. Es como si hubiésemos comprado en algún momento la idea de que al pronunciarlas se abrirían mágicamente las puertas a mundos que no conocemos. De niñas somos como Aladín frente a la Cueva de las Maravillas o como Alí Babá pronunciando las palabras mágicas para poder traspasar ese umbral: *¡Abracadabra!*, *¡Ábrete, sésamo!*, *¡Shazam!*, *¡Hocus pocus!*, *¡Sim sala bin!...*

*Once upon a time...*

Entonces, la borro. Es una novela no un cuento, me reitero.

Hace poco releí los cuentos clásicos en su versión original, después de tomar la clase de Mitología, mitos y arquetipos en la literatura y pude detectar un tópico en todos ellos: están llenos de mujeres hermosas, solas, encerradas, con sueños del verdadero amor y a expensas de las decisiones del destino —características que Disney siempre enfatizó—. Eran mujeres, muy jóvenes, que se pasan la vida esperando la llegada de un príncipe azul que las salve del encierro, o de una maldición de cien años, o de una madrastra malvada o del hechizo de una bruja; el príncipe las liberará, entonces, con el beso del verdadero amor...

Me preguntaba dónde quedaban esos personajes que salían al mundo a enfrentarse con la vida, algo así como Xena, la princesa guerrera —la de la serie de televisión que por muchos años vi—, que no esperaba que “mágicamente” se resolvieran sus problemas. ¿Dónde quedaban esos

personajes que hacían algo en tanto el “príncipe azul” decidía aparecer, o las que preferían no hallar a un príncipe? ¿Acaso todas las mujeres literarias deben tener el mismo destino con un “...y vivieron felices para siempre”? En realidad, esos personajes existían, eran pocos, pero estaban ahí esperando en otros lugares fuera de mi librero familiar.

Hace poco más de siete años, leí *Las mil y una noches* y me gustó la pericia de Scherezade para escapar de su muerte al contarle al sultán cada noche una historia que nunca llegaba al final. Pero aún así, la mujer vivió y tuvo hijos con un hombre al que no eligió. ¿Qué hubiese pasado si Scherezade, en vez de aceptar su destino de esta forma, hubiese peleado por su derecho a elegir y construir otro, o si hubiese escapado de su casa y recorrido cientos de kilómetros de extensas montañas en las que encontraría aliados y viviría aventuras para después regresar triunfal, librar la última batalla, ganar y obtener su libertad? Cuando me hice esta pregunta, supe que la respuesta —o una de las posibles— era lo que quería contar. Quería una protagonista que desafiara las reglas sociales.

Cuando tomé una clase de cuento, leí “Shere-sade” de Rosa Beltrán. La historia me encantó. Me gustó la idea de colocar dos personajes de distintas edades en mi novela. Supuse que ese margen de años nutriría la historia de forma distinta, sería diferente el trato entre ambos personajes. El cuento de Rosa Beltrán asentó la primera imagen de mi novela.

Rosa Montero dice en *La loca de la casa* que Sherezade “... sin duda debería ser nombrada la santa patrona de los novelistas”.<sup>3</sup> Tal vez, al concluir esta poética, pueda recurrir a ella en días en que mis dedos no tengan nada que escribir.

En otra clase, leí *El amante* de Margarite Duras y quedé fascinada con la historia, porque era otra versión de las relaciones desiguales, por llamarlas de alguna manera. Lo que había entre “el amante de Cholen” y “la niña blanca” no era permitido, era mal visto por la sociedad y por

---

<sup>3</sup> *Ibidem*, p.76.

ambas familias. El hermano mayor de ella me recuerda a Osmán. Lo que más me gustó de la novela de Duras fue que, al final, no se quedan juntos por ciertas circunstancias de la vida. Ahí había una historia más real, más tangible que el “vivieron felices para siempre”.

Nota:

Kaila no se queda con Hugo

### **Yo lectora, yo escritora**

En las novelas que leí durante años, las protagonistas buscaban alcanzar el matrimonio para conseguir su final feliz. Carmen Martín Gaité dice que “...la relación apasionada del lector con determinados libros, esos que dejan huella especial en él y remueven su pensamiento y su fantasía disparándolos hacia derroteros inesperados, está condicionada por las circunstancias personales que rodean al encuentro”.<sup>4</sup>

Durante algún tiempo, todo lo que escribí tenía un sabor a cuentos de hadas.

El primer personaje femenino, con el que me topé con un final distinto, fue Madame Bovary. Emma Martinell Gifre, en el prólogo que escribió para el libro *Desde la ventana*, habla de personajes femeninos como Emma Bovary y Ana Azores “...que, cuando pugnan por emerger de un entorno que las asfixia, debido quizá al deslumbramiento de escenarios más deseables entrevistados en sus lecturas, no hacen más que acercarse al sol y quemarse con su luz”.<sup>5</sup> Si estos personajes salían de su destino establecido por género, si traspasaban esa línea encontraban la locura o la muerte, o bien, una llevaba a la otra.

---

<sup>4</sup> Carmen Martín Gaité. *Desde la ventana*. España, Espasa Calpe, 1987, p. 25.

<sup>5</sup> *Ibidem*, p. 9.

Mientras Emma Bovary deseaba vivir las aventuras de las novelas rosas que leía, yo leía también sólo novelas donde, si las mujeres se atrevían a cruzar el umbral de su casa, tenían un único final. Emma fue un personaje que rompió con la tradición social impuesta en el siglo XIX, o sea, rompió con su “destino por género”, desafió el papel de la maternidad, salió de casa en busca de una persona con quien vivir lo que en su matrimonio no le era posible. El personaje no encajaba en el molde de madre y de esposa ejemplar de aquella época; tal vez por eso, Flaubert, inspirado por la realidad vista en una nota roja de periódico, pensó que su mejor destino era que Emma ingiriera arsénico para suicidarse. Tal referente ha sido este personaje que traspasó los límites de la literatura y dio nombre a una patología psicológica: el bovarismo, que consiste en una frustración por comparar la realidad con la fantasía, básicamente, es comportarse como Emma.

Otro ejemplo de ello es Ana Karenina, que se casa con Alexiei bajo la insistencia —o chantaje— de la tía de ella. Él, hombre perfecto, inteligente y con ambiciones, ve a Ana como un complemento en su exitosa vida. Ana cumple su papel de “mujer obediente”: madre y esposa, pero encuentra en Wronsky la ventana por la que sus verdaderos deseos pueden tomar forma; sin embargo, no sucede la historia como ella deseaba, por lo que termina odiándolo y amándolo a la vez. En este estado de locura, ella se suicida, quizá por venganza, porque su amante no la ama como ella necesita.

En un ensayo, la escritora Ligia Urroz analiza a tres personajes femeninos, resultado de sus estudios en literatura comparada, y manifiesta que “...las tres mujeres que protagonizan estas historias tienen una caída en la inmanencia infligida por sus sociedades, por todo lo que les rodea. El gran mérito de ellas, de Marji, Celie y Adèle es que pudieron trascender a esas caídas y

realizar sus proyectos como seres trascendentales”.<sup>6</sup> En estas novelas ya no aparece la muerte de las protagonistas como sinónimo de la mujer perfecta, porque la perfección, solamente, se podía alcanzar con la muerte.

Los cuentos de hadas marcaron mi infancia y fueron siempre un referente para mis siguientes lecturas, y después también, cuando mi escritura sucumbió a ellos. El destino era un tema que constantemente coqueteaba con los personajes en los cuentos; los hombres literarios lo encontraban en el camino del héroe, mientras que las mujeres en el matrimonio.

Destino. ¿Qué destino tendría Kaila?

---

<sup>6</sup> Ligia Urroz. *El color púrpura, Persépolis y la Vida de Adèle: un ejercicio de literatura comparada desde una perspectiva de género*. México, Narratio, 2019, p. 22

## Ouróboros: la historia que se repite

El ouróboros, la serpiente que se muerde la cola, representa la naturaleza cíclica de las cosas. Para mí, es un referente a aquellas historias que siempre cuentan lo mismo, en este caso los personajes femeninos con la misma historia o desenlace.

¿Qué otros nombres existen para nombrar al destino? Para los griegos existía Ananké, diosa de la inevitabilidad; para los romanos era Fatum; Serendipia significa descubrimiento inesperado y Maktub, palabra árabe, “estaba escrito”. ¡Ese sería el título! MAKTUB, así en árabe por aquello del ambiente de *Las mil y una noches*. También porque quería que Kaila estuviera rodeada de esta cultura, desde el origen de su familia paterna, la danza, su presente e historia con su hermano. Kaila llevaba consignada la sentencia que debía cumplir. Toda la novela giraba alrededor de un destino ya escrito como inamovible: casarse con Karim, porque quedarse con Hugo no era posible. Quizá mi protagonista no era una princesa o una plebeya soñando con el día de su boda con un príncipe, no tenía corona, ni pies pequeños, ni capacidad de comunicarse con los animales, ni una madrastra malvada, ni hermosura descomunal que hasta muerta o dormida la hiciese ver bien; no obstante, tenía algo que todas ellas también: un hombre como su destino.

Al parecer, el destino de las mujeres era estar en casa, en cuartos específicos como la cocina o desempeñando un segundo papel en la maternidad, “...un destino tan monótono, tan arbitrariamente asignado y tan modesto”.<sup>7</sup> Pocas atravesaban el campo minado. Para ellas, que permanecían y aceptaban su “confortable” historia, la vida transcurría. Su vida pasaba por enfrente mientras, más allá de la ventana, los hombres literarios vivían toda clase de aventuras a donde la imaginación del escritor pudiese llevarlos. Carmen Martín Gaité menciona que “más de

---

<sup>7</sup> Rosario Castellanos. *Sobre cultura femenina*. México, Fondo de Cultura Económica, Tercera reimpresión de la primera edición, 2018, pág. 78.

la mitad de las novelas escritas por hombres en el siglo XIX tienen por protagonista que desde la rutina de su vida matrimonial sueña, apoyándose en modelos literarios, con vivir aventuras pasionales, nunca en tomar en verdad las riendas de su existencia como pensantes”.<sup>8</sup>

El vínculo de estos personajes con el exterior era a través de la ventana donde todo trascurría sin que ellas fuesen parte de aquellas historias. En versión de la cantante Yuri, en la canción *Detrás de mi ventana*, veían pasar al destino, un destino que no les pertenecía.

Siguiendo el ambiente árabe de *Las mil y una noches*, situé a Kaila en Marruecos, luego lo cambié a Córdoba, España. Esencialmente, ella debería hablar español porque quería trasladarla a la Ciudad de México, un lugar conocido por mí. Pero quería que ella tuviera esa conexión con la cultura árabe, cultura con la que me obsesioné durante algún tiempo. Comencé por su familia y elegí a una madre mexicana y un padre español, pero no me seducía escribir del padre como personaje viviente, así que preferí hablar de él sólo en los recuerdos de la protagonista. Lo que me interesaba era hablar de una cultura que se transmite, los patrones que las generaciones aprenden y repiten. En la cultura musulmana, si falta el padre, quien toma el mando es el siguiente hombre. En el caso de *Maktub*, los padres de Kaila son católicos, pero Osmán se convierte al islamismo al vivir cerca de una comunidad musulmana y permearse de su cultura. Entonces, Osmán toma el lugar de su padre como hombre de su casa.

Para Robert McKee son importantes los personajes que rodean al protagonista porque es a través de ellos que éste o ésta, en mi caso, reacciona de formas diversas. “La creación y el diseño de los personajes A, B, C y D, están dictados por las necesidades del protagonista. Son lo que son, principalmente para hacer clara y creíble, a través de la acción y la reacción, la

---

<sup>8</sup> Martín, Op. Cit, p. 47

complejidad del papel central”.<sup>9</sup> De los demás personajes que rodean a Kaila hablaré más adelante.

En la cultura musulmana las mujeres también deben aspirar al matrimonio, no por voluntad ni por decisión, sino por destino de género, y son los hombres de la familia quienes se encargan de arreglarlo. Lo que llevaría a mi protagonista al otro lado del mundo era huir de un matrimonio forzado. Consideraba aquella la mayor proeza de rebeldía que Kaila podía realizar.

Sin embargo, quería enfrentar a Kaila a situaciones que la llevaran más allá de su hogar, pero me topaba con pared. Los personajes femeninos, de los que tenía referencia en la literatura, estaban dotados de virtudes físicas, tales como tener un rostro “angelical” o pies pequeños y únicos, hasta podían hablar con los animalitos del bosque, pero carecían de habilidades como la fuerza, inteligencia, pericia, decisión, eran incapaces de brillar por sí mismas. ¿Por qué a Aurora las hadas madrinas le entregan los dones de la belleza, melodiosa voz y el hecho de que sólo caiga en un profundo sueño y no la dotan de inteligencia, iniciativa y gracia, por decir otros ejemplos? Y dejan atrás la belleza como último recurso o sólo un complemento. Para ser la protagonista de la historia se pasa más de la mitad del tiempo dormida. Rosario Castellanos dice:

Supongamos, por ejemplo, que se exalta a la mujer por su belleza. No olvidemos, entonces, que la belleza es un ideal que compone y que impone el hombre y que, por extraña coincidencia, corresponde a una serie de requisitos que, al satisfacerse, convierten a la mujer que los encarna en una inválida, si es que no queremos exagerar declarando, de un modo mucho más aproximado a la verdad, que en una cosa.<sup>10</sup>

O un animal que puede ser comprado, como Kaila se lo dice a Osmán y a Yamila la noche en que su hermano le informa que arreglará su matrimonio con Nahúm.

Hasta hace algunos años, los personajes femeninos eran sólo “las depositarias del honor masculino”. ¿No las convertía eso en un objeto? Si participaban lo hacían sólo de forma pasiva en

---

<sup>9</sup> Robert McKee. “Estructura y personaje” en *Estudios cinematográficos*. CURL, #28, septiembre-noviembre 2005, p.

<sup>10</sup> Rosario Castellanos. *Mujer que sabe latín...*, 4ª ed., México, Fondo de Cultura Económica, 2017, p. 10.

los roles ya concebidos: objeto del deseo, premio al ganador, la encarnación del mal, la madre abnegada, la joven enamorada, la buena-la mala, María y Eva. Y Kaila ¿qué versión de todas ellas sería? ¿La buena, buena o la mala, mala?

En la literatura, si no eran las hechiceras que tentaban al héroe, como Circe a Ulises, se convertían en las madres, esposas, hijas que, por alguna razón de manifiesto divino, vivían entre cuatro paredes como si no hubiese nada más allá del horizonte, permanecían en su casa o eran confinadas a la cocina.

➤ *Inserte aquí “Lección de Cocina” de Rosario Castellanos* ◀

Tita, el personaje principal de *Como agua para chocolate*, por ejemplo, tenía un destino claro desde que nació: la tradición familiar la confinó a ser la cuidadora de su madre y a no poder realizar su vida, ni a casarse. En la historia, Tita se cuestiona sobre dicha tradición: “le agradecería tener conocimiento de quien había iniciado esta tradición familiar”. Tita era muy buena cocinera, hacía magia con sus comidas. Desde muy pequeña se había pasado la vida cerca de la estufa al lado de Nacha, la mujer encargada de la cocina en su hogar. Este personaje se pasa la novela intentando salir del patrón al que fue confinada, desafía la autoridad de su madre y, al final, tras rebasar las líneas que delimitaban su destino, una y otra vez, no puede conseguir en vida quedarse al lado de quien amaba.

Sara Sefchovich, escritora mexicana, manifiesta que:

Se ve a las mujeres a través de las funciones que tradicionalmente han desempeñado en la división del trabajo y de los mitos elaborados en torno a ellas. Y entonces se atribuyen como naturales a la femineidad ciertas características que remiten siempre al papel de las mujeres a la maternidad: compasión, paciencia, sentido común, no violencia. La mujer como cuidadora, como madre tierra, como si estuviera por debajo, por encima o más allá de preocupaciones o

posibilidades de los varones tales como la ley, la razón, las ideas abstractas. Estas imágenes son tan viejas como el tiempo.<sup>11</sup>

Viene a mi cabeza el cuento de “La Sunamita”, de Inés Arredondo, donde la mujer es obligada a contraer matrimonio *in articulo mortis* con su tío moribundo, como pretexto para dejarle la herencia. Y el tal tío, en vez de morirse, va mejorando. Luisa narra que todos los que estaban ahí, a la espera de la muerte del viejo, la rodearon, la cercaron sin darle oportunidad de decir NO: “Pensándolo bien, el no aceptar es una falta de caridad y de humildad”,<sup>12</sup> dice una voz. Otra vez, la imagen de la mujer compasiva, la mujer cuidadora, la que deja todo por los demás y la culpa, como instrumento de poder para los demás. La protagonista huye un día, aunque regresa para, tiempo después, por fin convertirse en viuda.

La historia del cuento me transporta al oriente del globo terráqueo y me lleva a *Las vírgenes del paraíso* de Bárbara Wood, donde la protagonista, al regresar a “casa”, como Luisa, se ve envuelta en una problemática de la condición de la mujer en la cultura musulmana. Por ello, la historia de Kaila inicia así, con un sueño en donde ella es la siguiente esposa del califa. Nuevamente, la mujer como objeto: “Quizá esa mujer de grandes caderas, que ni la ropa holgada ni el tiempo escondían, ya no era llamada por la noche a satisfacer los deseos carnales del califa. Quizá por eso, él me había aceptado como pago a la deuda de mis padres. Quizá ahora yo le pertenecía”. Este sueño, no muy lejano a su realidad, puesto que también tendría que casarse con alguien que no era de su elección, se convertiría en el *leitmotiv* para tomar todas las decisiones siguientes. Qué mayor fuerza y motivo que hacer lo que nos dicen que no hagamos.

A diferencia de Luisa en el cuento de Arredondo, Kaila no se dejaría llevar por la culpa. Ese sentimiento es también recurrente en los personajes que se atreven a desafiar su rol, o cuestionarlo.

---

<sup>11</sup> Sara Sefchovich. *¿Son mejores las mujeres?* México, Paidós, 2011, p. 30

<sup>12</sup> Arredondo, Inés. *Cuentos completos*. México, Fondo de Cultura Económica, Colección Letras Mexicanas, 2011.

A pesar de que Kaila se toparía con un dragón (Osmán), contaría con herramientas que la ayudarían a escapar de la torre, como en la imagen de la que hablé en la introducción. Yamila jugaría un papel importante para su hija al igual que su abuela, Margarita, quien sería la primera rebelde de su familia.

Las mujeres que rodeaban a Kaila tenían que jugar un papel importante en su historia.

## El mito del amor romántico

*Este concepto de la felicidad, que florece en la novela rosa, ha permanecido incólume a pesar del descubrimiento de la fisión del átomo y de que los astronautas hayan posado ambos pies en la luna. El público quiere dormirse escuchando el mismo arrullo, el mismo sonsonete. Lo único que cambia es la decoración.*<sup>13</sup>

Tenía en claro dos cosas para mi historia: la primera, una mujer sería una protagonista; la segunda, no se quedaría quieta. Admito que la idea de contar una versión más de un amor romántico, idílico e imposible, pasó por mi cabeza e inclusive fue, en un principio, el hilo conductor de todo lo que mi protagonista haría. Hasta hace unos años, uno de mis libros favoritos era *La reina sin nombre* de María Gudín. En la historia, Jana es una princesa que es obligada a casarse con un rey malvado en contra de su voluntad porque era lo que le correspondía como mujer y princesa. Ahora que lo escribo, pienso inmediatamente en Kaila. ¿Acaso no era la misma fórmula? Me sentía cómoda, debo admitirlo. “El amor ha sido el opio de las mujeres”, señala Kate Miller. Pero, si no era de amor, ¿de qué otra cosa podría hablar?

Para comenzar debía nombrar a mi protagonista. Quizá el nombre me dijese por qué caminos debía transitar en la historia, el nombre siempre ha sido una señal de identidad. Por ejemplo, William Wilson no quiere que una hoja blanca sea manchada al nombrarlo, ¿por qué? Si leemos la historia de Poe, lo descubriremos. Desde el inicio, la humanidad ha nombrado todo aquello que pasa por sus ojos. En las religiones existen ciertos rituales donde nombran al bebé, como el bautismo en el catolicismo o la ceremonia del Namkaran Sanska en el hinduismo. Hasta

---

<sup>13</sup> Castellanos, *Mujer que sabe latín...*, Op. Cit., p. 109.

los demonios se combaten diciendo su nombre. En fin, el nombre siempre es importante para una historia.

No recuerdo en qué lugar escuché el nombre de Kaila o Keila o si lo soñé, lo que es muy probable porque los sueños forman parte de mi escritura, pero, sobre todo, de la reescritura de *Maktub*. Cuando me senté a escribir mi novela, busqué en Internet su significado para poder nombrar a mi protagonista. Navegando en la red, descubrí un listado de nombres árabes y entre ellos aparecían esos dos. Kaila significa “niña sabia” y es una variante de Katherine o Keila, según sea el caso, en hebreo significa “ramo de laureles” y en griego “pura, limpia”. Decidí, entonces, tomarlo como una epifanía de que era el comienzo perfecto, lo que me lleva a pensar si es parte esencial de las escritoras ser supersticiosa.

Si la vida de algunas mujeres en la literatura comenzaba en el momento en que contraían matrimonio, la de Kaila también, porque a partir de que se casaba con Karim salía al mundo tomada de su mano. El matrimonio se convierte en un premio al que hay que aspirar. Su destino era esperar. Se convertían en entes pasivos, porque, de lo contrario, su actitud era severamente castigada por la ética social. Kaila engrosaría la lista de este tipo de personajes que, como dijo Rosa Beltrán, han sido descritos en su mayoría desde una visión masculina. Mi protagonista era una Rapunzel más que esperaría pacientemente desde su torre a que alguien decidiera rescatarla. “La muchacha es feliz porque en vez de consumirse en la árida soltería del pueblucho se casa en la catedral de la provincia con el dueño del castillo”.<sup>14</sup>

Kaila saldría de casa y viajaría a otro país con tal de librarse de las cadenas de un matrimonio arreglado por su hermano mayor —quien tomó el lugar como “jefe de familia” a falta de su padre—, sin embargo y, a pesar de que pareciera que recuperaría su capacidad de elección, al final, sería salvada por Karim, un príncipe, que la liberaría de toda deuda marital. Esto sólo

---

<sup>14</sup> Castellanos, *Mujer que sabe latín...*, Op. Cit., p. 109.

para que Kaila se viese obligada a “decidir” casarse con Karim como una forma de dar las gracias por su desinteresada acción. ¿No era esta una forma de encasillar en las mismas historias a Kaila? ¿No era la misma fórmula de la princesa custodiada en una torre por el dragón a quien el príncipe tenía que salvar? *Se sentía en deuda con Karim. Él había cumplido su promesa de regresarla a México sin obligarla a contraer matrimonio...*

Cuando en una clase de Novela alguien me dijo que el tema de mi novela era el amor, la idea tuvo eco en mi cabeza durante algún tiempo. En algún momento decidí quitar a Hugo para que no le estorbara y fuese feliz con Karim y entonces maté al personaje. Después, otra persona, me dijo que era mejor dejar a Hugo sin lo que más quería —Kaila— y lo reviví. En muchos casos, el amor resulta para estos personajes fatal o funciona como un sismo que mueve los cimientos y las estructuras, y revuelve los caminos que la llevarán hacia su verdadera voluntad. En ocasiones, los personajes femeninos al borde del enamoramiento dejan pasar oportunidades para realizarse personalmente, y así ocurre también en la vida real. En una primera versión de mi novela, Kaila anteponía su relación con Hugo a sus oportunidades profesionales. No era necesario que presentara a Kaila como un personaje solitario, llena de recuerdos, perdida en el sinsabor de una relación sin futuro. Sólo era cuestión de que ella supiera elegir y no se rindiera frente al rol tradicional del matrimonio. Hugo no era el obstáculo que Kaila debía saltar, ni siquiera Karim. Entendí que debía darle una característica que no tienen las princesas en los cuentos: voluntad. Así que no maté a ningún otro personaje y dejé que Kaila luchara por lo que más quería, le cambié el motor y la dirección.

Hugo era parte de su historia. Por él desafiaba esa primera idea social que causa tanto revuelo sobre las parejas de distintas edades. Hugo tenía que estar ahí, pero no podía presentarlo como un grillete para ella. En cambio, Karim, de ser su príncipe valiente, pasó a ser ese personaje que aparecía casualmente. No habría una lucha de espadas entre ambos personajes masculinos

por el amor de Kaila, no serían ni siquiera los motivos de las decisiones de ella, no habría coerción de mi parte para que eligiera a uno de ellos. Al pensarlo de esta forma, la historia tomó su propio curso.

## El ejercicio de reescritura

*Reescribir es una práctica a través de la cual se vuelve a hacer algo que ya había sido hecho con anterioridad, eso es cierto. También es cierto que el proceso de reescritura deshace lo ya hecho, mejor aún, lo vuelve un hecho inacabado, o termina dándolo por no-hecho en lugar de por hecho; termina dándolo, aún más por hacer. Reescribir, en este sentido, es una práctica sobre todo con y en el tiempo. Reescribir, en este sentido, es el tiempo del hacer sobre todo con y en el trabajo colectivo, digamos, comunitario e históricamente determinado, que implica volver atrás y volver adelante al mismo tiempo: actualizar: producir presente.<sup>15</sup>*

Reparé en lo que estaba escribiendo hasta el octavo semestre de la licenciatura en Creación Literaria, cuando tomé la clase de Narrativa escrita por mujeres a partir de *Un cuarto propio* de Virginia Woolf. A partir de las lecturas de clase, comprendí que el trabajo de varios años navegaba sin una bandera: perspectiva de género. Entonces, supe que tenía una necesidad de reescribirla. Continuaba reproduciendo los mismos arquetipos femeninos en mi escritura —no sólo en mi novela, sino en varios cuentos también— y era necesario sacarlos de ahí.

La doctora Laura Alicino, profesora en la Universidad de Bolonia, dice que “es en el mundo de las infinitas posibilidades del lenguaje, que se puede empezar a subir la voz. Si es verdad que la salud de una sociedad se mide también por la de su lengua, como sostiene Adolfo Castañón, entonces es trabajando primeramente con el lenguaje que se pueden evolucionar, acaso

---

<sup>15</sup> Josefina Ludmer. “Literaturas postautónomas” citado en Rivera Garza, Cristina. *Escribir no es soledad*. México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2014.

también subvertir, ciertos paradigmas”.<sup>16</sup> La frase “Saquen a sus personajes del lugar donde todo mundo los coloca”, que escuché en el aula, me hizo reflexionar sobre la historia de Kaila.

Kaila sufrió una transformación a medida que el curso de Narrativa escrita por mujeres... avanzaba. En un principio, era sólo una chica que se dejaba llevar por el viento como una hoja que ha caído de un árbol. Sus decisiones estaban claramente marcadas por el destino de mi tinta, después de las teclas. *¿En qué momento pasamos de ser escritoras de tinta a escritoras de ordenador?* Ella parecía no tener conciencia de hacia dónde iba su vida —al parecer yo tampoco. Su historia giraba en torno a su relación poco estable con Hugo. La protagonista carecía de objetivos, veía el matrimonio y la maternidad como el fin que debía alcanzar. Era una Sunamita más cumpliendo con lo que “se debe hacer”.

La reescritura no era para nada una tarea fácil. No se trataba sólo de escribir una novela en la que ahora quien recorriera el camino del héroe fuese una mujer; se trataba de mi conciencia sobre dónde estaba insertando a estos personajes femeninos en mi escritura para desautomatizar un rol que, a su vez, permea una sociedad y un contexto sociocultural. No se trataba de escribir la “versión femenina” de las historias, sino de crear nuevas para ellas. En palabras de Vivas Lacour, doctora en estudios hispánicos, se trata de deconstruir los roles sociales desde la ficción. Rosario Castellanos dice:

A la literatura se puede ir como a un camino, amplio o estrecho, pero largo, que conduce a quien lo transita lejos de sí mismo. A la literatura puede uno acercarse como a una puerta para salir del propio encierro, para trascender, para romper el férreo círculo de la individualidad, para lograr que la serpiente del pensamiento, del sentimiento, de las sensaciones, deje de morderse la cola. A la literatura puede tomársela como un espejo. Pero como el espejo de Saint-Real, colocado a la orilla de un camino por donde discurren los demás, camino que se vierte en el cristal y duplica en él sus acontecimientos. La literatura es una imagen del mundo, de un mundo “ancho y ajeno”. El estilo, lo inconfundible, lo peculiar de cada autor, es el punto de vista en el cual se coloca para la contemplación de ese mundo, la sección de realidad que capta, el ambiente que retrata. Con

---

<sup>16</sup> Laura Alicino. “Mexicanerías”: una mirada desde la literatura a las mujeres desde la sociedad mexicana del Siglo XX. *El tlacuache, suplemento cultural*. Año 2013, número 592, Morelos, Oct 20, p. 3.

qué palabras. En qué substantivos hace que se transmuten los objetos, con qué adjetivos los califica, es decir, los señala; con qué luz, con qué color, con qué matiz los ilumina.<sup>17</sup>

Si bien, Kaila no saldría al mundo para recorrer los doce estadios del héroe de los que nos habla Campbell, tampoco se quedaría encerrada en la torre.

Brianda Domecq, novelista mexico-americana, en su ensayo *Mujer que publica, mujer pública* manifiesta que “Con una voz, una identidad individualizada y un cuerpo propio (a veces cuarto también), las ensayistas, escritoras y sus personajes traspasan el umbral de la sala de estar woolfiana y salen a enfrentar la realidad y el mundo tal cual”<sup>18</sup>. Quería proporcionarle a Kaila las herramientas necesarias para enfrentarse a un mundo. En primera, tenía que darle una vida fuera del hogar. Como señala Carolyn Heilbrun, novelista y académica estadounidense, a los personajes femeninos “...se les ha privado de narrativas, o textos, tramas o ejemplos con los que podrían tomar el control sobre —el control de— sus vidas”<sup>19</sup>. En otras palabras, me sentía comprometida no sólo con Kaila, sino también con un grupo de autoras de los siglos XX y XXI que han transgredido esta escritura desde una visión masculina y que buscan romper con lo ya establecido. Entonces, me gustó la idea de trazar un nuevo camino para mi protagonista. Me parecía más atractiva la idea de ver a Kaila desafiando sus propios límites, buscando dentro de sí lo que en verdad quería, mostrando una nueva visión del mundo que recorrer con ella el mismo sendero tan conocido y transitado. Para Carmen Martín Gaité:

la crítica feminista se manifiesta a través de dos aspectos que conviene diferenciar. Uno es el de la mujer como lectora, que abarcaría una reflexión sobre la interpretación que hace la mujer de los textos literarios a que tiene acceso y que van condicionando su visión de la vida. El otro

---

<sup>17</sup> Castellanos, *Sobre cultura femenina*, Op.cit, p.p. 208-209.

<sup>18</sup> Brianda Domecq. “Mujer que publica, mujer pública” citado en Nora Lizet Castillo Aguirre. *La identidad femenina dentro de la novela*. México, Centro Virtual Cervantes, 2004.

<sup>19</sup> Carolyn Heilbrun. “Writing a Woman’s Life” citado en GOLUBOV, Nattie. *La crítica literaria feminista. Una introducción práctica*. México, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, 2012, p.34.

aspecto sería el de cómo plasma esta visión de la vida en los textos literarios mismos de que ella es autora.<sup>20</sup>

Mi compromiso también estaba con las siguientes generaciones de escritoras y estudiantes de la carrera en Creación Literaria, así como con posibles lectoras, porque hay que ofrecer nuevos modelos de mujeres en los que podamos mirarnos. Por ello, mi novela y poética son una propuesta para escribir desde la perspectiva de género porque, “para elaborar una poética feminista que gire en torno a la creatividad de las mujeres, para lograrlo, es necesario que elabore «su propio objeto de estudio, su propio sistema, su propia teoría y su propia voz»”.<sup>21</sup>

### **El centro de la novela**

Orhan Pamuk dice que toda novela tiene un centro, la idea, tema o inspiración sobre la que el autor escribirá y que “...durante el proceso de escritura, esta inspiración cambia de dirección y forma”.<sup>22</sup> Desde un principio, me interesaba escribir sobre el destino de los personajes femeninos en la literatura, por ello elegí a una mujer como protagonista. El destino como centro de la novela, como tema y eje central, fue el hilo conductor durante el proceso de escritura y, también, al reescribir. Sin embargo, el destino de Kaila que, en un principio, se encontraba en Karim, en la versión final, cambió de “dirección y forma”, ahora se trataba de traspasar las líneas que la confinaban a un destino por género y que le impedían alcanzar sus sueños y metas como bailarina.

---

<sup>20</sup> Martín, Op. Cit., p.31

<sup>21</sup> Elaine Showalter. “Towards a Feminist Poetics” citado en Nattie Golubov. *La crítica literaria feminista. Una introducción práctica*. México, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, 2012, p. 43.

<sup>22</sup> Orhan Pamuk. *El novelista ingenuo y el sentimental*. México, Penguin Random House, 2012, p. 123.

## El narrador

Con tanta información y textos teóricos filtrándose entre mis pensamientos, me pregunté: ¿qué situaciones quiero que viva Kaila? Con esta pregunta, se generaban muchas otras como “¿Qué mitos, tramas, acciones están disponibles para una protagonista femenina?”<sup>23</sup> que tiene a bien cuestionarse Nattie Golubov. En sus palabras, “una mujer no narra su propia historia, ni es personaje del enunciado, no suele fungir como personaje focal y la estructura apelativa del texto no da cabida a una lectora implícita. Las mujeres en los relatos más comunes «existen únicamente con relación al protagonista (que es varón)»<sup>24</sup>. Pienso en este momento en Auda de *La vuelta al mundo en 80 días*, de Julio Verne, en Sophie Neveu en *El Código Da Vinci* de Dan Brown, en Daisy Buchanan y su amiga Jordan Baker de *El Gran Gatsby*, de Scott Fitzgerald, entre muchas otras. Para ellas había dos opciones: o eran las mujeres que evitaban que el héroe cumpliera su destino o las vemos como personajes realmente secundarios que existen únicamente para reafirmar el papel del varón como el héroe, a pesar de que muchas veces son ellas las que los mantienen vivos como Hermione Granger a Harry Potter.

*Maktub* inicia con un narrador avec. Al presentar mi proyecto en el Seminario de titulación había algo en mi discurso que no lograba acertar: ¿de qué forma transgredía con mi escritura —como lo han estado haciendo autoras como Daniela Tarazona, Valeria Luiselli, Verónica Gerber, Brenda Lozano, Alaíde Ventura, entre otras— el discurso canónico de cómo “se debe escribir una novela”? Después de meditar el asunto, decidí continuar con la estructura que tenía, pero el discurso sería interrumpido continuamente por la voz de Kaila. Encontré en el discurso libre indirecto una forma de transgresión porque realza la voz del personaje sobre la del narrador, permitiendo así escuchar un discurso mucho más personal y subjetivo, más cercano a

---

<sup>23</sup> Golubov, Op. Cit., 37.

<sup>24</sup> *Ibidem.*, p. 36.

quien lo dice. Me quedé con el narrador en tercera persona con Kaila para hacer notar que no es la historia oficial, que se tiene acceso a esta a través de una especie de filtro —me gusta llamarlo velo para que tenga relación con la historia en cuestión—, desde un punto de vista, que si bien está con ella, no es de Kaila; esto con la finalidad de señalar una “construcción simbólica” del personaje: es como callar su voz al igual que lo intenta hacer su hermano. En una clase escuché que la característica de escritura de las autoras contemporáneas era que narraban en primera persona, entonces, si con mi escritura trataba de romper el “cómo se hace”, narrar desde una tercera era ya la forma de transgresión en sí.

Respecto a la narración en tercera persona *avec*, Teresa Dey manifiesta que “...acompaña, es como otra conciencia dentro de uno de los personajes y este narrador refiere únicamente desde la perspectiva de este personaje, sabe lo que siente, piensa o quiere el personaje que acompaña, no obstante, no puede saber más allá que lo que ese mismo personaje percibe”.<sup>25</sup> Desde este punto de vista, la perspectiva narrativa seguía la tradición de los cuentos orales. Marcaba un grado de subjetividad respecto a lo narrado. El narrador no está involucrado en un papel de actor, del ejecutante de la acción, por lo que se crea una clara distancia entre narrador-lector. Pienso en las veces que he escuchado, por cuestiones de mi trabajo en el despacho de abogados, a los testigos declarando para algún juicio y esa necesidad de conocer de primera mano la versión de los hechos. *¿Cómo saber lo que pensó? ¿Cómo saber lo que sintió? ¿Cómo hizo aquello la persona actora o demandada?* La tercera persona es limitante en cuanto al acceso a la información.

Un día se me ocurrió (porque en un principio era una novela de doscientas y tantas páginas dividida en tres partes) que podía ese discurso libre indirecto transgredir progresivamente

---

<sup>25</sup> María Teresa Dey López. *Las estrategias de Caperucita. Aplicación de algunas categorías de las teorías literarias como método didáctico para talleres universitarios de creación literaria*. Tesis de licenciatura. México, Universidad Autónoma de la Ciudad de México, 2011, p. 98.

la narración de tal forma que al final fuese Kaila la que hablara. Como un juicio en el que un tercero cuenta la historia y, al final, la protagonista dijera *un momento, quiero que escuchen mi versión*. De hecho, los sueños son los fragmentos más largos que están en primera persona. Luz Aurora Pimentel, autora de *El espacio en la ficción*, señala que “En muchas novelas el cambio de narrador obedece a una apertura de perspectivas considerable”.<sup>26</sup> Entonces, a la par del personaje que va recuperando ese espacio vital, que adquiere voz, libertad y presencia, que toma decisiones y enfrenta las consecuencias, que elige su destino, que encuentra su camino a nivel narrativo..., el narrador sufre también una metamorfosis gramatical pues, al final, se convierte en primera persona. Quise aprovechar la flexibilidad del género novelístico para jugar al espejo-reflejo con el narrador-mundo narrado. Es como si Kaila recuperara ese poder sobre su historia para contarla. Pimentel dice que “...un personaje también puede tomar la palabra para *narrar*, constituyéndose así en un narrador delegado...”.<sup>27</sup> El cambio de narrador de tercera *avec* con Kaila a primera protagonista, me pareció un claro ejemplo de imponerse. Dey manifiesta sobre este narrador en primera persona que “Es, por lo tanto, totalmente subjetivo y en eso estriba su riqueza”, porque es, entonces, alguien que cuenta su historia, por ello adquiere más peso lo que siente, piensa, hace o cree”.<sup>28</sup> Al final, Kaila es la que habla; desde su perspectiva, nos acercamos más a sus miedos, angustias, dudas. Hay una complicidad con el lector porque puede o no sentirse identificado con ella, puede o no estar de acuerdo con lo que hace. Pamuk menciona que “las novelas también revelan su profundidad de significado a través de las formas y las técnicas que emplean, ya que cada forma nueva de contar una historia o de construir una novela significa mirar la vida a través de una ventana nueva”.<sup>29</sup> En los últimos capítulos, vemos el mundo a través de los ojos de Kaila.

---

<sup>26</sup> Luz Aurora Pimentel. *El retrato en perspectiva. Estudio de teoría narrativa*. México, Siglo XXI, 1998, p. 144.

<sup>27</sup> Pimentel, Op. Cit., p. 89.

<sup>28</sup> Dey, Op. Cit., p. 90.

<sup>29</sup> Pamuk, Op. Cit., p. 130

## El elenco

Entre todo el bagaje de lecturas hechas en estos últimos años, me di cuenta que la literatura describe sólo a las mujeres en relación con los hombres, pero que faltaban las otras historias: las relaciones de mujeres con otras y con nuestra propia vida. Hace un tiempo me topé con una frase de Jenn Díanz, escritora catalana, que decía que las mujeres nos seguimos viendo a través de los ojos del hombre aunque existiera una ausencia de ellos, y esto fue como una epifanía joyceana para mí. Pensé en el personaje de Osmán, el hermano de Kaila; en Ignacio, su padre muerto; en Hugo, su amor “imposible”; en Karim... podría haber contado las historias que relacionaran a mi protagonista con ellos, pero también existían una serie de personajes femeninos que la rodeaban y que tenían algo que decir. Por ello y siguiendo esta línea, la voz de la protagonista sirve para que otras mujeres con las que comparte ciertas vivencias también cuenten su historia. Es por esto que la historia de Yamila, Margarita, Élika y Sarayu adquieren mayor presencia dentro del relato de Kaila. Por esto mismo, a modo de epílogo, es como conocemos la vida de Élika, su amiga. Y con ella cierro el ejercicio de escritura que mi protagonista hace al recuperar esas historias para que no se olviden o se pierdan con el tiempo. Parto de una memoria individual que genera una identidad específica colectiva. Si bien es Kaila por quien conocemos la historia de Élika, de nuevo, el discurso es transgredido por la voz de su amiga. Las frases o los hechos que era necesario contar de forma personal, y a los que Kaila no podía tener acceso, los narro desde el discurso libre indirecto en voz de Élika.

En *Como agua para chocolate*, conocemos a Tita también a través de las mujeres que la rodean: mamá Elena, Rosaura, Gertrudis, Nacha, Chenchá... No es que ellas narren su historia con Tita, pero Esquivel nos muestra parte de las características de la protagonista a través de su relación con estas mujeres. En *Yo, la peor* de Mónica Lavín, conocemos a Sor Juana desde la mirada de la esclava, la virreina, la maestra...

“En esencia, el protagonista crea al resto del elenco. Todos los otros personajes están en la historia principalmente a causa de la relación que crean con el protagonista y de la manera en que cada uno ayuda a delinear las dimensiones de la compleja naturaleza del protagonista”.<sup>30</sup> En tanto reescribía *Maktub* las mujeres surgieron de la profundidad donde las había dejado para adquirir mayor presencia en la novela. La historia de Yamila se concentra en su matrimonio, su casa, sus hijos. Margarita, en cambio, es una mujer que viaja. Sarayu ha desafiado las tradiciones de su país para volverse a casar. Olga es una mujer divorciada. Susana cursa una carrera universitaria y Élika, al igual que Kaila, huye de un matrimonio arreglado. Si alguien no encuentra historias interesantes que narrar para conocer el *cómo, por qué, para qué* de lo que las llevó a desafiar el sistema, considero que se pierden de un buen cuento o, quizá una novela, porque no son historias de guerras o de armas o de ataques de grandes líderes, pero son lugares en donde no hemos colocado a los personajes femeninos, dignos de relatarse. Para la historia son importantes porque de ellas Kaila aprende, a veces, hasta decide con base en estas y toma valor para dirigir su vida hacia donde quiere ir. Quería que en alguna de ellas las lectoras pudieran reconocerse en verdad, porque:

Lamentablemente, ser mujer significa creerse muchas de las definiciones masculinas... Aprendí lo que era un orgasmo de D.H. Lawrence, disfrazado de Lady Chatterly... De Dostoyevsky aprendí que ellas [las mujeres] carecen de sentimiento religioso. De Swift y de Poe aprendí que tienen demasiado sentimiento religioso (y que por tanto nunca pueden ser demasiado racionales). De Faulkner aprendí que son la madre tierra y una con la luna y las mareas y las cosechas. De Freud aprendí que tienen superegos deficientes y están «incompletas» para siempre.<sup>31</sup>

Hay cientos de historias donde las grandes aventuras, los viajes a mundos magníficos, las peleas con dragones, las luchas con las espadas, los logros laborales, las conquistas mundiales y otras cosas los logran los varones. Mientras tanto, la princesa cautiva será el premio a la

---

<sup>30</sup> McKee, Op. Cit., p. 17

<sup>31</sup> Erica Jong. Citada en Joanna Russ. *Cómo acabar con la escritura de las mujeres*. España, Barrett, p. 166.

valentía del caballero; Penélope destruirá el tejido todas las noches para rehacerlo durante el día; Dulcinea se convertirá en el objetivo amoroso y Helena será el motivo por el que una ciudad caerá. El hombre literario tiene las actitudes para enfrentar el peligro como también la autoridad para decidir en su vida y con su vida. En *Maktub* la autoridad es de las mujeres. Son ellas quienes deciden y guían a Kaila. Desde Margarita y Yamila (abuela y madre), Élika (amiga), Jazzlyn (jefa), Nadina (profesora), Susana (prima), Olga (tía), concebí necesaria para la historia una línea de apoyo formada por mujeres como base para construir una historia negada. Es desde esta recuperación que se forman “identidades colectivas valiosas” apoyadas desde la sororidad.

En *Como agua para chocolate*, Gertrudis y Nacha son dos figuras importantes para Tita que nivelan la balanza con mamá Elena y Rosaura. Si agregamos a Chenchá del lado de las primeras, la balanza se inclina hacia un lado.

Hablando de identidades, tanto Kaila como su historia navegan en el discurso de la otredad. Ella nace en México. Su madre es mexicana y su padre español. Viaja a España con su familia cuando aún es muy pequeña, porque su abuelo ha muerto y su abuela, ambos paternos, ha enfermado. El personaje siempre es extranjera en el lugar en el que se encuentre porque parece no pertenecer a ningún lado. Es extranjera en España, su acento andaluz la distingue en México, el mismo acento que le complica el idioma una vez que ingresa a la compañía en Estados Unidos. Kaila es “lo otro”, lo que no está dentro del discurso —su discurso—, es la historia de la chica que sale de casa —no la del chico.

Si bien, las historias dentro de cuatro paredes han funcionado durante bastante tiempo —*Como agua para chocolate o Mujeres de ojos grandes*—, también es cierto que “En cuanto las mujeres pudimos mirar por la ventana más allá de lo que ocurría en nuestra casa, empezamos a

tener voz”.<sup>32</sup> Entonces, cuando decidí reescribir mi novela, el objetivo que tenía en mente era otorgarle voz a Kaila dentro y fuera de casa. Sara Sefchovich habla en su libro *Son mejores las mujeres* sobre la vida fuera del hogar

El modo de pensar predominante hace que, en nuestra manera de ver y de entender el mundo y la vida, la historia y la cultura solo deban conocerse desde fuera del hogar, es decir, en la vida pública y en los grandes momentos como guerras, descubrimientos, construcciones, y desde arriba, es decir, desde el poder. Esto es lo que nos han enseñado, así hemos aprendido a pensar. Y de allí ha resultado, como si fuera lo más lógico, que las mujeres han quedado excluidas, precisamente debido a que, por su situación social y por las funciones que cumplen en la sociedad, no están presentes en esos lugares ni en ese tipo de acontecimientos. Las mujeres no ocupan un lugar ni en la historia ni en la cultura porque la historia y la cultura se ven desde un lugar en el que ellas no han podido estar y al que muy rara vez han tenido acceso.<sup>33</sup>

En Córdoba, Kaila tenía una habitación propia separada del resto de las habitaciones como lo ordena el islam. Es como una cárcel para ella. “Nunca como aquella tarde me he dado cuenta del privilegio que supone para una mujer tener un cuarto sólo suyo y habitarlo como liberación, no como encierro”.<sup>34</sup> Cuando llega a México, Olga y Susana, tía y prima, le proporcionan una habitación propia en la que puede hacer y deshacer a su antojo, tanto que sus cosas permanecen intactas cuando regresa de Estados Unidos para realizar el evento de danza con la compañía.

Todos los personajes femeninos que rodean a Kaila tienen historias diferentes, muchas de ellas son “rebeldes contra el papel que se les ha asignado, furiosas por las limitaciones e injusticias que las afectan... pero también desorientadas y confusas, incapaces de analizar y rebatir de forma sistemática la ideología cuyos efectos sufren en carne propia”.<sup>35</sup> Son personajes con más características que pueden pasar de la dulzura al enojo, ser firmes y caer en algunos

---

<sup>32</sup> Mónica Lavín. *Mujeres que escriben demasiado*. UAM. [http://www.difusioncultural.uam.mx/casadeltiempo/45\\_46\\_iv\\_jul\\_ago\\_2011/casa\\_del\\_tiempo\\_elV\\_num\\_45\\_46\\_07\\_08.pdf](http://www.difusioncultural.uam.mx/casadeltiempo/45_46_iv_jul_ago_2011/casa_del_tiempo_elV_num_45_46_07_08.pdf). Consultada el 13/dic/2018

<sup>33</sup> Sefchovich, Op. Cit., pág. 54

<sup>34</sup> Martín, Op. Cit., p. 28

<sup>35</sup> Gámez, Op. Cit., p. 10.

momentos; digamos, son más reales. Son personajes con más complejidades que “la buena, buena” y “la mala, mala”, con miedos, virtudes, entre muchas cosas más. Hay grandes estereotipos en la literatura respecto a los personajes femeninos y las dualidades son uno de ellos.

Gertrudis en *Como agua para chocolate*, Elizabeth Bennet en *Orgullo y prejuicio*, Josephine March en *Mujercitas*, Marcela (la pastora), personaje de Cervantes, Jane Eyre, Catalina en *Arráncame la vida*, personaje que nunca guardó silencio respecto a lo que opinaba aún cuando el general la callara en noche de bohemia frente al piano, son algunos ejemplos que encontramos en la literatura sobre mujeres que caminan a contra corriente.

Ahora, contamos con más historias en donde mirar y encontramos con personajes femeninos de todo tipo. Pensaba en las mujeres de *Casas vacías* de Brenda Navarro, en Hipólita Thompson de *El beso de la liebre* de Daniela Tarazona; en madre, abuela y la narradora de *Su cuerpo dejarán* de Alejandra Eme Vázquez, en la joven sin nombre de *Entre los rotos* de Alaide Ventura. Pero también, pienso en los personajes a los que tenemos acceso mediante el cine o las series que se han insertado tan profundamente en la vida cotidiana de estos últimos años. En la primera película “Maléfica” en *live action*, Maléfica, personaje principal, ya no es la enemiga de Aurora, eso llamó mi atención. Es que también parece que los personajes femeninos debieran odiarse todo el tiempo porque una es más bella, más joven, a la que quiere al príncipe... En esta versión, el padre de Aurora le corta las alas a Maléfica, y como venganza lanza una maldición sobre la niña, pero años después, trata de remediarlo y es, de hecho, quien la despierta con un beso de verdadero amor. El amor no sólo puede surgir entre una pareja, se da entre amigas o vínculos fraternales. Considero que en algún punto se vuelven amigas, tanto que Aurora es quien le devuelve sus alas. Así que, cada una de las mujeres que coloqué alrededor de Kaila, son su apoyo y no sus eternas enemigas, como versa otro estereotipo literario sobre dos mujeres que habitan en una misma historia. Sí, considero que sí pueden ocupar el mismo espacio sin pelearse.

En *Maktub*, Yamila, la madre de Kaila es quien le proporciona una opción distinta al destino que Osmán ha elegido arbitrariamente para ella. Kaila es el pájaro en jaula, Yamila le abre una puerta. Élika es de quien aprende a no repetir la misma historia; Susana funge como su apoyo emocional en México; Olga le abre las puertas de su casa y Margarita es quien le enseña que hay que vivir bajo sus propias reglas. Al final, mi novela sí se trataba de amor.

### **La gota que derramó el vaso**

Como escritora tenía que cambiar el destino de Kaila. Mi protagonista, una mujer de veinticuatro años que concluyó sus estudios universitarios en Traducción e interpretación de textos en la Universidad de Córdoba, España, que toma clases de danza, sabe varios idiomas, es un personaje que podía tener múltiples caminos y formas de enfrentar al mundo. Kaila era aquel personaje, para mí, detenido en la bifurcación de muchas historias. A diferencia de Penélope, Emma Bovary, Ana Karenina o Tita, Kaila sale de casa y, en su intento por desafiar la historia en la que su hermano quiere encerrarla, vive las opciones que sólo vería desde su ventana si se quedaba. En primera instancia, se ve obligada a hacerlo para escapar de un matrimonio forzado. Para los fines de Osmán, su hermano, el matrimonio de Kaila con Nahúm le beneficiará, ya que el contexto socio-cultural en el que ha crecido “Las mujeres circulan como mercancía, como objeto de intercambio, como don, como cuerpos deseados, como signos de una plétora de otredades feminizadas”.<sup>36</sup> Para no repetir lo que ya dije líneas arriba: la mujer es un objeto.

La situación del matrimonio arreglado la saca de una zona de confort y la provee de las oportunidades de construir su propia historia a través de sus decisiones. Dicho sea de paso, ese empujón hacia la vida es gracias a Yamila que, como madre, está preocupada porque su hija repita el guión de siempre por el hecho de que “así debe de ser”. Kaila tiene que buscar en México un destino que no está marcado por su sexo ni por el ideal romántico. Según Rosario Castellanos:

Para elegirse a sí misma y preferirse por encima de los demás se necesita haber llegado, vital, emocional o reflexivamente a lo que Sartre llama una situación límite. Situación límite por

---

<sup>36</sup> Nattie Goluvob. *La crítica literaria feminista. Una introducción práctica*. México, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, 2012, p. 60.

intensidad, su dramatismo, su desgarradora metafísica... Cada una a su manera y en sus circunstancias niega lo convencional, hace estremecer los cimientos de lo establecido, para de cabezas las jerarquías y logra la realización de lo auténtico.<sup>37</sup>

La situación que la lleva al límite es la noche en que su hermano le comunica que ha arreglado su matrimonio. En ese momento, Kaila siente que el mundo se ha acabado. Tal cual si fuera una heroína hay un rechazo a la llamada y cruza el umbral, atraviesa la burbuja en la que por años ha estado segura, parte de su hogar hacia un país del que es originaria, pero del que poco recuerda. Toma esa misma noche un vuelo que la llevará a una ciudad ajena donde tendrá que trabajar, encontrarse consigo misma, decidir lo que quiere; en otras palabras, tomará las riendas de su vida. Porque, cruzar el umbral es siempre enfrentarse a lo desconocido y, en muchas ocasiones, al peligro mismo. Kaila desvela su verdadero carácter. De esto hablaré más tarde.

Ahora bien, Kaila huye de casa al rechazar la imposición de su hermano en cuanto a arreglar su matrimonio. La protagonista dice “*¿Es en serio? ¡Ahora me van a tratar como una especie de vaca que es vendida al mejor comprador? Pues no deseo casarme, por si a alguien aquí presente le interesa*”. “El lenguaje del matrimonio se basa a menudo en la propiedad, no en el compañerismo”<sup>38</sup>, la protagonista se siente como un objeto, un animal, una cosa que puede cambiar de dueño y no un ser humano que toma sus propias decisiones.

*Y todo por un velo que se rehusó a usar.*

En cuanto al velo que Osmán le impone como uso en público y que es el que desata la “desventura” de mi protagonista:

En todas las culturas del mundo la sexualidad femenina tiene que ver con la vergüenza. Incluso culturas —como muchas occidentales— que esperan de las mujeres que sean sensuales, no esperan que también sean sexuales.

---

<sup>37</sup> Castellanos, *Mujer que sabe latín...*, Op. Cit., p.p 17-18.

<sup>38</sup> Chimamanda Ngozi Adichie. *Todos deberíamos ser feministas*. México, Penguin Random House Grupo Editorial S.A de C.V, p. 37.

La vergüenza que adscribimos a la sexualidad femenina tiene que ver con el control. Muchas culturas y religiones controlan los cuerpos de las mujeres de una forma u otra. Si la justificación para controlar los cuerpos femeninos tuviera relación con las mujeres, entonces podría entenderse. Si, por ejemplo, la razón fuera: las mujeres no deberían llevar minifalda porque les provoca cáncer. En cambio, la razón no guarda relación con las mujeres sino con los hombres. Las mujeres deben «cubrirse» para protegerlos. Lo considero un acto profundamente deshumanizador puesto que reduce a la mujer a mero atrezo para los apetitos masculinos.<sup>39</sup>

Ligia Urroz en su ensayo comparativo cita el versículo 24:(31) del Corán que bien puede aplicarse a esta historia.

Y di a las creyentes que bajen la mirada y que guarden su castidad, y no muestren de sus atractivos (en público) sino lo que de ellos sea aparente (con decencia); así pues, que se cubran el escote con el velo. Y que no muestren (nada más de) sus atractivos a nadie salvo a sus maridos, sus padres, sus suegros, sus hijos, los hijos de sus maridos, sus hermanos, los hijos de sus hermanos, los hijos de sus hermanas, las mujeres de su casa, aquellas que diestras poseen, aquellos sirvientes varones que carecen de deseo sexual, o a los niños que no saben de la desnudez de las mujeres; y que no hagan oscilar sus piernas (al caminar) a fin de atraer la atención sobre sus ocultos. Y (siempre) ¡Oh, creyentes, voveós a Dios —todos— en arrepentimiento, para que alcancéis la felicidad!<sup>40</sup>

Kaila rechaza la idea de usar un velo islámico como filtro a través del que se puede ver la vida. Y en cambio, lo utiliza en la danza como un elemento y una extensión de sus brazos. Es, justamente, la primera vez que baila en público una pieza de danza oriental cuando utiliza el velo y su hermano la ve. Como consecuencia, Osmán arregla su matrimonio.

Así, el matrimonio se convierte en el único espacio para la sexualidad procreativa de la mujer y la virginidad antes de éste, en su mayor virtud. Es por esto que la imagen de la mujer que se representa en la literatura de finales del siglo XIX sigue los paradigmas de la mujer cristiana, estimulándola a ser sumisa, obediente, fiel a Dios, al padre, al esposo; en otras palabras, al modelo patriarcal.<sup>41</sup>

Osmán ve en el matrimonio el grillete perfecto para mantener a su hermana “a raya”.

---

<sup>39</sup> Chimamanda Ngozi Adichie. *Querida Ljeaweke. Cómo educar en el feminismo*. Literatura Random House, 2016.

<sup>40</sup> Urroz, Op. Cit., p. 92

<sup>41</sup> Luz Hincapié. *Virgen, ángel, flor y debilidad: paradigmas de la imagen de la mujer en la literatura colombiana de finales del siglo XIX*. Tabula Rasa [en línea]. <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=39600612>. Consultada 22 de mayo del 2018.

## ¿Quién es Kaila?

Cuando tomé una clase de Historia de las artes, aprendí que, durante el Neoclasicismo, a las mujeres europeas las pintaban con ropa, a las mujeres de otros continentes, desnudas, porque era lo raro, lo que no se veía, lo exótico.

En un principio, imaginé a Kaila como una especie de odalisca que bailaba sólo por una tradición con la que había convivido durante años. Este tipo de bailarinas de danza oriental abundan en un imaginario colectivo desde la literatura, la pintura, el cine y la televisión.

“El novelista encuentra una abundancia de material en los detalles de su propia vida y en su imaginación”.<sup>42</sup> Desde muy pequeña, la danza para mí era más que un hobby. Durante algunos años, practiqué danza oriental y conocí mucho de esa cultura al tomar cursos para conocer la situación sobre la mujer musulmana, tema que desde hace mucho ha llamado mi atención. Si Kaila ya pertenecía al mundo dancístico —practica ballet—, tal vez su vida podría tomar el camino de la danza oriental y convertir la disciplina en su pasión y motor de vida. Decidí que detrás de su pasión por el baile, debía haber algo más, algo que le diera sentido. Para ella, la danza sería su forma de protestar ante las imposiciones de Osmán y la obsesión de su hermano por dirigir su vida. Cuando, en la vida, nos dicen que no, o que eso que queremos está prohibido, solemos ir detrás de eso. Lo prohibido tiene un rostro atractivo.

Hace tiempo, asistí como público a un evento sobre el mundo oriental que incluía funciones de danza. Entre los número ejecutados, escuché a un señor decir que era un descaro que las bailarinas vistieran de forma tan provocadora y se exhibieran de esa forma al público, mientras que el hijo, embobado en la presentación, no respondió al comentario. En tanto, muchas señoras que llegaban a presenciar el evento sólo atinaban a decir que era un pecado. *¡Es un haram!* Este tipo de danza está aún prohibida en Egipto. Una cosa me llevó a la otra y recordé la

---

<sup>42</sup> Pamuk, Op. Cit., p. 124

película *Whatever Lola wants*, donde Lola aprende la danza del vientre en un club clandestino, pero logra que una famosa bailarina le enseñe el arte dancístico y, entonces, asciende a bailar en un magnífico club totalmente aprobado por los consumidores. Alguna vez, navegando en Facebook, encontré una imagen que llamó mi atención. La escena se puede dividir en dos planos: a la derecha, encontramos a una mujer con el torso desnudo mostrando no sólo los pechos, también una leyenda que dice “feminist”, la llevan a la fuerza tres oficiales. A la izquierda; dos hombres observando un puesto de periódicos donde se exhiben imágenes de mujeres desnudas, estratégicamente capturadas para que su función en el mercado (llamar la atención de los compradores), se conviertan en ganancias empresariales. A esta imagen la acompañaba la frase “La desnudez femenina está permitida sólo cuando es para consumo masculino”.

El arte puede ser desde sublime hasta subversivo, comunica, expresa ideas, conceptos. Se crea con fines estéticos o de protesta, depende del contexto, el autor, a veces, hasta de los materiales como el *Ready-Made*. Mientras reescribía los capítulos, pensaba en lo que yo pretendo comunicar con mi danza y lo que pretendía que Kaila, a su vez, comunicara. Como otra epifanía me pregunté: ¿acaso no es el cuerpo femenino un vehículo de protesta, ya sea social o personal? “El torso fino y desnudo de una mujer morena con el cabello desparramado sobre una cama de manzanas de rojo hiriente fue el anuncio de *Blanca Nieves* del Ballet de la Ópera de Berlín. La foto es de la primera bailarina Elisa Carrillo”.<sup>43</sup> La imagen de la bailarina de origen mexicano desautomatiza el concepto clásico y conservador que, por años, ha caracterizado al ballet. Romper paradigmas también puede hacerse desde el arte.

La desnudez —aunque no total— con la que Kaila se presenta en el evento del Alcázar de los Reyes Cristianos es el detonante de “inmoralidad” para su hermano, pero para ella es la forma de expresar lo que realmente quiere: bailar y decidir.

---

<sup>43</sup> Mónica Lavín. *México contemporáneo*. México, Penguin Random House, 2016, p. 71.

En mi novela, Kaila hace de la danza un acto de rebeldía y de protesta, pues utiliza su cuerpo como medio de expresión artística. El cuerpo aquí es un territorio propio desde donde puede manifestar la inconformidad, donde puede materializar y darle voz a sus deseos. ¿Acaso no es el bailarín el artista y su cuerpo —los movimientos que ejecuta— la obra? Kaila incorpora el velo en su danza como un instrumento de libertad más allá de la concepción *hollywoodesca*. El velo en la danza se convierte en una transgresión a la imposición del hermano de la protagonista que la obliga a usarlo como velo islámico ya que en el contexto de la danza, el velo deja de ser un objeto limitador, invisibilizador y opresor para transformarse en un instrumento que revela la corporalidad de una bailarina, en un objeto que complementa la obra o, en el caso de la audición, las alas con las que Kaila vuela.

En *Autobiografía de mi madre* de Jamaica Kincaid, el cuerpo de esta voz narradora llamada Xuela parece, de nuevo, estar destinado a no poder gozar y sufrir humillación constantemente. Sin embargo, este cuerpo se revela, habla desde su otredad y aprende a gozar.

Mi personaje protagónico femenino busca recuperar la voz de distintas formas: transgrediendo el discurso narrativo, utilizando su cuerpo como medio de expresión, rompiendo los cánones impuestos que determinan la situación de la mujer y, por ende, el destino. Ya que la literatura suele mentir por omisión al mostrarnos a los personajes femeninos sólo en relación con sus compañeros literarios, reescribir o presentar nuevos modelos puede generar cambios más allá de lo literario porque, como dice Virginia Woolf:

...si la mujer no tuviera más existencia que la revelada por las novelas que los hombres escriben, uno se las imaginaría como un ser de la mayor importancia: muy cambiante, heroica y mezquina, espléndida y sórdida; infinitamente hermosa y horrible en extremo; tan grande como un hombre, tal vez mayor.<sup>44</sup>

---

<sup>44</sup> Virginia Woolf. *Un cuarto propio*. México, Colofón S.A de C.V. Segunda reimpresión, 2015.

Las ideas del y sobre el cuerpo, la concepción de lo que debe ser un cuerpo femenino, para qué sirve y a quien, generalmente, responden a estrategias mercadológicas, estereotipos, reglas sociales, tabúes, falsas expectativas y pautas de conducta de la época, política, religión...

Por ello, el cuerpo utilizado como medio de expresión, ya sea de protesta, artística o de cualquier otra índole, es clasificado a veces como un acto de rebeldía, de insubordinación, como una forma de condenarse al infierno en el círculo religioso; el cuerpo se convierte en tabú: lo que no debe ser nombrado, tocado, exhibido en público. Y descubrirlo sólo es permitido a través de los ojos del consumidor, quien se encarga de definirlo, de nombrarlo a su manera.

Si bien, en un principio, Karim sería el caballero valiente de Kaila, en esta versión final, Kaila bajaría de la torre sin necesidad de que el príncipe la rescatara. Mónica Bolufer Peruga, menciona que:

Las protagonistas de la novela y el teatro sentimental eran figuras vulnerables y delicadas, que hacían gala de sensibilidad en un despliegue de gestos corporales, destinados a conmover al lector o espectador y a representar la excelencia moral de las protagonistas: lágrimas, palpitaciones, suspiros, palidez, desvanecimientos, que evocaban la protección masculina y también parecían invitar a la seducción.<sup>45</sup>

De lo anterior puedo resumir los siguientes episodios de mi novela:

1. Detrás de esas grandes puertas de madera tallada se encontraba mi destino. Debía lograr, con mi danza, que el califa me extendiera su mano y con ello me diera la bienvenida al harem como su séptima esposa. (p. 2).
2. Por un instante, el califa y ese mundo ajeno a mi alrededor desaparecieron. Todo lo que me rodeaba era sólo una mancha borrosa en una fotografía. Danzaba para él, sólo para aquel muchacho. (p. 3).

---

<sup>45</sup> Bolufer, Op. Cit., p. 188.

3. Lanzaron la pista y ella salió a escena... Se topó con la mirada de desaprobación de su hermano y la respiración se aceleró aún más. (p. 19).
4. —¿Y se supone que debo felicitarte por estar exhibiendo tu cuerpo frente a toda esta gente? —Osmán la regañó. (p. 21).
5. *El baile estaba prohibido en las calles, lo sabía y por ello bailaba, porque quería levantar la voz, protestar, que mis pasos se escucharan.* (p. 75).
6. Porque... una sola voz se escucha menos que muchas al unísono. He bailado mucho tiempo como solista, considero que hay más personas que tienen que decir lo mismo que yo a través del cuerpo. (p. 76).
7. Porque hay menos reglas. La fusión me permite experimentar con lo que realmente quiero hacer, con lo que siento sin estar pensando en qué es correcto o no de acuerdo al género. Me gusta llamarlo fusión de esto y aquello sólo por darle un nombre. (p. 77).
8. Apretaba en mi otra mano lo que sabía eran unas castañuelas. Cuando nos miramos lo supe. Percibí que también quería trasgredir la única regla que escuchamos que legislaba el pueblo: estaba prohibido bailar. Soné las castañuelas y, entonces, desperté. (p. 108).
9. En un ensayo se nos informó el objetivo de la convocatoria para restablecer la compañía de danza: necesitaban reinventarse. Nosotras seríamos una nueva generación que debía buscar la reescritura del cuerpo a través del movimiento. (p. 10).
10. La danza se convirtió para mí en una forma de protesta. Bailaba por las personas que no podían hacerlo, por las mujeres a quienes se les prohibió, a quienes callaron. Bailaba para que mi cuerpo hablara si mi voz no podía ser escuchada. Era mi forma de ir en contra de las imposiciones de Osmán, de presentar mi cuerpo como una pluma que escribe mi destino, lejos de casa, en las calles, con cuerpo de mujer. (p. 112).

Realzo estos diez puntos como piezas clave de la historia de Kaila. La danza es el hilo conductor que desata y genera los cambios. Su cuerpo es el instrumento mediante el que habla, por el que se manifiesta.

Robert McKee escribe sobre el carácter y caracterización de los personajes en los guiones para cine. Para el autor, “El verdadero carácter se revela en las decisiones que un ser humano hace bajo presión: mientras mayor es la presión, más profunda es la revelación, más verdadera la decisión en relación con la naturaleza esencial del personaje”.<sup>46</sup> Kaila toma dos decisiones que cambian el rumbo de la historia: en la primera (huir del matrimonio), tiene miedo, vemos a una chica de veinticuatro años temerosa ante lo que le espera; la segunda (cuando decide entre la danza y Hugo), esta chica toma al toro por los cuernos. En ambas decisiones tiene que elegir si irse o quedarse, se encuentra bajo presión, porque, en la primera, si se queda sabe que tendrá que casarse; en la segunda, debe elegir entre el amor por Hugo o su vida profesional. “La función de la estructura es proporcionar presiones que, al ser progresivamente construidas, fuercen a los personajes a dilemas cada vez más difíciles en los que deban llevar a cabo decisiones y acciones cada vez más riesgosas...”, dice McKee.<sup>47</sup> En ambas decisiones, Kaila tiene algo que perder: su libertad.

Cuando, en el capítulo 14, Kaila le platica a Hugo sobre la razón por la que se encuentra en México, revela el deseo de ella de que él permanezca en su vida. Lo reitera líneas después cuando le susurra al oído “Ven conmigo” y, después, cuando le miente al decirle que aún hay boletos en el mismo vuelo. Hugo, en ese mismo capítulo, le pregunta por qué no se queda y ella contesta que la han aceptado en la compañía. En el siguiente diálogo, él le dice que se quede y Kaila nos narra: “No supe si se refería a esta noche o a toda la vida”. Hugo habría estado en su

---

<sup>46</sup> McKee, Op. Cit., p. 9

<sup>47</sup> *Ibidem*, p. 12.

futuro si ella permanecía en México, pero Kaila no deseaba en realidad quedarse. Había encontrado su camino, había luchado por sus sueños y no estaba dispuesta a dejarlo o hacerlos a un lado.

### **Dime con qué sueñas y te diré cuál es tu destino**

Carl G. Jung decía que los sueños podían contener memoria, ilusiones, experiencias y visiones que podían analizarse según el contexto del soñante; para Freud son una forma de expresión simbólica del inconsciente. A lo largo de la historia, muchas culturas han considerado a los sueños como una puerta mágica que predice el futuro o el pasado o revelan los temores o los verdaderos deseos.

Los sueños de Kaila narran una pequeña historia fragmentada. En un principio, formaban parte de una segunda historia que quería escribir, después pensé en adherirlos a *Maktub*, porque revelan mucho de Kaila. El último —el que cierra el capítulo 15— es para mí el más importante, el que más me gusta también, el que concluye su historia pasada y muestra su futuro. Todos ellos se refieren a la danza, en todos ellos, Kaila baila. Ella es una gitana. Hay muchas historias detrás de este pueblo, muchas de estas los tachan de ladrones como *La gitanilla* de Cervantes. Aunque, también existe una variante en la danza oriental llamado *Gypsy* en donde se pretende recuperar parte de esta tradición dancística.

Hay una película española, *Desert dancer*, que narra la historia de un chico al que le encanta bailar, pero que en el lugar donde vive, Irán en 2009, está prohibido hacerlo. Es una historia basada en la vida de Afshin Ghaffarian, coreógrafo y bailarín. La trama nos muestra su lucha por conseguir su sueño de bailar junto con un grupo de amigos que también aman hacerlo. Esta película vino a mi mente cuando vi por segunda vez el capítulo “*A tale of two muses*” de la serie de Xena —transmitido por primera vez entre 1998 y 1999. Xena y Gabrielle llegan a un

pueblo perdido en medio del desierto en donde salvan a su amiga Tara de ser azotada, castigo que recibe porque danzó en un lugar en donde estaba prohibido hacerlo. Tara es el personaje que ama bailar, por eso, ambas amigas se quedan en el pueblo por unos días a luchar contra las reglas del gobernante. “Desde que escuché que estaba prohibido, jamás desee bailar tanto en mi vida”, dice Gabrielle, quien no puede evitar moverse al ritmo de todo lo que sus oídos traducen como música.

Los sueños revelan el destino de Kaila. Para Osmán es malo que Kaila baile y exhiba su cuerpo —el lienzo con el que trabaja la artista—; ella desafiará las reglas de su hermano para hacer lo que en verdad ama, como el bailarín Afshin o como Tara.

### **El arte de Kaila**

Solía ver con mi madrina el noticiero de Javier Solórzano. Una mañana, mientras desayunábamos, el conductor entrevistó a Mónica Mayer, quien habló sobre el performance y su trabajo como artista. Para ese entonces, hace un par de años, terminaba de reescribir *Maktub* y no estaba segura del final que debía darle. Lo que Mayer mencionó sobre el performance fue para mí otra epifanía. Con esta inquietud, busqué más información. Me topé con un artículo sobre la relación de este movimiento y las mujeres. No sé cuántas epifanías ya había tenido, pero ésta sería la última. El texto de Josefina Alcázar, investigadora mexicana, inicia así:

El cuerpo de la artista de performance es el soporte de la obra, su cuerpo se convierte en la materia prima con que experimenta, explora, cuestiona y transforma. El cuerpo es tanto herramienta como producto. El performance es un género que permite a las artistas buscar una definición de su cuerpo y su sexualidad sin tener que pasar por el tamiz de la mirada masculina.<sup>48</sup>

---

<sup>48</sup> Josefina Alcázar. *Mujeres y performance: el cuerpo como soporte*. Centro de Investigación Teatral Rodolfo Usigli. <http://lasa.international.pitt.edu/Lasa2001/AlcazarJosefina.pdf>. Consultada el 15 de noviembre del 2018.

La danza había sido para Kaila todo lo que Alcázar decía sobre el performance. Después, al ver la obra de teatro “Anna Pavlova e Isadora Duncan: Diálogos” escrita por Tatiana Zugazagoitia, pensé en reescribir la escena de la audición para que presentara una fusión, que si bien utiliza técnicas establecidas, hay también una mayor participación de Kaila como bailarina y coreógrafa para utilizar de dichas técnicas sólo lo que quiere y como lo quiere; algo cercano al trabajo de Duncan que desafió los métodos académicos del ballet clásico y desarrolló un concepto mucho más cercano al contacto con la naturaleza, al rito, al culto, cuestión que, en muchos casos, son el origen de ciertas danzas.

Los vestuarios que Kaila utiliza son también una forma de expresar su rebeldía y reapropiarse de su cuerpo como los velos que utiliza en la audición —que es un juego entre la imposición de Osmán y el consejo de Élika de usarlos como ella quiera.

A pesar de haber puesto a Kaila en el camino de la danza, decidí que la nueva compañía en donde sería aceptada mi protagonista, utilizara el performance como una forma de reescribir su historia. El performance está clasificado dentro de aquellas obras de carácter efímero con diversas intenciones, por ello lo elegí justo para el evento en el que Kaila bailarían; se conmemoraría el día de la danza en un lugar donde cientos de mujeres habían muerto tras un terremoto. El arte trasciende y con ello la tragedia de esas mujeres también.

Durante algunos capítulos de la serie de televisión *Grey’s Anatomy*, Catherine Avery revela que el extinto abuelo Avery, la eminencia de los premios, fue un hombre que había hostigado sexualmente a muchas mujeres que trabajaban para él. Meredith y Jackson se dedican a limpiar el nombre de los famosos premios y, como forma de reivindicarlos, cambian el nombre de Harper por el de Catherine Fox (con el apellido de la doctora). Lamentablemente, esta situación se da en muchos ámbitos, y la danza no es una excepción. En el momento en que reescribía mi novela, estalló el movimiento *Me too*. En ese contexto e inspirada por los capítulos

de la serie, decidí que la compañía para la que audicionaría Kaila tendría una historia similar a la de los premios Harper Avery. *Make you stay* fue mi forma de registrar el momento social, cultural y político en el que escribí *Maktub*. Jazzlyn tomó la dirección de la compañía tras revelarse el secreto de abuso de su antiguo director, al igual que sucedió con Catherine Avery, y su forma se reivindicar no sería cambiando el nombre sino integrando el performance como parte de su trabajo.

Las mujeres se han convertido en creadoras —y no sólo en bailarinas— a partir de la danza moderna que nace con Duncan y ahora con el performance. Era importante para mí que Kaila siguiera un camino en su danza: desafiara la técnica del ballet, presentara una audición con una fusión y encontrara un lugar que hiciera eco con su voz. Jazzlyn y la nueva compañía eran el vehículo perfecto en el que Kaila podría forjar su camino dancístico.

Antes había un destino por género en la literatura; mi protagonista debía de escapar de su confinamiento llamado destino literario.

## Notas sobre la bibliografía citada

Al comenzar a escribir mi poética decidí que todo el sustento teórico sería de fuentes femeninas. Traté de cumplirlo en la medida de lo posible, la mayoría lo es. La razón es porque me quedaba claro al revisar tesis, artículos, textos donde utilizaban bibliografía que la mayoría eran de hombres. Las mujeres seguimos siendo minoría y el arte no es una excepción. Durante años, muchos trabajos fueron firmados por “anónimo” o con nombres masculinos para entrar en el canon; en mi poética pretendo que las voces de las mujeres continúen su camino, no se estanquen, no se pierdan.

Además, si con mi novela pretendía describir a Kaila de una forma más tangible al “ser mujer”, ¿existía una mejor opción a las voces femeninas para construir esta historia?

Hace poco leí el libro *Como acabar con la escritura de las mujeres* de Joanna Russ. De este libro tomé nota de algunas frases más relevantes para mí y que justifican la bibliografía de esta poética.

- Este traspaso extraoficial de escritura femenina de chica en chica, de mujer a mujer, es algo que Russ destaca aquí como antídoto para las mujeres obviadas en el entorno académico. (Prólogo)
- Parece que cuando se añaden mujeres a una lista de lectura, a un plan de estudios o a una antología, también llegan más hombres, y que cuando el número de hombres baja, las mujeres desaparecen misteriosamente. (p. 150)
- En medio de esta ausencia relativa de modelos literarios femeninos, las profesoras podrían servir como inspiración para algunas estudiantes, si no específicamente en el campo de las artes, al menos en el ámbito de la alta cultura. (p. 166)

- Si hay relativamente pocos modelos femeninos a seguir en la educación superior o en el campo de la literatura, ¿por qué hay mujeres que aun así se convierten en escritoras? ¿Es posible que hayan tenido acceso a modelos de los que la mayoría de los estudiantes no hayan oído hablar? (p. 166)
- Cuando se entierra la memoria de nuestras predecesoras, se asume que no había ninguna y cada generación de mujeres cree enfrentarse a la carga de hacerlo todo por primera vez. (p. 173)
- Los redescubrimientos y las revalorizaciones no han hecho más que empezar. (p. 174)
- Es hartó difícil transmitir a las demás personas esa iluminación repentina, ese golpe silencioso que cambia para siempre el mapa que una tiene del mundo. (p. 239)

Dicho sea de paso, considero que para incluir a las mujeres como escritoras en ese ámbito donde por años las han relegado hay que comenzar por visibilizarlas y espero que mi trabajo sea uno de muchos más. Hay que comenzar a nombrarnos entre nosotras.

## **BIBLIOGRAFÍA CITADA:**

ALCÁZAR, Josefina. *Mujeres y performance: el cuerpo como soporte*. Centro de Investigación Teatral Rodolfo Usigli.

<http://lasa.international.pitt.edu/Lasa2001/AlcazarJosefina.pdf>. Consultada el 15/11/2018

ALICINO, Laura. “Mexicanerías”: una mirada desde la literatura a las mujeres desde la sociedad mexicana del Siglo XX. *El tlacuache, suplemento cultural*. Año 2013, número 592, Morelos, Oct 20.

BELTÁN, Rosa. “Shere-Sade” en *Amores que matan*. México, Grupo Editorial Planeta, 1996.

BOLUFER Peruga, Mónica. “La construcción del cuerpo femenino en la literatura” en José Miguel G. Cortés (coord.). *Crítica Cultural y Creación artística. Coloquios contemporáneos*. Valencia, Signo Abierto, p.p 185-190.

CASTELLANOS, Rosario. *Mujer que sabe latín...* México, Fondo de Cultura Económica, 2018.

\_\_\_\_\_. *Sobre cultura femenina*. México, Fondo de Cultura Económica, Tercera reimpresión de la primera edición, 2018.

\_\_\_\_\_. *Lección de cocina*.

[http://iasliteraturaap.weebly.com/uploads/1/2/8/8/12885428/rosario\\_castellanos\\_leccion\\_de\\_cocina.pdf](http://iasliteraturaap.weebly.com/uploads/1/2/8/8/12885428/rosario_castellanos_leccion_de_cocina.pdf). Consultada 13/02/2018.

DEY López, María Teresa. *Las estrategias de Caperucita. Aplicación de algunas categorías de las teorías literarias como método didáctico para talleres universitarios de creación literaria*. Tesis de licenciatura. México, Universidad Autónoma de la Ciudad de México, 2011.

DOMECQ, Brianda. “Mujer que publica, mujer pública” citado en Nora Lizet Castillo Aguirre.

*La identidad femenina dentro de la novela*. México, Centro Virtual Cervantes, 2004.

- GÁMEZ, Marta y Violeta Sánchez (trad). *Las mujeres y la literatura*. Madrid, Miguel Gómez Ediciones, 2017. (Colección Ítaca).  
Octava reimpresión de la cuarta edición, 2017.
- GOLUBOV, Nattie. *La crítica literaria feminista. Una introducción práctica*. México, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, 2012.
- HEILBRUN, Carolyn. “Writing a Woman’s Life” citado en GOLUBOV, Nattie. *La crítica literaria feminista. Una introducción práctica*. México, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, 2012.
- HINCAPIÉ, Luz. *Virgen, ángel, flor y debilidad: paradigmas de la imagen de la mujer en la literatura colombiana de finales del siglo XIX*. Tabula Rasa [en línea].  
<http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=39600612>. Consultada 22/05/ 2018.
- LAVÍN, Mónica. *Méxicotemporáneo*. México, Penguin Random House, 2016.
- \_\_\_\_\_. *Mujeres que escriben demasiado*. UAM.  
[http://www.difusioncultural.uam.mx/casadeltiempo/45\\_46\\_iv\\_jul\\_ago\\_2011/casa\\_del\\_tiempo\\_elIV\\_num\\_45\\_46\\_07\\_08.pdf](http://www.difusioncultural.uam.mx/casadeltiempo/45_46_iv_jul_ago_2011/casa_del_tiempo_elIV_num_45_46_07_08.pdf). Consultada el 13/12/2018.
- LUDMER, Josefina. “Literaturas postautónomas” citado en RIVERA Garza, Cristina. *Escribir no es soledad*. México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2014.
- MCKEE, Robert. “Estructura y personaje” en *Estudios cinematográficos*. CURL, #28, septiembre-noviembre 2005.
- MONTERO, Rosa. *La loca de la casa*. México, Alfaguara, 2016.
- NGOZI Adichie, Chimamanda. *Todos deberíamos ser feministas*. México, Penguin Random House Grupo Editorial S.A de C.V.
- \_\_\_\_\_. *Querida Ljeawe*. *Cómo educar en el feminismo*. Literatura Random House, 2016.
- PAMUK, Orhan. *El novelista ingenuo y el sentimental*. México, Penguin Random House, 2012.

PIMENTEL, Luz Aurora. *El retrato en perspectiva. Estudio de teoría narrativa*. México, Siglo XXI, 1998.

SEFCHOVICH, Sara. *¿Son mejores las mujeres?* México, Paidós, 2011.

SHOWALTER, Elaine. "Towards a Feminist Poetics" citado en GOLUBOV, Nattie. *La crítica literaria feminista. Una introducción práctica*. México, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, 2012.

URROZ, LIGIA. *El color púrpura, Persépolis y la vida de Adèle: un ejercicio de literatura comparada desde una perspectiva de género*. México, Narratio, 2019.

WOOLF, Virginia. *Un cuarto propio*. México, Colofón S.A de C.V. Segunda reimpresión, 2015.

## **BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA:**

AGUILERA Gamero, María de la Paz. *La narrativa de Almudena Grandes (1994-2004)*. Tesis doctoral. España, Universidad de Córdoba, 2012.

AGUILAR Perdomo, María del Rosario. *Las doncellas seductororas y requeridoras de amor en los libros de caballerías españoles*.

[https://www.academia.edu/4807172/Las\\_doncellas\\_seductoras\\_y\\_requeridoras\\_de\\_amor\\_en\\_los\\_libros\\_de\\_caballer%C3%ADas\\_espa%C3%B1oles](https://www.academia.edu/4807172/Las_doncellas_seductoras_y_requeridoras_de_amor_en_los_libros_de_caballer%C3%ADas_espa%C3%B1oles). Consultada el 26/07/18.

AHMED, Sufiya. *Secretos de una vida robada*. México, Ediciones B, 2012.

ÁLVAREZ López, Esther y Ma. Del Carmen Rodríguez Fernández (ed.) *Tramas postmodernas: voces literarias para una década (1900-2000)*. España, Universidad de Oviedo, 2002.

ARREDONDO, Inés. *Cuentos completos*. México, Fondo de Cultura Económica, Colección Letras Mexicanas, 2011.

BUTLER, Judith. *Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales y discursivos del sexo*. Buenos Aires, Argentina, Paidós, 2008.

\_\_\_\_\_. *Deshacer el cuerpo*. México, Paidós, 2006.

CERVANTES, Miguel. *La gitanilla*.

<http://www.ataun.eus/BIBLIOTECAGRATUITA/Cl%C3%A1sicos%20en%20Espa%C3%B1ol/Miguel%20de%20Cervantes/La%20gitanilla.pdf>. Consultada el 17/03/2020.

CIXOUS, Helene. *La llegada a la escritura*. Buenos Aires, Amorrortu Editores España S. L, 2016.

COLAIZZI, Julia (ed.). *Feminismo y teoría del discurso*. Madrid, Cátedra, 1990.

CORDERO REIMAN, Karen e Inda Sáenz (comps.). *Crítica feminista en la teoría e historia del arte*. México, Universidad Iberoamericana, 2007.

DEL VALLE Fernández, Silvia Lucía. *El cuerpo femenino como espacio de lucha y poder en la literatura de habla inglesa: el legado de William Shakespeare en la narrativa de Toni Morrison y Margaret Atwood*. Tesis de doctorado. España, Universidad Nacional de Córdoba, 2014.

EL HACHMI, Najat. *La hija extranjera*. México, Editorial Planeta.

ESTEBAN, Mari Liz. *Crítica del pensamiento amoroso. Temas contemporáneos*. Barcelona, Edicions Bellaterra, 2011.

FLAUBERT, Gustav. *Madame Bovary*. México. Editores Mexicanos Unidos. 1992.

GARCÍA Aguilar, Ma. del Carmen. *Gabriel Colette y la novela feminista*.  
<http://www.filosofia.buap.mx/Graffylia/1/71.pdf>. Consultada el 3/08/18.

GIOCONDA Belli. *La mujer habitada*. México, Seix Barral, 2017.

GUERRA, Lucía. *Mujer y escritura: fundamentos teóricos de la crítica feminista*. México, Programa Universitario de Estudios de Género, UNAM, 2007.

IZAGUIRRE Fierro, Rosa Olivia. *Un retrato de la mujer mexicana*.  
<file:///C:/Users/Fanny/Downloads/Dialnet-UnRetratoDeLaMujerMexicana-5573243.pdf>.  
Consultada el 31/05/18.

KINCAID, Jamaica. *Autobiografía de mi madre*. México, Era, 2008.

LANSEROS, Raquel. *Rosario castellanos: la inteligencia como única arma*.

[www.cervantesvirtual.com/.../rosario-castellanos--la-inteligencia-como-unica-arma/](http://www.cervantesvirtual.com/.../rosario-castellanos--la-inteligencia-como-unica-arma/).

Consultada el 3/06/18.

LAVÍN, Mónica. *Leo, luego escribo*. México, Lectorum. Novena reimpresión de la segunda edición, 2015.

\_\_\_\_\_. *Yo, la peor*. México, Penguin Random House, 2016.

MANSILLA, Margarita. *Karenina Express*. México, Facultad de Filosofía y letras, UNAM, 1995.

MÁRQUEZ Gento, Petra. *Estereotipos de género en cuentos infantiles tradicionales*.  
file:///C:/Users/Fanny/Downloads/Dialnet-  
EstereotiposDeGeneroEnCuentosInfantilesTradicional-6202351.pdf. Consultada el  
3/06/18.

MASTRETTA, Ángeles. *Arráncame la vida*. España, Alfaguara, 1994.

MILLET, Kate. *Política sexual*. Madrid, Ediciones Cátedra, 1995.

PERI Rossi, Cristina. *Condición de mujer*. Colombia, Arquitrave, 2005.

PEÑA, Margarita. *Literatura femenina en México en la antesala del año 2000 (Antecedentes: siglos XIX y XX)*. México, Universidad Nacional Autónoma de México.

\_\_\_\_\_. *La literatura mexicana de sus orígenes al siglo XX*. México, Universidad Autónoma de México, 1980.

RETAMAL Zapata, Paulina María. *La memoria a través del cuerpo. Metamorfosis corporal en la literatura y cine de Chile y Argentina 2000-2015*. Tesis de licenciatura. Santiago de Chile, Universidad de Chile, 2017.

RODRÍGUEZ, Adriana Azucena. *Las teorías literarias y el análisis de textos*. México, UNAM, 2016.

RODRÍGUEZ Magda, Rosa María. *Foucault y la genealogía de los sexos*. España, Anthropos, 1999.

ROMERO Chumacero, Leticia (ed). *La pluma es para mi alma una necesidad. Testimonios de mujeres sobre escritura creativa: ensayos, cartas y otras prosas (México, 1866-1910)*. México, UACM, 2017.

SEGATO Lauro, Rita. *Las nuevas formas de la guerra y el cuerpo de las mujeres*. México, Tinta Limón, 2013.

SIMONE de Beauvoir. *El segundo sexo*. Madrid, Ediciones Cátedra, 2005.

SOLNIT, Rebeca. *Los hombres me explican cosas*. España, Capitán Swing, 2015.

SUÁREZ LA FUENTE, María Socorro. *La mujer como tema intertextual en la literatura contemporánea en la literatura inglesa*.

<https://www.raco.cat/index.php/Scriptura/article/viewFile/94769/142672>. Consultada el 15/10/18

TOLSTÓI, LEÓN. *Ana Karenina*. México, Tomo, 2013.

VALCKLE Valbuena, Cristina Eugenia. *Perspectiva de género en la literatura latinoamericana (Ensayos)*. Colombia, Universidad del Valle, 2010.

VALBUENA Niño, Mónica Isabel. *El personaje femenino en cuentos de escritoras hispanoamericanas 1979-1999*. Tesis para obtener el título de Máster en Estudios Literarios, Universidad Nacional de Colombia, 2016.

VARELA, Nuria. *Feminismo para principiantes*. Barcelona, Ediciones B. S. A., 2008.

VIVERO Marín, Cándida Elizabeth. “El género en la teoría” en *Revista de investigación y divulgación sobre los estudios de género*, Universidad de Guadalajara. Año 15, número 4, época 2, septiembre 2008- febrero 2009.

WOOD, Bárbara. *Las vírgenes del paraíso*. Barcelona, Grijalbo Mondadori. Cuarta reimpresión, 2000.

## REFERENCIAS AUDIOVISUALES:

BELTRÁN, Rosa [Cátedra Alfonso Reyes]. (2015, agosto, 03). ROSA BELTRÁN- Mujer, identidad y literatura. <https://www.youtube.com/watch?v=KKhmt5Dqnm0&t=16s>

CLAVEL, Ana [TV UNAM]. (2019, marzo, 22). La diversidad femenina en la literatura. Observatorio con Anel Pérez y Ana Clavel. <https://www.youtube.com/watch?v=0Lp7PAiFfYI>

FREIXIAS, Laura [Fundación Juan March]. (2013, septiembre, 20). Virginia Woolf vista por Laura Freixias. <https://www.youtube.com/watch?v=ewnKYN4rmdg>.

\_\_\_\_\_. [Biblioteca Nacional de España]. (2014, marzo, 26). Libros, mujeres y feminismos. Laura Freixias. <https://www.youtube.com/watch?v=MP4L2RYm9Vk&t=1537s>

GUERRA, Wendy [Casa de América]. (2012, febrero, 20). Temas 'Promiscuidad: memoria colectiva, por Wendy Guerra. [https://www.youtube.com/watch?v=IQw1z-\\_HZ-8](https://www.youtube.com/watch?v=IQw1z-_HZ-8)

HERRERA Gómez, Coral [Coral Herrera Gómez]. (2015, julio, 23). Coral Herrera Gómez 2015: La construcción sociocultural del amor romántico. [https://www.youtube.com/watch?v=ggas59cd\\_TQ&list=LLXQLvyVLMkL3IYAQgMura7w&index=47&t=43s](https://www.youtube.com/watch?v=ggas59cd_TQ&list=LLXQLvyVLMkL3IYAQgMura7w&index=47&t=43s)

VARIAS AUTORAS [Cultura UNAM en directo]. (2017, junio, 22). Coloquio: El cuerpo femenino y sus narrativas. <https://www.youtube.com/watch?v=V88QNR1TmWI>